

LA ESPAÑA MODERNA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AÑO 21.

NUM. 243.

LA
ESPAÑA MODERNA

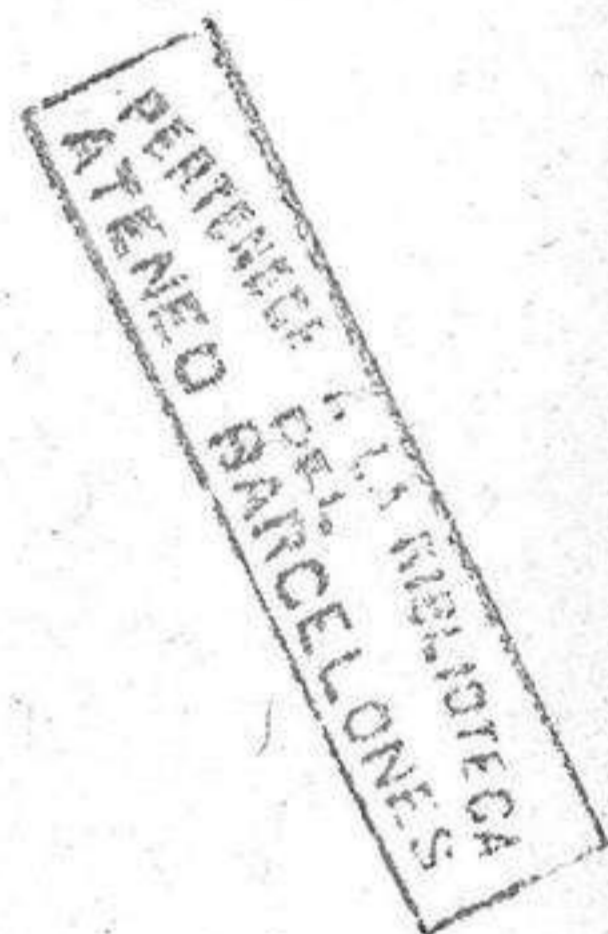
Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1909

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.



LENTIN TORI
18.—Teléfono 2.012

EL DESASTRE DE CAVITE

SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS

Preliminares.

A muchos parecerá ocioso ocuparse de un suceso ocurrido hace cerca de once años, sobre el cual ha formado su juicio la opinión pública, culpando del resultado adverso á los Gobiernos anteriores y contemporáneos de aquella fecha de triste recordación. La opinión pública, en este caso, no ha sido bien informada. Ha admitido como ciertas, noticias inexactas, y se ha contentado con tener lástima á los que expusieron su vida en la desigual contienda con la escuadra norte-americana, y á lo sumo declarando víctimas á los que se vieron obligados á luchar sin barcos de combate, sin artillería de buen alcance y sin el personal indispensable para el completo de las dotaciones.

Por otra parte, las Islas Filipinas están muy lejos, y lo que en aquellos remotos países pasaba no podía interesar, ni con mucho, como si se tratara de la Isla de Cuba, con la cual eran frecuentes las comunicaciones y muy estrechos los lazos de amistad y de comercio que la unían con España.

La imprevisión española seguía siendo la misma de siempre. Mientras que los Estados Unidos norte-americanos acometían con afán y sin descanso su propósito de regenerar y aumentar su marina de guerra, España perdía cada vez más su importancia como potencia naval, sin darse cuenta de que

la gran república americana era su enemigo natural, puesto que, «*de grado ó por fuerza* (según decía el general Grant), debía ser suya la Isla de Cuba, la llave del seno mejicano.

Por los años de 1858 revistó el almirante Farragut la escuadra de los Estados Unidos en Cayo Hueso, y, haciendo comparación con los buques de guerra españoles que había en la Habana, se asegura que informó á su Gobierno que en aquella escuadra no había organización ninguna, hasta el punto de que no podía sufrir competencia con la española. Desde entonces data el impulso que se dió á la Marina en los Estados Unidos, hasta ponerla en el estado floreciente actual, sin olvidar la constante aspiración de poseer la Isla de Cuba á toda costa.

En Noviembre de 1896 fué nombrado el que esto escribe para el cargo de comandante general de Marina de Filipinas, y, sin pérdida de tiempo, se dispuso para emprender su viaje. Se despidió de la Reina Regente Doña María Cristina, oyendo de sus labios frases de afecto y de agrado. Se despidió igualmente de los ministros de Ultramar y de la Guerra, así como del Presidente del Consejo. Al primero, D. Tomás Castellanos, le dijo: «que sería muy conveniente que el cable submarino amarrado al cabo Bolinao (Luzón) se fijase en Manila, donde estuviese á la disposición inmediata del Gobernador general, sin temor de que lo inutilizara alguna partida insurrecta al cortar el telégrafo terrestre, apoderándose de la caseta del cable, hecho que no sólo acarrearía la incomunicación con la Metrópoli, sino que además podría ocasionar un conflicto internacional, por ser ingleses los empleados del cable. El señor Castellanos ofreció ocuparse con sumo interés de tan importante asunto, poniéndose de acuerdo con los ministros de Marina y de la Guerra, á fin de que un buque del Estado protegiera por mar la caseta del cable, mientras que lo haría por tierra un destacamento de cazadores de Caballería.

El general Azcárraga (ministro de la Guerra) confirmó lo ofrecido por Castellanos, y D. Antonio Cánovas del Castillo (Presidente del Consejo), contestando á la petición que le hice

de más buques de guerra, y, á ser posible, alguno de combate, dijo que ya había pensado en ello; que el transporte *Alava* (!), recién construído en Inglaterra, saldría en breve para Manila, siguiéndole los cruceros protegidos *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*. Observé respetuosamente al Presidente, que estos dos buques, llamados pomposamente cruceros, eran simples cañoneros, y no serían de gran auxilio á las escasas fuerzas navales de Filipinas; á lo que replicó Canovas «que Beránger le había asegurado que eran muy útiles, y como tenían *cubierta protectoriz*, servían más para la guerra que otros de mayor porte (*sic*). Por lo demás—añadió aquel eminente hombre de Estado,—si bien el Japón puede inspirar temores, no hay que preocuparse de ello por ahora, y en cuanto á las demás potencias, con todas nos hallamos en cordiales relaciones.

Salí de la Presidencia poco satisfecho del aumento que iban á tener las fuerzas que debía mandar pronto, reducido á dos pequeños buques, de dudosa utilidad, y á un transporte, mediano nada más.

Ciertamente, por el momento, nada hacía temer una guerra con el extranjero; pero hallándose el Archipiélago Filipino á 3.000 leguas de España, ¿no era prudente situar en él una escuadra respetable, ó al menos eficiente, en previsión de las eventualidades del porvenir?

No se podía entonces profetizar lo que aconteció después; pero muchos veían como yo dibujarse negros nubarrones que amenazaban convertirse en una terrible tempestad.

Ya no existía en las Islas Filipinas aquella tranquilidad que se disfrutaba tiempos atrás. Los indígenas no inspiraban confianza; la humildad que afectaban respecto á los europeos era aparente, ocultando su odio contra *los castilas*, explotado por los corifeos de la insurrección, más ó menos encubiertos, que aspiraban á verse libres de toda tutela y á gobernarse con independencia, poniendo en práctica sus ideales utópicos los más, haciendo responsables á los españoles de las faltas cometidas por algunos, debidas, por desgracia, triste es confesarlo, á la

desacertada elección del Gobierno central para los destinos de Ultramar.

El 9 de Diciembre salí del puerto de Barcelona en el vapor correo *Isla de Mindanao*, llegando á la bahía de Manila el 7 de Enero de 1897.

El vapor conducía de transporte un batallón de cazadores de los llamados expedicionarios, formado por muchachos, la mayor parte sin haber terminado su desarrollo, quienes, como otros muchos, fueron al Archipiélago Filipino á encontrar allí una tumba ignorada, ó á hallarla más tarde en la Península, unos en los hospitales y otros al lado de sus atribuladas familias, sin contar los que fallecieron en la travesía, siendo sepultados en el Océano, ese inmenso sepulcro sin lápidas ni rastro de lo que guarda en su hondo seno.

Bajo favorables auspicios, emprendí la navegación á Manila, adonde iba por cuarta vez. El ilustre teniente general D. Camilo Polavieja acababa de encargarse del mando superior del Archipiélago Filipino, en relevo del general Blanco, cuya conducta indecisa lo había hecho inconveniente en aquel alto puesto para los intereses de España. Polavieja, antes de dar comienzo á las operaciones por la provincia de Cavite, toda ella dominada por los insurrectos, dando prueba de previsor y estratega, dió una batida por Bulacán y la Laguna, situó alrededor de Manila suficientes fuerzas para defensa de la capital, y se ocupó del abastecimiento de boca y de guerra para el ejército expedicionario. Con un tacto muy digno de elogio, para que la marina cooperase con toda eficacia á las operaciones de la campaña, me dió el mando de la plaza de Cavite, con los fuertes avanzados de Binacáyan y Dalahícan, sabia medida que contribuyó al buen éxito de las operaciones militares, pues que, promoviendo un noble estímulo entre los marinos, evitaba todo motivo de rozamiento y de disgusto.

Diariamente nos veíamos el general Polavieja y yo, perfectamente de acuerdo. Seguramente se hubiera vencido por completo la insurrección bajo el mando de aquel caudillo. Pero,

por desgracia, disgustado con el Gobierno de Cánovas del Castillo, á causa de la desafección con que lo trataba, principalmente por haberle negado los refuerzos de tropa que consideraba necesarios para mantener los lugares recuperados, y recrudecido su padecimiento del hígado con el paludismo, tuvo que trasladarse á Manila, quedando de hecho en suspenso las operaciones.

El 13 de Abril de 1897 salió para España el general Polavieja, y el 23 siguiente llegó en su reemplazo el capitán general D. Fernando Primo de Rivera, que, en general, fué bien recibido. Era la segunda vez que iba á Manila con el mando supremo, y á su gran experiencia del país, unía un carácter afable y bondadoso, un talento claro y perspicaz y otras condiciones naturales que le conquistaban el afecto de cuantos le trataban.

Primo de Rivera no descansaba un momento: infatigable en el trabajo, trataba con maña de suavizar asperezas y de captarse las simpatías de los filipinos, afable con todos y enérgico cuando convenía. Con algún tiempo más del que permaneció en Filipinas, hubiera podido acabar probablemente con la insurrección; pero el Gobierno liberal, que mandaba desde la muerte traidora de Cánovas, quería la paz á toda costa, y el ministro de Ultramar (Moret) decía en cablegrama de 4 de Diciembre: «Dado estado financiero y complicaciones posibles, pacificación es importantísima.»

Apresuróse, pues, el general Primo de Rivera, y después de algunas negociaciones preliminares, el 12 de Diciembre se firmó el pacto de Biac-na-bató.

Entretanto, España se hallaba como sobre un volcán. Las relaciones con los Estados Unidos estaban muy lejos de ser cordiales. La gran República norte-americana no esperaba más que una ocasión y un pretexto para declararnos la guerra, mezclándose de una manera encubierta en los asuntos de Cuba y censurando abiertamente los procedimientos de las autoridades españolas.

La voladura inexplicable del crucero *Maine*, que ocurrió en el puerto de la Habana el 15 de Febrero de 1898, llenó de indignación á los *yanquis*, y aunque de las investigaciones oficiales de los americanos y de los españoles no se encontró nada que diese motivo para acusar á ninguna personalidad determinada del atentado supuesto, el pueblo de los Estados Unidos y las Cámaras pidieron la guerra contra España. Este resultado venía preparándose de larga fecha, y á nadie extrañó más que á España, que, como de costumbre, se hallaba desprevenida.

El 21 de Abril se declaró la guerra, y el ministro de Marina de los Estados Unidos dictó con antelación á las estaciones navales de su país órdenes reservadas, para tomar con rapidez las medidas convenientes.

Las relaciones diplomáticas de España con los Estados Unidos se iban haciendo muy tirantes; y si bien los telegramas que recibía el gobernador general de Filipinas del ministro de Ultramar (Moret) eran tranquilizadores, no sucedía así con los del ministro de la Guerra (Correa), quien el 12 de Marzo expresaba claramente sus temores de *reyerta* (palabra textual del despacho). El día 15 siguiente reunió el general Primo de Rivera, en su palacio de Malacañang, junta de autoridades y notables, á la que asistí con mi jefe de E. M. (Boado). Hizo presente aquel general que ante los temores no justificados suficientemente de guerra con los anglo-americanos, era necesario prepararnos, sin poder contar más que con los escasos recursos de que se disponía; y como la Marina había de desempeñar un papel importante, invitaba á hablar al almirante, para que emitiese su opinión antes que nadie. Así lo hice, manifestando que, según cartas de nuestros cónsules en Shanghai y en Hong-Kong, se estaban concentrando en este puerto los buques de la escuadra, que los Estados Unidos tenían destacada en Asia, distribuída en los puertos de China y del Japón, y que indudablemente se disponía á batirse, porque en Shanghai y en Yokohama se habían desembarcado las señoras que

se hallaban con sus maridos en algunos buques. Estos eran modernos, de gran marcha, todos protegidos, provistos de poderosa artillería, con muchos cañones de tiro rápido. Que se había unido á la escuadra el hermoso crucero *Olympia*, llevando á su bordo al comodoro Dewey, oficial general muy acreditado, y que en Honolulu se hallaba el acorazado *Oregón*, buque formidable, dispuesto á salir para Hong-Kong al primer aviso. En cambio, nuestra pobre escuadra, sin un solo acorazado, compuesta de buques viejos, de poco andar y mal artillados, contando como únicos buques modernos los mal llamados cruceros *Isla de Cuba* é *Isla de Luzón*, no podría resistir seguramente el empuje de los americanos; añadiendo, por último, que irremediablemente sería destruída.

Preguntándome el general Primo de Rivera qué medidas creía que debían tomarse, contesté: «Que, de acuerdo con lo que le había oído á él mismo, el hermoso y seguro puerto de Súbic, que se halla á 30 millas al Norte de la bahía de Manila, debía ser refugio para casos extremos, conceptuándolo de excepcionales condiciones como puerto militar; proponiendo que, sin pérdida de tiempo, siquiera provisionalmente, se defendiese para que se situara en él nuestra escuadra aguardando allí al enemigo, dispuesta para en el caso de ser hostilizada Manila, acudir de noche en su defensa, atacando por sorpresa á los americanos en detall cuando un aviso telegráfico indicara el momento oportuno para esa evolución.»

El general Primo de Rivera, conforme en todo con mi opinión, me pidió informara sobre lo que convenía hacer en Súbic. En contestación, indiqué la conveniencia de cerrar su entrada oriental con barcos echados á pique, defender el canal del Oeste con cañones montados en la isla Grande y en la costa Norte, cuyos fuegos se cruzarían fácilmente, y fondear en línea por la parte interior los catorce torpedos Mathieson, únicos que teníamos en Cavite, y, hecho ésto, situar en línea los buques de la escuadra por dentro, pudiendo resistir á los americanos al amparo de las baterías establecidas y de los torpe-

dos fondeados. Mi proposición fué aceptada por el general, manifestándose de acuerdo con defender á Súbic, que ya debía estarlo hace muchos años según había expuesto por extenso en 1880. Incontinenti, dió orden á los subinspectores de Ingenieros (Rizzo) y de Artillería (Arizmendi), para que fuese á Súbic una comisión mixta para estudiar el emplazamiento de los cañones de á 15 cm. Ordóñez que había en Manila, y que dos de ellos se montaran en la punta Sangley (Cavite).

El general Primo de Rivera, al ver palpablemente que, lejos de haber mejorado la situación, había empeorado realmente, por causas ajenas á su voluntad, se hallaba profundamente disgustado. Se oía decir por todas partes que los jefes insurrectos habían licenciado por seis meses á sus secuaces. En suma, que los rebeldes admitían un armisticio y nada más. Entretanto, los cabecillas que habían ido á Hong-Kong con Aguinaldo, conspiraban allí, utilizando el dinero que habían recibido como premio á su aparente sumisión.

Vacilaba Primo de Rivera en la resolución que debía tomar; el ministro de Ultramar (Moret) no contestaba claramente á su propuesta de quedarse, si había guerra, en cualquier puesto que se le designara. Por fin, el 11 de Abril de 1898 entregó el mando al teniente general D. Basilio Augusti, que acababa de llegar de Barcelona.

Las noticias que tenía de Súbic no me satisfacían. Decidí marchar á dicho puerto para enterarme del estado del emplazamiento de los cañones, y antes hice remitir allí 600 toneladas de carbón y víveres en abundancia, y dispuse, además, que inmediatamente se echaran á pique tres buques en la boca del Este para inutilizarla, bajo la dirección del capitán de navío Del Río, el cual tenía empleados 200 hombres para montar los cuatro cañones, que debían emplazarse en la isla Maquiting solamente, porque la costa del Norte era muy escarpada y no podía admitir artillería. Facultado por el capitán general (Primo de Rivera) para emplazar algunos cañones en la isla del Corregidor y en el islote Fraile, como medida provisional,

y de fondear en el canal algunos torpedos, preparados como se pudo, en Cavite, se comenzaron los trabajos necesarios el 29 de Marzo, dirigidos por el coronel de Artillería de la Armada (Garcés).

En los primeros días de Abril reuní en mi casa de Manila una junta, compuesta del comandante general del Arsenal, de los jefes militares del mismo establecimiento, del comandante de las fuerzas de infantería de Marina y de los comandantes de los buques. Se trató de la eventualidad de que los Estados Unidos nos declararan la guerra, en cuyo caso no podíamos contar con más recursos que los limitados que poseíamos, ni con más buques que los deficientes que teníamos, ni más torpedos que los catorce que había en el Arsenal, en mal estado, por cierto. Además, el ministro de Marina no daba instrucciones de ninguna especie, dejando á mi arbitrio, celo é inteligencia las determinaciones que habían de tomarse.

Las opiniones estaban divididas. El general del Arsenal y tres jefes más optaron por que la escuadra se quedase en la bahía de Manila, ya sobre el Arsenal ó bien á la entrada por boca chica; pero la mayoría, en la que yo me contaba, se inclinaba á ir al puerto de Súbic, con tal de que se hallase ya suficientemente defendido.

Se aprovecharon las puntas de combate de los torpedos que tenían algunos buques de la escuadra, que se fondearon cerca de Pulo Cavallo hacia dentro de la bahía, formando una superficie triangular.

El 12 de Abril, al embarcar para España el general Primo de Rivera, aún no se sabía con certeza si había ó no guerra.

El ministro de la Guerra se mostraba pesimista, mientras que el de Ultramar, siempre optimista, abrigaba la esperanza de llegar á una avenencia con los Estados Unidos.

En cuanto al de Marina (Bermejo) contestaba á mis cablegramas pidiendo auxilios, diciendo que nada podía enviar, porque lo poco de que disponía lo necesitaba en la Península, donde era más perentorio que en las Filipinas (!!).

En tal incertidumbre, mi situación era muy penosa. Me hallaba sin instrucciones ni auxilio de España. Sin más buques que cuatro, dignos de ese nombre, pero no de combate; sin torpedos, con pocos cañones, de mediano calibre, y mucha falta de personal idóneo para su manejo. Con tales elementos, tenía por segura la destrucción de mi irrisoria escuadra si llegaba á tener un choque con la enemiga. Así se lo manifesté al ministro de Marina y así lo hice presente en la Junta celebrada el 15 de Marzo.

¿A qué puerto me dirigiría que no dieran con mis buques los americanos?

Si diseminaba los barcos, irían cayendo uno á uno en poder del enemigo, superior en marcha á los míos.

Por lo demás, tal recurso no era factible emplearlo, porque el Gobernador general se opondría seguramente á que me ausentara de Manila, de lo que me hallaba convencido.

En tales circunstancias afflictivas, y cuando de un momento á otro, según toda probabilidad, entrarían los americanos en el puerto de Súbic, lo indicado era rehuir el combate, diseminando los buques. Pero, ¿cómo hacerlo, si el ministro no lo ordenaba? En manera alguna podía tomar esta resolución por mí, exponiéndome á un serio conflicto con el Gobernador general, cuyas ideas me eran conocidas.

Las baterías de la entrada de Manila se hallaban casi completamente listas, y aún se esperaba recibir de España los 70 torpedos (!) anunciados por el ministro (que no llegaron nunca).

Por fin, el 25 de Abril por la noche salí para Súbic con la escuadra, después de visitar al Gobernador general (Augusti), el cual me dijo que no se oponía á mi marcha, por ser acuerdo de la Junta presidida por Primo de Rivera. Le manifesté que quedaban á sus órdenes, en disposición de hacer fuego, las seis baterías provisionales que defendían las bocas de la bahía, constituídas como sigue:

En el islote *El Fraile*, tres cañones: uno de á 12 cm., Hon-toria (del *Ulloa*), y dos ídem (del *Lezo*).

Su comandante el teniente de navío de primera clase Benavente.

En Pulo Caballo, tres de á 15 cm. (del *Velasco*).

Su comandante el capitán de fragata, Menacho.

En la isla *Corregidor*, tres de á 180, Armstrong.

Su comandante el teniente de navío de primera clase, Miranda.

En Mariveles, *Punta Oeste*, tres de á 16 cm., Palliser.

Su comandante el teniente de navío, Rodríguez de Castro. En la punta de *Lasisi*, dos de á 16 cm., Hontoria.

Su comandante el capitán de Artillería de la Armada, Rivera. Además, tenía el coronel Garcés en lo más elevado del *Corregidor*, para señales, un cañón de tiro rápido.

El cañonero *Arayat*, su comandante el teniente de navío, Cearro, para el servicio de las baterías y vigilancia exterior.

El cañonero *Leite*, su comandante el teniente de navío, Peral, para la vigilancia interior.

La lancha *Sansón*, su comandante el teniente de navío, Suanzes (D. Carlos), que se había ocupado en la colocación de los torpedos provisionales (?).

Cuando llegué á Súbic, y vi que los cuatro cañones de á 15 cm. aún no estaban montados, mi desengaño fué muy grande, y decidí volver á Manila, porque hubiera sido locura esperar allí al enemigo, puesto que, además de ser destruída la escuadra, las pérdidas de vidas serían grandes por el mucho fondo.

En contraposición á lo que pasaba en España, voy á extractar, del Anuario del Ministerio de Marina de los Estados Unidos para 1898 (1), algunos despachos telegráficos, que prueban la prosecución de un plan decidido para hacer la guerra á España, sin perdonar medios.

Ya en 11 de Enero decía el ministro de Marina, Mr. Long,

(1) Appendix to the Report, of the Chief of the Bureau of Navigation.

á Mr. Seldfridge, que mandaba un buque de estación en Villefranche-sur-Mer: «Suspenda licenciamiento de marineros. Instrucciones detalladas por correo.»—El mismo decía el 17 á Mr. Wilmington, de estación en la isla de Guadalupe: «...Cruzar sobre islas barlovento, sin tocar puertos españoles...» El 27 de Enero, al comodoro Dewey, que estaba con el *Olympia* en Yokohama: «Suspenda licenciamiento tripulaciones cumplidas.» Al mismo, 25 de Febrero, á Hong-Kong: «Reservado y confidencial. Concentre escuadra, excepto *Monocacy*. Mantenga relleno carbón. Si ocurre declaración guerra España, debe, principalmente, evitar que escuadra española deje costa asiática, y luego procederá operaciones ofensivas en Filipinas.»

Mr. Long ordenaba por telégrafo, el 26 de Febrero, á las estaciones navales de los Estados Unidos en La Guaira, Barbadas, Honolulu, Lisboa, Hong-Kong y Cayo Hueso, que los buques estuviesen abarrotados del mejor carbón que pudiesen adquirir. Disponía la admisión pronta de fogoneros y de otros individuos de clases subalternas, y que se proveyese á los buques de las municiones de guerra necesarias.

Los americanos sabían adónde iban, y obraban en consecuencia; mantenían en el engaño al Gobierno español, reservándose declarar la guerra cuando y como les conviniera.

En España se ignoraba todo, y nada se hacía en previsión de lo que pudiera suceder.

El pueblo y la mayoría de los españoles no ven en la Marina más que una corporación de lujo, y en los barcos, máquinas complicadas muy costosas. Además, hay en el país una ignorancia crasa acerca de la utilidad de la Marina y de su objeto, así como de la influencia que puede y debe ejercer en la vida de la nación.

Todo español es militar por instinto, pero en tierra. El toque de un tambor ó de una corneta lo exalta y anima; la música militar y la vista de un batallón marchando, le enardece y entusiasma.

La glorias del Ejército le entusiasman y admiran.

Los hechos notables de la Marina, ni los conoce, ni le conmueven aunque oiga hablar de ellos.

A raíz de la voladura del *Maine* en el puerto de la Habana, empezó á preocuparse la atención general en España, por la eventualidad de una guerra con los Estados Unidos. Lo primero en que pensó el Gobierno fué en mandar soldados y más soldados á Cuba, la mayor parte mozos sin desarrollo físico ni instrucción militar de ninguna clase.

¿A qué iban á Cuba? ¿A evitar que se emancipara aquella isla codiciada de los yanquis? ¿A batirse con estos últimos?

Nada ni nadie podía impedir que un pueblo, separado por una gran extensión de mar de la metrópoli, consiguiera su independencia, después de una obstinada lucha y de repetidas insurrecciones.

Y en cuanto á combatir con tropas en tierra á los buques, sólo podría ocurrirse á españoles fanáticos é ignorantes.

Aquellos héroes ignorados, aquellos dóciles instrumentos de un Gobierno torpe, fueron á morir, no en los campos de batalla, sino en los hospitales, ó á su regreso á la patria, más tarde, de enfermedades y de mala y escasa alimentación.

Las noticias iban siendo más alarmantes cada día.

El 11 de Abril dije por el cable al ministro de Marina: «...Están en Hong-Kong los cruceros protegidos *Olympia*, *Baltimore*, *Boston* y otro, con tres cañoneros. Artillado, más de 50 cañones. Velocidad media, 17 millas. Vendrán tan pronto se declare la guerra...» El 12 siguiente, contestó el ministro: «Enterado... espero que celo y actividad V. E. suplirá deficiencias» (!).

El 16 telegrafíe de nuevo: «Tengo para combatir *Reina Cristina*, *Austria*, *Isla de Luzón*, *Isla de Cuba*.... sólo para estar á la defensiva. Con dos acorazados hubiera podido tomar

E. M.—Marzo 1909.

la ofensiva y hasta hostilizar California.» Contestación: «Quedo enterado...» (!)

Los comentarios no son favorables para el Gobierno, ciertamente.

Las personas sensatas no desconocían que la guerra, que ya se vislumbraba, sería esencialmente marítima; pero en periódicos importantes se aseguraba que la escuadra de Filipinas constaba de más de 30 barcos (!), todos ellos nuevos, de mucho andar; mejores que los americanos y en mayor número (!!).

Llegó el 21 de Abril, y el ministro de Marina de los Estados Unidos (Mr. Long) dirigió al comodoro Dewey, en Hong-Kong, los siguientes despachos: «1.º Desembarque todo el maderamen que pueda entorpecer operaciones de guerra.—2.º La escuadra del Atlántico está bloqueando Cuba....—3.º Ha comenzado guerra entre Estados Unidos y España. Diríjase inmediatamente á las Islas Filipinas. Emprenda operaciones, particularmente contra escuadra española. Capture ó destruya buques. Con el mayor empeño.»

Contestó Dewey el 25: «La escuadra saldrá para Filipinas en cuanto llegue cónsul de los Estados Unidos en Manila.»

Y el 27: «Llegado de Manila cónsul Williams. Inmediatamente saldrá escuadra para las Islas Filipinas.»

Mr. Oscar Williams, cuya procedencia era la de profesor de un colegio, llevaba poco tiempo de residencia en Manila. Hombre activo y astuto, logró pronto entenderse con algunos de los corifeos de la insurrección, siempre en pie, aunque encubierta, y no perdonaba cuantas ocasiones se le ofrecían para enterarse de los proyectos de la primera autoridad, y de lo que pensaba hacer en previsión de que llegase la guerra con los Estados Unidos. Aunque tenía autorización de su Gobierno para ausentarse, atento á su espionaje, se mantenía en su puesto, hasta poder dar noticias completas al comodoro Dewey, con quien estaba en correspondencia frecuente.

Comprendiendo que los paseos que solía dar Williams á la entrada de la bahía, en una lancha de vapor, tenían por ob-

jeto enterarse de los trabajos de defensa, aconsejé al Gobernador general (Primo de Rivera) que le diese pasaporte, pero no lo creyó conveniente.

Por último, el 24 de Abril, provisto sin duda de datos interesantes, y llegado ya el momento de obrar, salió Mr. Williams en el vapor inglés *Esmeralda*, para Hong-Kong, dejando encargado del despacho al cónsul de S. M. B., en Manila, Mr. Rawson Walker.

Con Williams marcharon dos filipinos, muy prácticos de la bahía de Manila, concertados con otros insurrectos, que deberían hacer señales en lo alto de la punta de la *Restinga* á los buques americanos, al intentar entrar en la bahía.

El 27 de Abril encontró el *Esmeralda*, pocas millas al Sur de Hong-Kong, á la escuadra de los Estados Unidos, y, según lo convenido con Dewey, transbordó Williams al *Olympia*, conferenciando extensamente durante la navegación, que fué próspera.

El comodoro Dewey se había dejado decir en Hong-Kong: «No espero que los buques españoles presenten combate al *Olympia*, al *Baltimore*, al *Raleigh* y al *Boston*, cuya superioridad considero extraordinaria sobre aquéllos.»—Sin embargo, para dar importancia á su victoria, tuvo Dewey la osadía, después de la acción, de asegurar que los españoles tenían superioridad en buques y hasta en torpedos (!!).

Por orden de Dewey, entraron en el puerto de Súbic el crucero *Boston* y el cañonero *Concord*; lo reconocieron minuciosamente; pero ya no encontraron nuestros buques, que el día anterior habían regresado á Manila.

El cónsul español en Hong-Kong (Navarro) me avisó por el cable de la salida de los americanos, añadiendo que su objeto era destruir nuestra escuadra, y luego tomar á Manila.

Desde Olongapó (Súbic) me comunicó además del *Del Rio* los movimientos del enemigo.

El contralmirante,
PATRICIO MONTOJO

(Continuará.)

EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

CAPITULO VI

El teatro de la fiesta era de nuevo la plazoleta de delante del edificio, adornada con guirnaldas, farolillos de colores, y el pabellón ricamente engalanado, erigido en una especie de pradera bajo los árboles, y en donde se había de verificar el baile. Después del caldeado ambiente del comedor, las puras emanaciones del aire libre produjeron en la multitud acción bienhechora, y la templada y tranquila noche, aún completamente estival, alejaba el temor de un enfriamiento aun del ánimo más apocado. Los viejos, sentados en torno de las mesas, charlaban vivamente; los hombres, chupando sus humeantes cigarros y refrescando con buenos tragos de vino. Del pabellón salían los ecos, interrumpidos sólo por breves instantes, de la orquesta municipal que, para satisfacción de los oídos delicados, había sustituido á la estridente banda militar.

Guido abrió el baile con Eleonora. Como en aquel círculo era, sin disputa, la persona principal, le correspondía este derecho; pero la elección de pareja sorprendió bastante. Si bien

se trataba de una fiesta en el campo, en que se podía prescindir de una rigurosa etiqueta, no era posible olvidar las consideraciones debidas, y no pareció discreto en el conde Guido distinguir de tal modo á una dama, á quien era cuestionable si se podía considerar como tal, en el verdadero sentido de la palabra.

Positivamente, el suceso produjo comentarios de la índole expuesta, en el círculo, incluso entre los caballeros, comentarios cuyo centro de gravedad era Kitty, la única rival seria de Eleonora. En el grupo que rodeaba á Eleonora negábase esta rivalidad, pues entre una estrella de primera magnitud y una estrella de segunda, no podía haber disputa. La señora de Ozanski, que declaró estar completamente enamorada de la joven, lanzó la frase: «Primadonna y Soubrette», comparación que el señor de Brandt hizo comprensible á los hombres, diciendo: «Pura sangre y media sangre».

Poco le importaban á Eleonora estos comentarios; oía los aplausos como desde un carro triunfal. Eran los primeros de su vida, pues las estrechas relaciones en que se había desarrollado su juventud y después la dependencia de su posición social, no la habían proporcionado ocasión para ello. Esto pensaba mientras los caballeros pululaban á su alrededor pidiéndola una danza fuera de turno; atravesaba la sala, ora del brazo de éste, ora del brazo de aquél, oyendo atenciones y galanterías en los momentos de descanso. En su mano estaba, con una sola palabra, prolongar esta marcha triunfal y hacer con los años venideros una cadena de triunfos como aquél, y aun más brillantes. Y pensaba que era una tonta si no pronunciaba esta palabra, por respetar el prejuicio de que no se debe pronunciar si no la dicta el más apasionado amor, aquel amor que no la había proporcionado, fuera de unas cuantas horas dichosas, otra cosa que dolor y amargura, y aquella tarde tal vergüenza, que aún pensaba que le ardían las mejillas. Pero no quería pensar en esto; quería gozar del momento, quería sumirse en el vanidoso convencimiento de que podía

hacer felices á los hombres con una palabra, con una mirada, con una sonrisa.

Guido era sobrehumanamente feliz. Al ceñir con su brazo el esbelto y flexible talle, al sentir el pecho palpitante de su adorada latir contra su corazón, el hálito de su respiración en sus mejillas, su diosa no perdía su divinidad; por el contrario, la consideraba digna de adoración. Y mientras seguía considerando delirio su deseo y esperanza que en otro tiempo se aventuró á expresar de poder llamarla suya, sólo tenía un anhelo: que el cielo le proporcionase ocasión de poder demostrarla con cuánta locura la amaba.

El mismo pensamiento de que su muerte, pues no se trataba de menos, produciría profunda herida á su madre, no le espantaba. La vida no podía ofrecerle ya nada más grande que aquel amor. Morir por este amor le hubiera compensado del sentimiento de su vida al sentirse bajo su título de conde un hombre insignificante.

Por mucho que fuese su esfuerzo para no revelar á su adorada, ni con palabras ni con gestos su pasión, y por grandemente que contribuyera á encubrirla su habitual discreción distinguida y aristocrática, Eleonora hubiera podido decirle todo lo que pasaba en su alma. Y después de haber experimentado el infierno del amor, era para ella un alivio sumir la mirada en aquel dulce corazón que amaba pacientemente. Mientras hablaba con él en cada pausa del baile y escuchaba sus palabras, ciertamente no muy ingeniosas, pero leales y candorosas, y veía dirigirla su mirada con sumiso y resignado respeto, acordóse de una mañana en el Castillo Elenmore. Durante la noche había reinado gran tormenta, y vió á la luz de los relámpagos desde su ventana retorcerse las altas copas de los árboles del jardín como locos, y pegar latigazos unas ramas contra otras. Después llegó la mañana; los árboles, en profunda paz, absorbían los cálidos rayos del sol, y dibujaban su azulada sombra sobre la hierba, en cuyos tallos brillaban como diamantes las gotas que la furiosa lluvia de la noche

anterior había derramado. Los pájaros jubilaban en los tranquilos árboles, y Eleonora soñó vivir al lado de un hombre á quien amara.

En aquel momento sintió un dedo apoyarse en su espalda. Volvióse estremecida, y vió á la generala delante de ella con una mala sonrisa en su duro rostro.

—Tengo que hablarla á usted. Querido conde, con su permiso.

—¿Qué sucede, señora?—preguntó Eleonora.—Clementina...—¡Naturalmente! De ella se trata. Pero hablaremos mejor ahí fuera. ¡Por segunda vez, usted perdone, querido conde!

Salió apresuradamente, seguida de Eleonora. ¡La pobre Clementina! Si se hubiera quedado con ella...

La baronesa se detuvo un momento en la escalera del pabellón hasta que Eleonora la alcanzó.

—¿Por qué no se ha quedado usted al lado de Clementina?—dijo caminando aprisa en tono vivo, casi grosero.

—La señora olvida—contestó Eleonora—que me expresó su deseo de que viniera. Le ruego á usted que me diga qué le sucede á Clementina.

—Por eso me he tomado la libertad de distraerla á usted de su diversión—dijo la generala irónicamente.—Era de esperar. Clementina debía caer enferma. Las gansas de las criadas pierden pronto la cabeza. Han mandado al pueblo por el doctor Baltasar, al cual, en su acostumbrada pusilanimidad, no se le ha ocurrido otra cosa que enviarnos un mensajero á caballo para que llegase á nosotros prontito la noticia. ¡Antes de saber él mismo de lo que se trata! ¡Es ridículo!

—Temo, señora—dijo Eleonora,—que el doctor sepa perfectamente lo que se hace. Sabe, seguramente, que, si contra las esperanzas que abrigaba esta tarde, sobreviniese un empeoramiento en su estado, este empeoramiento envolvería grave peligro...

—¡Lástima que no me haya usted comunicado esta tarde su importantísima opinión!—observó la generala.

Eleonora, en su cuidado por su amiga, apenas hizo caso de la brutalidad de la dama.

—¿Qué ha decidido usted, señora?—dijo.

—No hay mucho que decidir; el coche que hemos enviado á buscar al pueblo no llegará antes de una hora; entretanto tendremos paciencia.

—Sin embargo, al venir hoy por el lago, no hemos empleado más de media hora.

—¿Por el lago? ¿Después de haber despedido el bote?

—Es fácil alquilar otro. Piense usted, señora, que de este modo ganamos por lo menos dos horas.

La generala vacilaba. Eleonora hubiera podido decir tres horas. Aun cuando el coche pedido al pueblo llegase puntualmente, antes de dos horas no se hacía el camino que bordeaba la mitad del lago, ya se tomase por este ó por el otro lado. Al recibir la noticia, se había puesto en el peor caso. Pero dar la razón á la odiada joven era imposible. ¿Y peor caso que aquél...?

—¡Cómo se le ocurre á usted eso!—exclamó,—por el lago en la oscuridad.—¡No, querida mía, no estoy de humor de exponer á mi Kitti, después de haber bailado al relente de la noche, sobre el lago. ¡Una muerte segura! Eso, ni pensarlo.

—Entonces permítame usted que vaya yo sola.

En esto no había pensado la generala. Tan continuada oposición, que no podía contrarrestar, la sacó de quicio.

—Por mi parte—dijo con desahogada grosería,—hágalo usted si quiere. Yo declino toda responsabilidad. Y usted se tomará el trabajo de buscar embarcación.

—Suplico á usted, señorita, que me permita usted encargarme de esa comisión—dijo Guido detrás de ellas.

Había seguido á las damas á respetuosa distancia, con el presentimiento de que la generala preparaba alguna inconveniencia, quizá algo peor, á Eleonora, y sólo se presentó cuando la generala elevó el tono de su voz, nada bajo desde el principio, y le hizo más vivo.

—¡Ah, el señor conde!—exclamó la generala.—¡Perdón! Yo ignoraba que no podía hablar á mi aya sin su acompañante.

Guido ardía en cólera; pero se contuvo, y contestó con su habitual distinguida cortesía:

—Perdón, señora. Nada de eso. Yo no he sido ahora más indiscreto que los señores de la mesa, á los cuales tampoco se les ha escapado ninguna de sus palabras de usted.

Y después, volviéndose á Eleonora:

—¿Tiene usted, señorita, la bondad de esperarme? Dentro de pocos minutos estaré de vuelta.

—Iré con usted—contestó Eleonora.—¿Tiene la señora algo más que mandar?

—No, gracias.

—¡Inaudito!—murmuró mientras entraba con Eleonora en la casa.—Señorita, perdone usted mi entrometimiento. Usted no puede permanecer en esa casa.

—¿Usted cree que después de esta escena he de permanecer una hora más de lo necesario? Esté usted seguro que no volvería á poner en su casa los pies. Pero yo no puedo abandonar á Clementina en el estado en que se encuentra.

—Sí, sí, lo comprendo—dijo Guido.—¡Naturalmente! Pero ¿después? ¿Y después?

—No lo sé; ya estoy acostumbrada á vivir al día.

Entraron en el edificio. Eleonora tuvo que ir al guardarropa á buscar su abrigo y su velo; Guido fué entretanto á buscar el bote.

Lo cual no le fué difícil; adelantóse uno de los mozos de la casa, que eran también boteros, para conducir á Eleonora á Seehausen. En menos de media hora estarían allí.

El bote estaba preparado; Eleonora no llegaba; el guardarropa debía estar muy revuelto. Mientras Guido paseaba impaciente por el embarcadero, acercósele el señor de Trottau, que fumaba cómodamente su cigarro en el oscuro jardín, ya desierto.

—¡Usted aquí, querido conde! Creí reconocer su voz. ¿Qué le trae á usted por aquí.

Guido le explicó en breves palabras de lo que se trataba. En su excitación no pudo contenerse y habló de la generala en términos que no convenían con su habitual carácter amable.

—Sí, sí, es un dragón, á pesar de su aspecto. ¡Pobre muchacha! Creo saber qué es lo que ahora le indigna. Pero le ruego á usted que reserve en el mayor secreto lo que voy á decirle. Pues bien: mi lebré De Hans se ha desposado hace cuatro semanas con su prima Elisa. En el momento en que se iban á publicar los desposorios (las esquelas están ya tiradas), cayó la señora de Bärwald enferma de mucha gravedad. Hoy vive, pero puede morir de un momento á otro. Con este motivo se han suspendido las amonestaciones, y entretanto mi galopín se divierte en grande. Es natural, pero todo tiene sus límites. Con sus coqueterías con la pequeña Arnfeld, pasa de la raya. Yo he tenido que cantarle la cartilla. Y tengo por un deber hablar claro también á la generala. Sé de antemano que no le gustará, pero no hay otro remedio. No hay que pensar en que Hans retire su palabra. Además, él mismo me ha confesado que sus discreteos con la pequeña Arnfeld no hay que tomarlos en serio. ¡Sí, sí, así son los jóvenes de hoy! Y ya que hablamos de esto, ¿permite usted al antiguo amigo de su querida madre, que le ha visto crecer á usted, hacerle una pregunta con franqueza? ¿Usted tiene formalmente... ya sabe usted lo que digo... tiene usted intenciones formales...?

—¡Dios es testigo!—dijo Guido confidencialmente.

El anciano estrechó su mano fuertemente.

—Lo sabía. Lo sabía, y otra cosa me hubiera parecido odiosa. Usted no puede figurarse qué interés me inspira esa muchacha. Se harán cruces. Yo mismo no estoy por esos enlaces, pero hay excepciones... grandes excepciones. Y si está usted de acuerdo con su mamá...

—¡Naturalmente!—aseguró Guido.

—Entonces todo va bien. ¡Os felicito, os felicito de todo corazón!

—Pero, Excelencia, si no hay nada decidido.

—¡Nada decidido! Ya verá usted, querido Guido; estoy persuadido de que hace mucho caso de mí; la voy á hablar ahora mismo.

—Creo que no es el momento oportuno—dijo Guido apurado;—ahora, que con la pobre Clementina...

—Es verdad, lo había olvidado completamente—exclamó el anciano.—¡Pobre muchacha! En efecto. ¿Y va á ir ella sola hasta allí?

—De buena gana me ofrecería á acompañarla, pero...

—No, no es conveniente. De ningún modo. ¡Menudo escándalo! Sería echar agua al molino de la generala. ¿Quién la va á conducir?

—Yo, Excelencia—dijo el botero, que estaba junto á ellos y tenía en la mano la cadena del bote.

—¡Ah! ¿Tú, Cristián?—exclamó el anciano, reconociendo al hombre.—No tenga usted cuidado, querido Guido; puede usted confiar en él incondicionalmente. Conozco al viejo Cristián. Es fiel como el oro. A propósito... toma, Cristián.

—No, Excelencia—dijo el hombre, rehusando; el señor conde me ha gratificado ya.

—No importa; toma, tonto. Por mucho trigo, nunca es mal año.

—Ya viene la señorita.

El anciano salió al encuentro de Eleonora con viveza juvenil. Esta venía rápidamente de la casa. No había encontrado sus abrigos en el guardarropa; la amable fondista la había prestado un chal, en lo cual se habían invertido algunos minutos más. Eleonora dió las gracias á los caballeros por sus amabilidades; alargóles la mano, que besó el viejo y que Guido sólo estrechó en silencio, y saltó al bote.

—¡Dios la acompañe!—dijo el anciano.

Guido no dijo nada. Tenía el corazón oprimido.

Cristián dió impulso al bote, remando poderosa y acompasadamente. El viento rizaba de cuando en cuando las aguas. La luna, casi llena, iluminaba el cielo de un azul negruzco y apagaba el fulgor de las estrellas. A lo lejos se destacaban las orillas, ya iluminadas, ya oscuras, siempre silenciosas. Sólo de la plazoleta llegaban algunos ecos perdidos de la orquesta. Después también se apagaron, y Eleonora no escuchó más que el monótono ruido de los remos.

Cristián había preguntado á Eleonora, al empezar la travesía, si sabía gobernar; contestó que sí, pues había aprendido en Inglaterra, y sentóse envuelta en su chal, al lado del timón, mirando á veces al cielo ó á la superficie del agua, pero generalmente con los ojos fijos en la masa de árboles del jardín de Seehausen, que se destacaba en la parte occidental del cielo, en el cual, á pesar de haber pasado hacía tiempo la media noche, aún parecía verse un débil resto de la claridad rojiza del crepúsculo.

En aquel solemne silencio, bajo el elevado cielo, apoderóse de Eleonora el más extraño sentimiento. Al principio pasaron por su mente los recuerdos de aquella tarde: Ulrico la miraba con sus bellos ojos, amorosos é iracundos; Guido avanzaba hacia ella, y besaba su mano tímidamente; Kitti pasaba por su lado, del brazo de Hans, de Trottau, y la saludaba irónicamente; pero después desaparecía todo esto ante una sola y grande imagen: la nave de Carón, sobre las tranquilas aguas de Aqueronte, mientras su alma muerta, envuelta en su mortaja, conducía el timón; su alma muerta, que, gracias á los dioses, deja atrás la vida y camina hacia la región de las sombras, donde no se ama ni se odia, donde se descansa eternamente.

En esto atracó el bote al embarcadero del jardín. Cristián la ayudó á bajar. Ella quiso darle una propina, que él rechazó rotundamente. Excelencia y el conde le habían dado más de lo que podía ganar en todo un mes. Eleonora le encargó cuidase del chal de la fondista, que dejó en el bote, y voló á la casa, en cuyas ventanas rielaba la claridad de la luna.

CAPITULO VII

Cuando Ulrico, con el corazón lacerado por la dolorosa conversación con su amada, llegó al jardín, encontró á su mujer aún en compañía de las personas de edad que habían entrado en el comedor, y trataban de persuadir á Herta de que se quedase con ellas. Una mirada á su rostro pálido y demudado, cercioró á Ulrico que su disculpa de que se sentía mal no había sido ningún pretexto. Su estado le ahorró el trabajo de buscar un motivo para la partida, pues él también quería marcharse. No se había comprometido á quedarse á cenar, y aun en caso contrario, no podía dejarla sola en aquella situación. Dijo esto en tono casi cordial, y no tuvo que fingir para ello. El, acaso extrañamente, había exigido allí su ayuda, y el tener que prestar un servicio á Herta aminoraba en algo la conciencia de su culpa con respecto á ella, y tocaba una cuerda de su corazón que hacía mucho tiempo no sonaba.

Por esta causa, no le costó ningún trabajo mostrarse con ella amablemente atento en el camino de su casa, y colocarle bien el abrigo sobre su espalda repetidas veces, pues el coche abierto no ofrecía abrigo alguno contra el relente; preguntarla si se sentía más aliviada, ó si quería apoyar su dolorida cabeza sobre el hombro de él. Ella contestaba con un seco «no, gracias». Por lo demás, ella estaba acurrucada en su asiento, completamente muda. Para ella, toda la amabilidad de él era pura hipocresía. Él no pensaba más que en la otra, que comprendía tan bien como él la hipocresía y la mentira. Probablemente, le habría mandado que se fuera á su casa, porque temería que él, en su delirio amoroso, cometiese alguna impremeditación que los pusiera en evidencia. Ya se indemnizaría en otra ocasión del sacrificio de aquella tarde. Él era el seducido,

i bien no era menos doloroso que se hubiera dejado seducir. La principal culpa caía de parte de la traidora, que se daba tono de joven casta y altiva. ¡Casta y altiva! ¡Y que los hombres se dejasen deslumbrar por tales fantasmagorías! Pero con sólo adular su vanidad se los domina. ¡Y él no era mejor que todos los demás; él, á quien ella había amado tan locamente!

Se hubiera deshecho en lágrimas, hubiera prorrumpido en gritos para desahogar su dolor. Pero no quería dar esta satisfacción á la desvergonzada rival. Había podido hacerla desgraciada; pero humillarla, rebajarla á sus propios ojos, esto no lo conseguiría. Aunque la arrancara de su puesto del corazón de Ulrico, iría con la cabeza levantada. ¿Dónde? A la muerte.

Si hubieran hablado los dos en voz alta, sus pensamientos habrían coincidido. Ulrico, recostado en un extremo del coche y devorando su amargura, no encontraba solución á aquel problema. Eleonora no quería ser suya; ella había dicho, y tenía razón, cuando afirmaba que su corazón no podría soportar el ofender á Herta; él no podía vivir sin Eleonora; hacer su vida acostumbrada con Herta llevando el amor de Eleonora en el corazón, era un suplicio que acabaría con los dos. ¿Qué le quedaba, pues, sino la muerte? Si Herta huyese, lo que no era imposible, dado su carácter y energía, estaría salvada, al menos por el momento. El cuidado y el amor de sus hijos podrían con el exceso del tiempo cicatrizar la herida. Tenía veintinueve años; podía resistir el rudo golpe.

Pronto llegaron á Wustenei, pues Ulrico mandó al cochero que pusiera los caballos al trote. El coche subió la rampa de delante de la puerta. Ulrico ayudó á Herta á bajar; notó que todo su cuerpo temblaba. No obstante, cuando llegó á su cuarto, no aceptó ayuda ninguna. La misma doncella, que no los esperaba tan pronto, y que, cuando Ulrico tocó la campanilla, salió á abrirles con semblante somnoliento, fué despedida. Ni siquiera contestó á las suaves reconvenciones que Ulrico la hizo por esto; puso en orden, según su costumbre, algu-

nas cosillas en el cuarto, y pasó á su alcoba, contigua al salón y que daba al jardín. Ulrico la miraba turbado. Consideraba crueldad dejarla sola, pero no había pisado aquel cuarto desde su regreso. Cuando llegó á la puerta, quedóse allí, y dijo sin volverse:

—¡Qué va á ser ahora de los niños!

Ulrico se estremeció. ¿Tan lejos había ido? ¿Tan lejos la había llevado él?

—¿Qué quieres decir?—preguntó desconcertado.

Ella volvióse lentamente.

—Quiero decir — exclamó en tono sereno y con rara entonación—que así no podemos permanecer por más tiempo.

—¿Cómo por más tiempo?

Una sonrisa de dolorosa ironía se dibujó en su pálido semblante. Volvió á dar unos pasos, y prosiguió en el mismo tono:

—Yo, en tu lugar, me avergonzaría de hacer esa pregunta. Tú debes tenerme por una bestia ó por una piedra. Sin embargo, no lo soy, por muy tonta que sea. Tonta como el palo de una escoba. De lo contrario, habría visto claro hace tiempo. Que tú no me quieres, ya es palpable. Entre vosotros siempre hay la misma razón: amáis á otra. Así, pues, hay que atormentar á la mujer propia, hasta que ceda el puesto á la dama. Si es que se puede llamar dama á ciertas personas.

Cuando Herta empezó á hablar, Ulrico creía que iba á oír quejas por haberla abandonado durante los últimos tiempos; después fué viendo que sabía más, quizá todo; sus últimas palabras, pronunciadas con risa despreciativa, como dichas en general, disiparon en él toda duda, y le llenaron de ira. Contestó con bastante frialdad:

—Para vos, la dama empieza naturalmente en la señora baronesa.

—No sé qué tenga que ver con esto la baronesa. Para mí, significa lo mismo que tu querida sea una burguesa ó una baronesa.

La brutalidad de la acusación le puso otra vez fuera de sí.

PERTENECE A LA B
BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

—La dama de que se trata se avergonzaría de pronunciar esa palabra—dijo.

—¿De veras? Entonces puedo decir que es más pudorosa en sus palabras que en su conducta.

—¿Qué sabes tú de su conducta?... y, sobre todo, ¿quién te ha dicho?... ¡Ah!

Se interrumpió de pronto. Recordó haber visto un momento divagar á Odebrech por el salón. Según esto, sus temores de Norderney se habían confirmado; nadie más que Odebrecht podía haber sido el triador. Ya ajustaría cuentas con él más tarde. Por el momento, negar fuera locura. Y alguna vez había que abordar el asunto.

Herta habíase sentado á la mesa, apoyando la cabeza en la mano. Él había salido y vuelto á entrar un par de veces; por fin, permaneció de pie, y dijo:

—Pues bien; he conocido á la señorita Ritter en Norderney, y he trabado amistad con ella. Si ambos lo hemos ocultado, ha sido porque estábamos seguros de que nuestras relaciones iban á ser mal interpretadas.

Herta levantó la cabeza; sobre su pálido rostro veíase de nuevo la pétrea y sarcástica sonrisa.

—Creo que esas relaciones son bastante claras; tú la amas, y quieres casarte con ella en cuanto te deshagas de mí.

—¿Y si yo te jurase que ella no piensa nada de eso, que me lo acaba de decir?

—Mañana quizá pensará otra cosa. Mientras tanto, un poco de coquetería hace la cosa más interesante. El pez ha mordido. ¿Por qué no hacer que se retuerza un poco?

—Te envidio la elección de la imagen, así como la delicadeza de tu fantasía. Veo que es imposible hacerte comprender ciertas cosas.

—Quizá comprenderé si me dices qué es lo que has decidido. Esto no puede seguir así; yo no lo soporto.

—Yo tengo que soportar también.

—¿El qué?

—Ya lo has dicho; yo la amo; aceptémoslo por el momento. Y ahora te digo: que ella no piensa en amarme; que rechaza con horror el pensamiento de ser feliz á tu costa. La desgracia que pesa sobre todos me parece igual por muchos lados.

—¿Quién ha provocado la desgracia?

—De eso habría mucho que hablar. Yo no quiero representarme mejor de lo que soy. Yo no me quejo de ti. Es una desgracia que ha caído sobre nosotros.

—Por cierto que eso es muy cómodo. Así, tú no puedes cambiar las cosas. Y tendremos que vivir, de ahora en adelante, como dos personas extrañas; la gente nos señalará con el dedo, y los criados reirán á nuestra costa. Y los pobres niños...

No pudo seguir. Ocultando el rostro entre las manos, rompió en llanto convulsivo, que conmovió todo su cuerpo. Él paseaba desesperado, perplejo. Sentía que la situación no se conjuraba con frases. Y lo que él hubiera podido decir para tranquilizarla hubieran sido frases. Lo que ella hubiera querido oír, que él no amaba á Eleonora, que renunciaba á ella, no podía decirlo. Y con todo, sentía infinita compasión por la infeliz. Habría dado cualquier cosa por poder ayudarla.

Avanzó hacia ella, y le puso la mano en el hombro:

—¡Herta!

Al contacto levantóse ella, y le miró con ojos extraviados.

—¿Qué quieres de mí? Vete con la otra. No tengo nada que ver contigo.

—¡Herta! Hablemos como dos personas razonables.

—Yo no soy ya una persona razonable; no quiero serlo; lo he sido largo tiempo. ¿De qué me ha servido? Todos estos años te he amado; he visto en ti mi ideal; he creído que no habría sobre la tierra uno más bueno, más noble que tú. He hecho lo que en mis fuerzas ha estado para demostrarte mi amor, mi agradecimiento. ¿A qué llamas tú hablar razonablemente? Supongamos que todo ha sido locura. Bueno; te lo concedo; ha sido una locura ridícula, puramente ridícula.

E. M.—*Marzo 1909.*

Reía fuertemente, y cogíase la frente con ambas manos.

—¡Me voy á volver loca... loca! No, no puedo, por los niños.
¿Entonces...?

Púsose la mano sobre la frente.

—¡Entonces!—dijo otra vez.—Ya hemos hablado bastante. Debes estar cansado, y mi cabeza se trastorna. Mañana tendrás la bondad de decirme qué va á ser de nosotros dos y de los niños. Cogió uno de los dos candelabros que había en la mesa, y se dirigió á su alcoba. Ulrico la oyó cerrarse por dentro.

Estaba en el centro de la habitación de pie, mirando á la puerta cerrada, estupefacto y perplejo. ¡Qué suplicio había soportado aquella semana! Y el suplicio de ver sufrir á Herta de aquel modo, no era el menor. Él había siempre creído en su amor hacia ella. Ahora perdía la fe. Frente á este amor se levantaba otro con no menor fuerza, que llenaba su alma como el otro, que palpitaba en cada fibra de su cuerpo, y que ostentaba los mismos fueros. «En el camino de nuestra felicidad está el cadáver de tu mujer.» Con la clarividencia y perspicacia de las mujeres, lo había comprendido Eleonora cuando comprendió á Herta por las descripciones que de ella había oído. ¡Y cuán deficientes habían sido éstas! ¡Cuán turbada por la nueva pasión! No era verdad lo que decían de que Herta fuese una naturaleza vulgar. Las naturalezas vulgares no son capaces de tal energía en el amor y en el odio.

Pero ¿de qué servía todo esto? Compasión, estima, aun las más sinceras, las más profundas, no son amor. Y Herta quería amor; no el amor con que hasta entonces se había contentado, sino el amor cuya verdadera imagen veía ahora en el que Ulrico sentía por Eleonora.

Ulrico despertó con un profundo suspiro de sus sombrías reflexiones. Quizá la mañana, con su influjo bienhechor, le daría una solución.

Tomó la segunda luz y se dirigió á su despacho, cuyas ventanas y puertas daban, como las de la alcoba de Herta, á la te-

rraza, de la cual, dos ó tres escalones conducían al jardín. Al poner la luz en la mesa tropezó con el boceto de Eleonora, de la tempestad de Norderney. ¡Cuánta había sido su imprevisión al exponer su tesoro á las miradas de todo el mundo! ¿Pero había hecho otra cosa con su amor? En su sombría y turbada existencia, ¿no la había exhibido á Herta y á todo el mundo? ¡Maldita y miserable debilidad: acercarse á la felicidad, ocultarla y hacerla imposible por esto mismo! El mundo quiere que le engañen, pues á engañarle. ¡Y que se calle la conciencia tonta, que contra este engaño se rebela! Entonces se tendrá tranquilidad ante el mundo. *Reservatio mentalis!* Los jesuítas son las gentes más sabias.

Se acercó á la ventana que estaba abierta. Del cuarto de Herta salía la luz, iluminando la galería. Diez largos años había sido común á ambos. ¡El reflejo era tan vivo!; la puerta debía estar abierta como la del cuarto de Ulrico. Sólo había de una á otra veinte pasos. La estera de paja del piso de la galería apaga el ruido de los pasos. ¿Y si no lo había necesitado, si la puerta sólo estaba abierta para que entrase el aire de la noche? «¿Tú me envías con mi mujer?... ¡Pues bien, sí!»

¡Pues bien, no! Tú no puedes decirme eso de corazón; de lo contrario, no me has amado nunca. Y aunque así sea, yo te he amado y te amo aún; y puesto que tú me has traicionado, yo no quiero hacerme traición á mí mismo.

Apoyado en el quicio de la puerta, miraba al jardín. Sobre un macizo de delante de la galería caía la luz de la luna; la oscuridad reinaba entre los altos olmos que rodeaban la plazuela. En la habitación reinaba aún el calor del día; en el jardín se respiraba el fresco agradable. Bajó la escalera, dió vuelta al macizo y se internó en una alameda que conducía desde la casa á la carretera. Si hubiera tenido la llave de la verja, hubiera corrido por el campo hasta donde le hubieran conducido sus pies. Desanimado, se internó en un paseo que cortaba en ángulo recto la alameda, y que desembocaba en un riachuelo que limitaba en toda su extensión el jardín. El paseo era más cor-

to que la alameda, y apenas hubo dado unos cuantos pasos en la oscuridad, cuando al fin del mismo, donde solía estar el bote con que se atravesaba el riachuelo, á la luz de la luna percibió un objeto claro, que no distinguía precisamente.

Cuando se acercó á él con paso ligero, que apagaba la arena, vió que era una figura de mujer. De un salto llegó á su lado y la puso la mano sobre el hombro.

—¡Herta!

Ella levantó la cabeza sin conmovirse, y le miró con ojos extraviados, en los cuales se reflejaba la claridad de la luna lúgubrementemente.

—¡Soy cobarde!— exclamó en voz no más alta que el murmullo del agua que espejeaba á sus pies.

—¡Ven!—dijo Ulrico, pasándola el brazo por la cintura y conduciéndola dulcemente.

Ella volvió á decir:

—Soy cobarde; y se dejó conducir sin resistencia de aquel siniestro paraje.

Sus ligeras ropas estaban cubiertas de rocío y de lágrimas. Temblaba. Él cubrió sus espaldas con su chaqueta. Ella no pareció notarlo: sus fuerzas físicas y morales estaban visiblemente agotadas. A pesar de que iba fuertemente apoyada, vaciló varias veces. Al llegar á la escalinata la subió en brazos, y por fin la llevó á su alcoba, dejándola en su lecho, que estaba sin deshacer.

Ella le dejaba hacer indiferente: Ulrico creyó que, sin estar completamente desmayada, no tenía conciencia de sí propia. La observó cómo permanecía, con los ojos abiertos, pálida é inmóvil. Un minuto después, y la hubiera encontrado en el fondo del río.

Cerró la puerta sin hacer ruido. Al lado de ella estaba su lecho cubierto. Dirigióse de puntillas al fondo de la habitación, á un ancho diván, desde el cual podía vigilar el lecho y la puerta.

Allí permaneció algunos minutos, cuando por fin la oyó

moverse y suspirar como quien despierta de un profundo sueño. Incorporóse sobre el codo y escuchó. Gemía y lloraba, murmurando palabras incomprensibles. Indudablemente se creía sola.

Y después, en tono desgarrador y angustioso, casi á gritos, exclamó:

—Ulrico quiere abandonarme. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Era demasiado. Voló á su lado é inclinóse sobre ella:

—¡Herta!

Ella le miró fijamente como si no diera crédito á sus ojos. Incorporóse, dando un grito de alegría; rodeóle el cuello con sus brazos y le estrechó contra su pecho con loca pasión.

—¡Ulrico! ¡Ulrico!

CAPITULO VIII

Eleonora no tuvo necesidad, al llegar á casa, de llamar á la puerta. Estaba abierta. Al entrar en el vestíbulo, débilmente iluminado, Elisa, que bajaba la escalera, corrió á su encuentro.

—¿Cómo sigue?—dijo Eleonora con zozobra.

—¡Nada bien!—contestó la doncella.—El señor doctor está arriba.

Y mientras subían la escalera:

—La he visto venir á usted, señorita, desde la ventana del cuarto de la enferma. Sabía que usted había de venir en cuanto supiera la noticia. ¿No vienen con usted las señoras?

—Han querido venir en coche.

—Esto no puede durar mucho ¡Si viera usted! ¡Ya no es la señorita Clementina!

Eleonora entró en su cuarto á desnudarse. Con sorpresa, vió la puerta que daba á la alcoba de Clementina abierta; la habitación estaba á oscuras y en silencio.

—El señor doctor—contó la doncella, que la ayudaba á

desnudarse—encuentra la habitación estrecha y calurosa. Me hizo que le enseñase el cuarto de los huéspedes... el grande... ¿sabe la señorita?... el del Norte. La hemos llevado allí. El mismo doctor nos ayudó. No hacía falta... ¡pesa tan poco ya la pobre señorita!

Eleonora mandó á la doncella anunciase al doctor su vuelta, y le preguntase si necesitaba de sus servicios. Después de un minuto llamó á la puerta el doctor.

—No puedo ocultárselo á usted—dijo después de un breve saludo;—¡está mal, muy mal! No piense usted mal de mí, si le confieso que esta mañana no me di cuenta de su estado. El pulso un poco movido y el ruido del corazón... Mas ¿para qué entrar en detalles? ¡No significan nada ante una complicación tan grave como la que ha sobrevenido. Ese viaje desgraciado á Wendelstein! Pero debe haber ocurrido algo que la haya emocionado profundamente. ¿Sabe usted lo que haya podido ser?

Eleonora bajó la cabeza.

—Lo mismo me ha parecido á mí esta mañana; mas no sospecho lo que puede haber sido.

—Tampoco puede haber influido gran cosa—continuó el doctor.—Lo principal es el gran enfriamiento que ha cogido. ¿Está usted dispuesta?

Ella salió al pasillo; el médico se detuvo.

—¿Sabe usted?—dijo;—un médico puede mucho. Pero una madre, á quien puede llamarse el médico, el viejo médico de la casa, que tiene á su hija enferma, enferma de muerte y que... ¡Oh, no se acaba nunca de aprender!

Avanzó unos pasos; estaban ante la puerta. El doctor puso la mano en el picaporte.

—La va usted á encontrar muy cambiada—dijo en voz baja.

Elisa, que entretanto estaba cuidando á la enferma, levantóse de la silla, en la cual se sentó el médico. Eleonora quedóse en pie; la cabecera del lecho estaba protegida por un esca-

bel. Eleonora veía á Clementina sólo de perfil; no parecía muy desfigurada; sólo estaba muy pálida.

El médico abandonó la cama y llamó aparte á Eleonora.

—Usted es una joven valerosa. Además, á nada conduciría que yo ocultase la verdad. Puedo equivocarme, pero temo una catástrofe. En el término de una hora, quizá de dos, no creo que se opere en la enferma variación de importancia. Quiero aprovechar el tiempo y ver otra vez á una niña de Besekow, la pequeña Greta, que también está muy mal. Dentro de una media hora, á lo sumo dentro de una hora, estoy aquí otra vez. Así, pues, hasta la vista... ¡Una verdadera bendición que haya usted vuelto!

El doctor Baltasar abandonó la habitación. Elisa le acompañó. La pobre y apurada sirvienta apenas podía tenerse en pie. Debía quedarse en el cuarto de Eleonora echada en el sofá. Eleonora la prometió llamarla en caso de necesidad.

Quedóse por fin sola con la querida amiga que iba á morir. Ya no lo dudaba ahora, sentada á la cabecera de su lecho, al ver la destrucción que el mal había operado en su feo, pero dulce rostro. Los pómulos se habían pronunciado fuertemente; sobre las pálidas mejillas aparecían y desaparecían manchas rojas. De los ojos, entornados, sólo veía Eleonora la esclerótica. Hubiera creído que estaba muerta, si de cuando en cuando no corriese un estremecimiento por todo su cuerpo, y por entre sus dientes, apretados, se escaparan ligeros gemidos y sollozos.

Pero aunque su aspecto no hubiera sido tan espantoso, y el médico no hubiera hablado en términos tan concluyentes, Clementina había dicho más de una vez: «Una cruel enfermedad acabará conmigo. Más vale así. ¿Qué hago yo en el mundo?»

—Sí, tienes razón, débil criatura: con tu gran corazón, ¿qué haces tú en el mundo? El mundo es sólo para los sanos y para los que, en vez de corazón, tienen una piedra en el pecho. En esto somos hermanas.

Como respondiendo á los pensamientos de Eleonora, los pálidos labios de la enferma pronunciaron unas palabras entre-

cortadas é ininteligibles, que primero querían ser palabras y después lo fueron, aunque entrecortadas, pero comprensibles para ella, que, anhelante, se inclinó para oír á la delirante... ¡terriblemente inteligibles! «Jardín y gruta, y rayo de luna, claro, muy claro rayo de luna... y ¡oh, Dios mio! ¡Cómo se aman! ¡Cómo se besan! ¡Sólo uno de aquellos besos, sólo uno! ¡Por qué no huyes con él si él te lo ruega? ¡Huye, huye! Yo no te necesito; yo lloraré sola, sola, completamente sola... hasta morir.»

Después, un doloroso gemido y gruesas lágrimas que rodaron desde los enterrados párpados por sus pálidas mejillas, de las cuales habían desaparecido las manchas rojas. Y de nuevo dolorosos gemidos. Después, el silencio de muerte de antes.

Así, pues, era aquello lo que tenía sobre su corazón, lo que había destrozado su pobre corazón, lo que le hacía languidecer. ¡Había visto con sus propios ojos la dicha del amor! Y los que la ofrecían este espectáculo eran su amado y su amiga.

Eleonora limpió las lágrimas de las mejillas de la infeliz; sus ojos quedaron secos. Provocar una desgracia tan terrible y luego llorar, le parecía miserable. Sentía como un acerado puñal penetrar en su pecho. Y en él debía quedar sepultado y matar su amor, aquel amor maldito, que sólo producía infortunio y miseria. Si dos días antes hubiese partido, se hubiera evitado el sacrificio de aquella inocente. De sucumbir alguna, ella debía haber sido la última.

Sumida en este éxtasis doloroso, sentóse y quedóse inmóvil, sin separar sus arrasados ojos de la enferma, que parecía dormir dulcemente, aunque sus blancas manos arañaban las sábanas. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que el doctor Baltasar estuvo de vuelta; pudo ser una hora, quizá hora y media. Después el doctor volvió á ocupar su sitio, y ella fué á sentarse algo lejos del lecho en un rincón oscuro. Así pasó bastante tiempo. De pronto vió al doctor junto á ella.

— Querida mía, sería mejor que usted se echase.

— No estoy cansada.

—Sin embargo, sería mejor.

Entonces ella comprendió.

—Déjeme usted estar aquí—dijo;—quiero ser fuerte.

Nunca había visto morir á nadie; entonces tampoco lo vió.

El médico, que estaba inclinado sobre la moribunda, le impidió verla. Todo su cuerpo temblaba conforme estaba al lado del doctor, pero no podía sentir ni comprender nada. Sólo tenía un oscuro presentimiento de que algo terrible pasaba ante ella. Después el médico se incorporó, después de haber acariciado dulcemente el rostro de la muerta.

—*¡Ave, pía ánima!*—murmuró.

—¿Puedo verla?—susurró Eleonora.

El médico tomó en silencio la lámpara é iluminó la faz de de la muerta.

—¡Nunca creí que la pobre niña fuese tan bella!—dijo en voz baja.

Eleonora inclinóse sobre el rostro de su amiga y besó sus pálidos labios.

En el momento de incorporarse resonó en el silencio de la noche el rodar de un carruaje, que al poco tiempo se detuvo delante de la puerta. Eleonora se estremeció; no podía encontrarse allí en aquellos momentos con las dos.

El médico pareció leer en su cara este pensamiento.

—¡Váyase usted!—dijo.—Ya nadie la ha de molestar. Yo cuidaré de todo lo necesario. Buenas noches.

La extendió la mano. Eleonora dirigió una última mirada á la durmiente. Después corrió apresurada á su cuarto, adonde llegó cuando ya en el vestíbulo se oía la dura voz de la generala decir:

—Vete á acostar en seguida, hija mía. Sin necesidad de esto, el día ha sido bastante malo para ti.

CAPÍTULO IX

El entierro debía efectuarse á las cinco de la tarde. El cortejo se dirigiría al cementerio de Salchow, cuya iglesia era la parroquia de Seehausen, así como de las demás casas de campo. El acompañamiento había de ser numeroso; en tales ocasiones, toda la vecindad del lago hacía gala de su solidaridad. En consecuencia, debía contarse con que de las treinta papeletas repartidas, por lo menos veinte habían de ser contestadas con la asistencia personal de las personas á quienes iban dirigidas, lo que equivalía á número igual de carruajes y un duelo de sesenta ó setenta personas, cuyos estómagos exigían, conforme á la costumbre de la comarca, después de un viaje de más de dos horas, ser atendidos, como lo demostraba la instalación de un *buffet* en un cuarto situado á la izquierda del vestíbulo, enfrente de la sala de la derecha, donde estaba expuesto el cadáver.

La generala no paraba. Aseguraba sin cesar que aquella continua agitación era un bálsamo para las heridas que Dios, en sus inexcrutables designios, había decretado contra su corazón de madre. No comprendía cómo podían soportar golpes tan terribles las personas que no tenían la fe tan arraigada como ella. Un golpe tan completamente inesperado, si bien la pobre niña, durante su corta vida, estuvo siempre muy enferma. Pero las personas enfermizas son á veces las que viven más. Sin esta convicción, ¿cómo hubiera permanecido un solo minuto en el baile después de recibir la noticia del enfriamiento de la niña? ¿Cómo hubiera tenido paciencia para esperar el coche del pueblo (por cierto, en sus maternales cuidados por la delicada salud de Kitti), en vez de hacer la travesía en el bote, como la señorita Ritter, á la cual estaba reconocidísima por el amor y fidelidad con que recogió el último suspiro de su hija? Y ahora, figúrense ustedes, la hermosa joven, que en po-

cas semanas se ha granjeado el aprecio de todos, quiere abandonarnos. Su tía, la viuda del consejero Bacher, en Berlín, la dice que vaya para cuidarla á ella y á su hija enferma. Un deber, al que no puede sustraerse. Lo comprendo perfectamente, pero esto nos produce, sobre la terrible pérdida, otra nueva, que tengo que llorar también.

Estos discursos, que la generala hacía á sus amigas las vecinas, con gran agilidad de lengua, durante las visitas de duelo, eran reforzados por Kitti, que de cuando en cuando deslizaba una frase ó palabra oportuna. Madre é hija habían convenido en que, dada la situación, debían dar á la separación de Eleonora el carácter más amistoso posible. El doctor Baltasar había tenido el atrevimiento de aventurar, en presencia de ellas, algunas palabras inconvenientes sobre su conducta, en la misma noche de la muerte. ¡Quién podía saber si el viejo hablador se habría contentado con eso, ó habría dado pábulo á las malas lenguas de la vecindad! Puesto que se había decidido que Eleonora, por decirlo así, se instalase como miembro de la familia, no podía decirse que Clementina hubiese muerto en manos de personas extrañas. No menos evidente era que al separarse con un rompimiento, de la persona con quien ya se sostenían muy tirantes relaciones, podía ser causa de muy desagradables consecuencias entre ellas y la condesa y Guido. En cambio, era de esperar que el ciego joven entraría en razón, una vez alejado el objeto de sus delirios, fingiendo compartir con él su locura, manera la más segura de curarle. Pero ¿se marcharía? La generala no veía imposible que á última hora cambiase de opinión y se quedase, mientras que Kitti se reía de estos temores ridículos. Sabía, con toda seguridad, que *la persona* había hecho todos sus preparativos y que después del entierro no volvería á casa, sino que iría desde el cementerio al pueblo en el coche de Besekow, que éste había puesto á su disposición, á ruego suyo. Su equipaje ya había sido conducido al pueblo por el mismo Besekow.

—¡Ojalá no te equivoques, hija mía!—dijo la generala.

—Yo nunca me equivoco, mamaíta—dijo Kitty.

—El negro es lo que mejor te sienta—dijo la generala, contemplando á su favorita, que se había presentado en traje de luto.—¡Estás encantadora!

—Me parece lo mismo—contestó Kitty, mirándose al espejo.—La condesa se ha excusado, ¡naturalmente! ¿Pero Guido vendrá? ¡Habrá que verle cuando sepa que va á ver aquí á su ídolo por última vez!

—Quizá lo sepa ya.

—¿Por quién?

—Por Herta. Dijo ayer que vería aún á Guido en el curso del día. Por cierto, no notaste qué cara puso Herta al saber que *la persona* se iba.

—Tiene sus motivos, si es verdad lo que me contó el señor de Odebrecht en la fiesta.

—¡No me has dicho nada!

—Le di mi palabra de honor de callarme.

—Esa no es razón para ocultármelo.

—Quizá. A ti se te va la lengua, y sabes que tenemos motivos para estar bien con Herta y Ulrico.

—¡Dios mío!—dijo la generala suspirando:—tenemos mucha necesidad de dinero. ¿Qué te dijo el señor de Odebrecht?

—En fin, si te empeñas en saberlo...

En aquel momento se detuvo un coche en el patio.

—¡Herta!—exclamó la generala corriendo al balcón.—¿Una hora antes del tiempo fijado? ¿Y sin Ulrico? ¿Qué significa esto?

—Apuesto á que se trata de *la persona*—dijo Kitty para sí. Eleonora no había puesto en ejecución su pensamiento, formado la noche en que murió Clementina, de abandonar aquella casa; no pudo dejar á la querida muerta, hasta ser enterrada, en aquellas manos descariñadas. No había tenido ninguna explicación con la generala; unas y otra conocían sus recíprocos sentimientos sin manifestarlos. Por lo demás, Eleonora, bajo el pretexto de que se sentía mal, evitó todo contacto con

las damas, hasta el punto de hacer que Elisa le sirviese la comida en su cuarto. La buena muchacha había sido su intermediaria con Besekow y la espontánea reveladora de las intimidades de la casa. Eleonora sólo la oía á medias, pero puso atención al oirla contar que ayer la baronesa Randow había estado allí sin el señor barón, que hoy debía venir al entierro. ¿Por qué? Ella lo ignoraba. Eleonora, en cambio, lo sabía perfectamente, y la precaución que él tomaba, de evitar un encuentro con ella ó, por lo menos, de neutralizarle, la hacía sonreír dolorosamente. En otro tiempo hubieran dado años de su vida por poderse ver un instante; ¡hoy trataban de huir el uno del otro! El puñal que sintió la noche en que murió Clementina se encargaría de hacer lo demás.

Ya había decidido dónde ir cuando saliese de aquella casa. La carta de su tía, á que la generala aludió para explicar su repentina marcha, no era una fantasía. La buena señora la rogaba, apremiantemente, dejar sin tardanza un puesto que no debía haber aceptado, y volver con ella y con Tila, que la recibirían con los brazos abiertos. Simultáneamente con esta carta, recibió otra que llevó un mensajero á caballo:

«Acabo de saber por Guido la triste noticia del fallecimiento de nuestra buena Clementina. Tengo el presentimiento que, después de una pérdida tan dolorosa para usted, no ha de permanecer usted mucho tiempo en Seehausen. ¿Puedo ofrecer á usted, mi dulce Eleonora, el palacio de Wendelstein con todo lo que contiene? No tema usted que su estancia en él (yo la fijo provisionalmente en medio siglo) la comprometa á usted á nada, fuera de las molestias que lleva consigo la compañía de una vieja. Bien que nos concederá usted á mí y á Guido el tacto que exigen unas relaciones tan delicadas como las nuestras. Así, pues, estará usted aquí tan libre como las águilas en las montañas de mi país.

»Conque venga usted y hará usted feliz á su maternal amiga,

FEDERICA WENDELIN.»

La carta exigía una contestación, que Eleonora todavía (una hora antes del entierro) no había podido formular. Sabía que la condesa y Guido cumplirían lo que la carta prometía. Pero, con todo, obraría ella con entera libertad. ¿No alimentaría su estancia en casa de la madre, esperanzas en el hijo, que ella no podía satisfacer en tanto Ulrico no la restituyera su libertad? Pero ¿y si éste era el único medio de libertarle? La única posibilidad de que se reconciliara con su suerte y hacer de él un hombre que, aunque no sea feliz (¿quién lo es?), pueda soportar el peso de la vida y cumplir los deberes que ésta nos impone.

¿Tendría valor después para consumir el sacrificio?

No tuvo valor. Y sentándose delante de su álbum, que á todas partes la acompañaba, escribió á vuela-pluma un par de líneas diplomáticas, dando gracias á la condesa por sus bondades, que, por el momento, no podía aceptar, pues determinadas consideraciones le llamaban á Berlín. Si durante el invierno podía disponer de sí misma, y la condesa tenía gusto en verla (de lo cual no dudaba), tendría un gran placer en aceptar su invitación.

Sabía que era aquella una carta deplorable, como no la escribió en su vida, y era triste que fuese precisamente dirigida á la condesa; pero de nada sirvió escribirla de nuevo; la segunda era no menos desgraciada que la primera. Así, pues, la metió, suspirando, en el sobre, y escribió las señas.

Apenas había levantado la pluma del papel, cuando llamaron á la puerta. Creyendo que era Elisa, exclamó con naturalidad:

—¡Adelante!

—¡Perdón, querida mía!—dijo tras de sí una voz que no era la de Elisa.

Volvióse con zozobra.

¡Era efectivamente Herta!

CAPÍTULO X

—¡Perdón!—repitió Herta, avanzando hacia Eleonora, que se había puesto en pie, y tendiéndole la mano. Ayer pedí permiso para verla, pero me dijeron abajo que no se encontraba usted bien. Por lo mismo la hubiera visto con gusto, pero no hubiera tenido ocasión de darla á usted las gracias... las gracias de todo corazón.

—¿Por qué, señora?—dijo Eleonora.

Ofreció á Herta el más cómodo sillón, del cual se había levantado ella, y sentóse en una silla al lado de la visitante. Herta palideció al advertir el tono de frialdad en que Eleonora había hecho la pregunta. Eleonora sentía remordimientos. ¿Qué idea impedía á aquella mujer, que hasta entonces y en aquel mismo momento se mostraba amistosa con ella, á castigarla por interponerse entre ella y su dicha? ¿La dicha á la cual había renunciado?

—¡Ruego á usted que me perdone!—dijo antes de que Herta hubiese podido responder;— los sufrimientos de estos últimos días me han trastornado. Me es difícil distinguir el amigo del enemigo. Yo debía saber que usted no pertenece al número de estos últimos.

—No, contestó Herta: en efecto, no lo soy. ¡Ha cuidado usted á mi pobre hermana tan bien! Esto me ha dado valor.

—¿Para qué, señora?

Herta se ruborizó y deshizo con la mano una arruga de su vestido.

—He venido para pedirla á usted un gran favor.

—¿En qué consiste, señora?

Herta volvió á arreglarse el vestido, y prosiguió, siempre con los ojos bajos:

—Yo no sé si usted habrá notado que mi marido no está tan.... tan bien como era de desear. Por esta causa ha renun-

ciado á venir al duelo y quizá también al cementerio. El doctor Baltasar y yo le aconsejamos, desde hace mucho tiempo, que deje la administración de la hacienda y se procure alguna distracción; que emprenda un viaje ó cosa por el estilo. Nunca nos ha hecho caso, pero ahora parece estar de acuerdo con nosotros. No sabemos dónde ir aún; yo he propuesto alguno de los mares de Italia ó la Rivière, porque ya está muy avanzada la temporada. A mí me es completamente igual, pues tan poco conozco el uno como el otro; el caso es sacar de aquí á mi marido. La dificultad está en qué vamos á hacer de los niños. No hay que pensar en llevarlos con nosotros; son demasiado pequeños, y no se conseguiría el objeto apetecido de distraer á mi marido. Los niños están mejor en casa que en ninguna parte, siempre que queden en buenas manos; mademoiselle Didier tiene muy buenas cualidades, pero no es la persona indicada en este caso. Pensé en Clementina, la cual se hubiera prestado muy gustosa. No ha podido ser. Después me dijo mamá que usted se iba de esta casa con su tía á Berlín. Yo, perdone usted que sea tan franca, creo que esto es un mero pretexto; creo que lo que usted quiere es marcharse de aquí. Lo comprendo perfectamente; siempre he pensado que llegaría este momento. Pues bien, ¿quiere usted venir á mi casa?

Al decir estas palabras Herta, que hasta entonces tenía los ojos bajos, levantó la vista y lanzó á Eleonora una mirada escudriñadora. La expresión que encontró en ella la intimidó. La contestación que esperaba no vino. No tenía más remedio que proseguir.

—Yo le confiaría á usted mis hijos con mucho gusto; son, puedo decirlo, de buena pasta, y no le darían á usted mucha guerra. Elena, á quien yo le he dicho algo de esto, está fuera de sí, de alegría, creyendo que usted va. Estoy persuadida que no desea otra cosa sino que yo parta. ¿Verdad que no necesito asegurar á usted que consideraré como una gran amabilidad que usted acepte y quiera quitarme este cuidado? Esto

no se limitará al tiempo de nuestra ausencia. Todo lo contrario. Cuanto antes venga usted, tanto mejor para que usted esté habituada cuando nos vayamos. De buena gana me la llevaba á usted ahora mismo. Si no, cuando á usted le venga mejor. Y por el tiempo que usted quiera, naturalmente. Cuanto más, mejor. Yo la ruego, la ruego que usted acepte.

La alargó la mano, que Eleonora sólo rozó ligeramente. La expresión de su rostro, que ya antes había disgustado á Herta, se hacía más sombría, y su voz, siempre tan dulce y clara, estaba velada y ronca al preguntar:

—¿Debo creer que está usted de acuerdo, completamente de acuerdo, con su señor esposo?

—Pero... ¡naturalmente, querida mía! — contestó Herta desconcertada.

—¡En ese caso...! — dijo Eleonora.

Hubo una pausa. El pulso de Eleonora latía con violencia. Lo mismo era. Ya vería la otra cómo ella se arreglaba explicando lo que sólo tenía una explicación: ¡Esta mujer lo sabe todo! Y ¿quién podía habérselo dicho sino él? Y después habría seguido una reconciliación. Este proyectado viaje era una especie de viaje de novios; el rubor de sus antes pálidas mejillas; la triunfadora alegría de sus ojos en un día de duelo; de sus ojos, que dos días antes miraban con tanta desesperación y abatimiento, lo demostraban bastante claro. Y si se habían arreglado entre sí, ¡bueno! Estaban en su derecho. Pero llegarle á ella y decírselo en su cara, é invitarla á ser testigo de su *entente cordiale*, lo encontraba desvergonzado.

—Quiero serle á usted completamente franca — empezó á decir Herta de nuevo, en tono vacilante. — No, mi marido no estaba conforme con mi propósito. Creía que usted no debía venir. Pero si usted viene, yo estoy persuadida...

—¿Por qué creía su señor esposo que yo no debía ir? — interrumpió Eleonora.

—¡Dios mío! — exclamó Herta, que vió que no podía evadirse. — Perdóneme usted, perdónenos á los dos. Ante todo, le

juro á usted que no lo he sabido por mi marido. Un tal Odebrecht... usted no le conoce; es un condiscípulo de Ulrico, pero no están en buenas relaciones... les vió á ustedes juntos en Norderney, y me lo contó la noche de la fiesta del lago. Mi marido no negó que se había interesado por usted, y yo lo comprendí perfectamente. Sobre todo, ¡por Dios! Es muy natural; pero todo se arregla con un poco de buena voluntad. Dios sabe que yo la tengo y mi marido también, y yo no puedo creer que á usted le falte. Ahora comprendo (al principio no lo comprendía y me indignaba) por qué mi marido me lo ha ocultado todo; y ciertamente, hubiera sido mejor, y nos hubiera ahorrado muchas amarguras, si se hubiera llegado á mí y me hubiera dicho: «¡Mira, Herta, sucede esto y esto!» Pero desde el momento en que él tenía un secreto para mí, ¿qué había yo de hacer más que callar cuando se hablaba de Norderney? Ahora todo el mundo lo sabe, pues, como usted puede comprender, traté bastante mal al señor de Odebrecht por sus odiosas delaciones. Y luego, al pasar, oí de labios de Kitti una frase que no me podía dar á entender otra cosa sino que sabía más de lo que debía saber. Si usted viene á casa, todo el mundo se convencerá de que las odiosas murmuraciones no tienen ningún fundamento. Esto le conviene á usted, debe pensarlo así, tanto como á nosotros. Yo se lo he hecho comprender á mi marido. Y por lo que á mí hace, se lo he dicho á usted y lo repito: no tengo el menor encono contra usted; usted me ha proporcionado muchos disgustos; me ha costado muchas, muchas lágrimas; me he desesperado; no puedo vivir sin Ulrico; hoy mismo le amo como no le he amado nunca, mil veces más. Pero nos hemos reconciliado completamente; ya es mío otra vez, y sería odioso que yo no la perdonase á usted.

—¿De veras?—dijo Eleonora.

Herta la miró asustada de nuevo. Había hablado en el mismo tono cortante, y en su rostro había la misma expresión. Estaba pálida, y sus labios temblaban; su nariz fina palpataba; las cejas tocábanse casi bajo sus órbitas; sus ojos miraban

fijamente y parecían completamente negros, á pesar de que brillaban siniestros.

—¿De veras?—repitió.—En efecto, yo le he robado á usted su marido. Esto es un pecado capital. ¡Qué viles artes debe desplegar una mujer para seducir á un hombre que tiene mujer é hijos! Porque es evidente que son malas artes las que yo he puesto en juego, por infame vanidad ó bajo egoísmo. ¿No tiene bastante con errar sola, desvalida, por el mundo una pobre muchacha, sino que tiene la frescura de querer ser amada, tener un marido que la defienda, una casa donde reposar tranquila, hijos que estrechar contra su pecho como las demás?

De un salto habíase puesto en pie, y paseaba por la habitación con paso veloz y descompuesto, con los brazos cruzados bajo el pecho palpitante, columpiándose en las esbeltas caderas, por las que resbalaba el borde de su chal negro á derecha é izquierda. A Herta que, llena de confusión, permanecía sentada, le parecía que Eleonora había olvidado su presencia y que sus apasionadas palabras se las dirigía más bien á sí misma que á ella.

—¿Pero la otra? ¡La otra está en posesión, y la posesión es sagrada! ¡Ha amado diez años largos á su esposo y le ha dado tres hijos; todo esto debe ser respetado! Que ha sido pura, ciega casualidad, la que le ha dado la posesión; que si su marido hubiese visto diez años antes á su rival, la hubiera colocado en el lugar en que está hoy la otra, en febril angustia, porque ve resbalar de sus débiles manos el precioso bien; tales pensamientos son criminales y deben desecharse. Pues bien; yo lo he hecho así; yo he respetado la santa posesión; yo he respetado el grosero derecho de los años. No he dicho: «Yo no puedo vivir sin ti»; lo cual no hubiera sido engañar á Dios; yo no he amenazado con tomar veneno ó tirarme al agua si él me abandonaba; yo he arrojado al hombre á quien amaba y amo con única, pura, santa y poderosa pasión, de un corazón al cual él se agarraba como un desesperado; he cerrado mis oídos

á sus ruegos y súplicas, á sus amenazas y furoros, y le he enviado con su mujer.

Se había detenido dos pasos delante de Herta, y la miraba con terrible ironía.

—¡Sí, señora, le he enviado! No me ha sido muy fácil. No es fácil cuando se sabe que con una palabra se puede detener al amado, y con otra palabra se le puede ver de rodillas ante una. ¿Usted no lo cree? ¿Quiere usted verlo? ¿Debo pronunciar la palabra? ¿Debo...?

Con cada una de las terribles palabras que Eleonora había pronunciado, se había ido convenciendo Herta que estaba á merced de aquella joven, y que de su capricho dependía su vida ó su muerte. Con un grito de desesperación saltó de la butaca para arrojarse á sus pies, abrazándose á sus rodillas.

—¡Misericordia!—exclamó.—¡Tenga usted misericordia!

El huracán que agitaba el alma de Eleonora se apaciguó. Como si despertara de un profundo sueño, pasóse las manos por ojos y frente, y levantó á Herta, y abrazándola, apoyó la cabeza en su pecho y rompió en lágrimas, pronunciando en voz baja las siguientes palabras, que cayeron como bálsamo en el herido corazón:

—Estoy loca; perdóneme usted. Todo se arreglará, todo se arreglará; yo lo remediaré todo. Ahora no puedo ir á su casa de usted. Usted lo comprenderá; quizás más tarde, cuando estemos todos tranquilos. Yo quiero ser su amiga de usted, y no tema usted de mí nada malo.

—¡Oh, no, no! —exclamó Herta entre sollozos.— ¿Qué he de temer? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora veo claro. Usted ha sufrido horribilmente; sufre usted horribilmente todavía, ¡y yo he sido tan mala, tan cruel con usted! ¿De veras, de veras quiere usted ser mi amiga?

—¡Sí, sí!

Besáronse y se desasieron cuando llamaron á la puerta.

Era Elisa. La señora baronesa y la señorita debían bajar

en seguida. El señor Pastor estaba allí hacía diez minutos. Sólo faltaban las señoras.

La doncella se marchó; Eleonora rogó á Herta que bajara; ella tenía que ordenar algunas cosas antes de ir al cementerio.

—¡Tengo que pedirla á usted antes un gran favor!—dijo Herta cogiendo sus manos.—¿Quiere usted llamarme, de ahora en adelante, simplemente Herta, y tutearme y permitirme que yo haga lo mismo.

Eleonora respondió con una melancólica sonrisa. Herta la abrazó y besó por última vez antes de abandonar la habitación.

Eleonora se quedó en el mismo sitio.

—Ahora le he perdido para siempre—murmuró.

Sus ojos quemaban, su garganta estaba como agarrotada. Dió orgullosamente con el pie en el suelo.

—¿A qué viene esto? ¡Fuera lágrimas! No sirven de nada. ¡Seamos prácticos! ¡Arreglémonos! Es la orden del día.

Fué á la mesa, sacó del álbum la carta que había escrito á la condesa, la rasgó en dos pedazos, que volvió á guardar en el álbum, acercó la butaca de un empujón, y escribió:

«¡Señora condesa! No puedo, por el momento, aceptar su bondadosa invitación, pues tengo que ir á Berlín. Si luego puedo volver, sé que puedo confiarme á la delicadeza de usted y de su señor hijo, y si lo tiene usted á bien, aunque lo dudo, particípele lo siguiente: Me encuentro en la misma situación de la joven de que usted me habló. Amo locamente, infinitamente, y tengo que renunciar á este amor. Tengo por imposible volver á amar otra vez así y poder ofrecer á otro hombre más de lo que después de un tal amor puede quedar de sentimiento amistoso en un noble corazón. Si este sentimiento, y la seguridad con que aquella joven de que usted me habló se alababa á sí misma y al hombre que fué su esposo, justifican en nuestro caso que yo pronuncie la palabra que usted quería oír de mí, y que para siempre me acercaría á ustedes, lo dejo á

su decisión. Si usted dice que sí, téngala por dicha con la presente. Si usted dice que no, no por eso dejaré de seguir respetándola y queriéndola á usted como á una madre.

ELEONORA.*

Dobló la esquila, guardóla en el pecho, miróse al espejo, se alisó mecánicamente el pelo, se puso los guantes y bajó al vestíbulo, por cuya puerta, ante la cual se apiñaban las criadas, se percibía la voz del sacerdote en la sala. Después pasó á la sala y se quedó cerca de la puerta, entre los caballeros vestidos de frac con cintas negras. El sacerdote, del cual sólo se veía el pelo gris, peinado con raya en medio, hablaba muy despacio, alto y enfáticamente. Pero ella sólo oía un murmullo sin entender las palabras. Tampoco podía pensar en la muerta. Sobre su frente tenía un plomo; las personas le parecían sombras, por más que las veía distintamente.

Después tomó asiento en un coche cerrado, al lado de la señora de Besekow. Al lado del señor Besekow, enfrente de ella, sobre el asiento vacío, había un pequeño saco de viaje que Elisa puso allí. La doncella había llorado; también la señora Besekow lloraba mientras el señor Besekow ponía cara larga. Ella no podía llorar, ni siquiera estaba triste: extraña rigidez se apoderaba de su alma.

Luego, en el cementerio, estuvo en un grupo de señoras y calleros vestidos de negro que rodeaban la fosa, mientras el sacerdote peroraba otra vez en un montículo cerca del hoyo.

Ella no se daba cuenta de nada. No veía más que manchas negras que bailaban ante sus ojos, pues inconscientemente había estado mirando al sol poniente con fijeza. Había oído decir á su padre que así podía quedarse uno ciego.

Le parecía verse de su mano, de niña en la cima de la montaña, en cuya falda estaba el castillo. Y los dos miraban el extenso paisaje, en cuyo horizonte el sol rojo vagaba, pintando las laderas de la montaña de púrpura, dejando caer azules sombras sobre la mansión señorial, mientras á lo lejos, en la

llanura, las sinuosidades del riachuelo que corría entre zarzas y malezas al desaparecer se despedía con reflejos rosáceos.

Cuando, al despertar de su ensueño, abrió otra vez los ojos, deseaba haber soñado más tiempo ó haberse quedado ciega soñando. Pero ya no soñaba, y le veía distintamente á él al lado de Herta, precisamente frente á ella; entre él y ella sólo había la sepultura, en la cual descansaba ahora para siempre Clementina, cuyo corazón había estallado al ver el espectáculo que ella y él ofrecían en la gruta á la luz de la luna.

Y mientras sus miradas, que se encontraron, quedáronse como por un hechizo fijas la una en la otra, oyóse la voz del sacerdote, que por última vez, pues hasta entonces sólo había murmurado en voz baja, entonó de pronto:

—Pendónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal.

De nuevo oscureciéronse sus ojos, esta vez de lágrimas. Alguien la separaba de la fosa: era Guido. Ella no le había visto hasta entonces; de repente surgió ante ella y tomó su brazo. Recorrieron entre los demás, sin cambiar una palabra, el ancho camino que en línea recta conducía á la puerta del cementerio. Ante ésta desfilaban los coches del cortejo. Justamente cuando llegaron á la puerta pasó el de Ulrico y Herta. Ulrico ayudó á Herta á subir. Casualmente ésta, al mirar hacia atrás, vió á Eleonora, corrió hacia ella, la abrazó y besó y murmuró llorando unas palabras, de las cuales ella sólo entendió:

—¡Ayúdame en adelante!

Herta sentóse en el coche, apretándose los ojos con el pañuelo, y Ulrico á su lado, saludando á Eleonora y Guido con una inclinación.

Este había vuelto á dar el brazo á Eleonora. Pasaron algunos coches hasta que llegó el de Besekow, que esperaban, y que debía conducirla al pueblo. El señor y la señora Besekow

que volvían á pié á su casa por un corto camino, ya se habían despedido de ella en la puerta del cementerio.

El viejo cochero, que por excepción vestía una especie de librea, bajó del pescante y quitóse el sombrero, adornado con negra cocarda, saludando á la señorita que el señor conde llevaba del brazo.

Aún no habían hablado una palabra. Guido abrió la portezuela bajando sus ojos, desconcertado ante la melancólica mirada que ella le dirigió.

—¡Conde Guido!—dijo de repente.

—¿Señorita?

—Debo dar á usted las gracias, hoy como siempre. Perdóne usted que no encuentre más que una palabra. Estos días me encuentro algo mal; estoy cansada, y mi cabeza no está firme. Yo no sé si es correcto darle á usted esta carta para la señora condesa, en la cual contesto á una invitación que me hace. Dígala usted... pero ya lo leerá. Así, pues, le ruego que no haga más que darle esta carta.

Guido tomó la carta que ella sacaba del pecho, y la guardó en un bolsillo del frac.

—¿Tiene usted otra cosa que mandarme?—preguntó con labios temblorosos.

—Nada; muchas gracias.

La dió la mano para ayudarla á subir al coche. Ella vaciló si tomarla ó no.

Así permanecieron un momento.

—¡Conde Guido!...

—¿Señorita?

—Es posible ó probable que la señora condesa conteste á mi carta, y no es imposible que usted crea oportuno llevarme la contestación personalmente á Berlín. Desde este momento le digo que le recibiré con mucho gusto.

Guido se ruborizó hasta la frente, y púsose de pronto pálido.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró—¿Será posible, señorita Eleonora?

—No, no, querido amigo—interrumpió ella con vehemencia;—¡ahora no, aquí no! ¡Quizá después en Berlín! ¡Adiós!

Subió al coche, desde el cual con animosa y amable sonrisa le tendió la mano, que él impetuosamente llevó á sus labios repetidas veces.

Después quedóse solo en la carretera, siguiendo con la mirada el coche, que desapareció pronto tras de una nube de polvo.

Un cuarto de hora después pudo verse al conde galopar en su caballo hacia Wendelstein, con tal prisa, que parecía ir á conquistar un trono.

Pero hubiera dado gustoso todos los tronos de la tierra á cambio de lo que él por fin se atrevía á esperar.

(Concluirá.)

RECUERDOS

Ni quiero pintarme como una excepción, ni quiero alardear de previsiones, que ni sentí ni tuve, ni *á posteriori* me daré por profeta.

El que vive en el seno de una masa humana y en contacto con ella, con ella se entusiasma y apasiona, participa de sus latidos, comparte sus amores y sus odios, y funde, por decirlo de este modo, su personalidad en el ambiente que las demás personalidades forman.

Quiero decir con esto, que si el partido á que yo pertenecía y la mayoría parlamentaria de que formaba parte se entusiasmó incondicionalmente con la candidatura del príncipe alemán, yo me entusiasmé otro tanto.

Ya comprendía que tal candidatura podría ofrecer dificultades por parte de Francia; para no verlas, hubiera sido preciso tener ojos de topo y cerebro de guardacantón.

Pero cuando la idea de tales complicaciones pasaba por mi pensamiento, la rechazaba, sin darle gran importancia y como idea molesta, porque yo discurría de este modo: estas dificultades ya las tendrá pensadas el general Prim; y cuando plantea la candidatura del príncipe alemán, las tendrá vencidas de antemano.

Y así me fuí á ver al general Prim y á darle la enhorabuena por su triunfo diplomático, que era un triunfo inmenso, á mi entender, ante enemigos y descreídos.

—Aquí vengo — le dije, — y traigo en mi compañía tres

enhorabuenas: la del ministro — (porque yo continuaba siéndolo, y continué hasta la muerte del general), — la del diputado y la del amigo.

Lo dije con entusiasmo y con sinceridad, pecando en aquel momento de inocente.

El entusiasmo de D. Juan Prim no correspondió al mío; le encontré nervioso y agitado como nunca, á aquel hombre dueño de sí mismo, y que sabía dominar sus pasiones

—Pues malas enhorabuenas me trae usted; y más acertaría si me trajera tres pésames; aunque esto, usted comprende que, en el punto á que hemos llegado, no se lo diría á todo el mundo.

Yo me quedé, como vulgarmente se dice, de una pieza, y, desconcertado y aturdido, le pregunté:

—Pero ¿por qué, mi general?

—Si no lo comprende usted, es que no se ha parado á discurrir lo que se nos viene encima.

—Pero, ¿no es usted el que ha gestionado esta candidatura?

—Y ¿quién había de ser!

—¿No ha conseguido usted el asentimiento del rey de Prusia y de Bismarck?

—Evidentemente.

—¿No cuenta usted con el asentimiento unánime del partido y con una mayoría brillante en la Cámara?

—¿Quién dudará que la Asamblea ha de darme sus votos!

—¿Teme usted acaso—pregunté con cierto misterio — que el Regente, por compromiso con Montpensier, se oponga al nuevo candidato, creándonos un grave conflicto? Porque si esto sucediese, reconozco que el conflicto sería grave.

—El general Serrano es un hombre leal y que sabe cumplir sus deberes; de ese lado nada temo.

—Pues entonces mis enhorabuenas están en su punto, porque su triunfo de usted es indiscutible.

—¿Mi derrota, mi conflicto, mi responsabilidad, éstas sí que son indiscutibles!

Yo no quiero decir que el diálogo entre el general Prim y yo fuera exactamente, palabra por palabra, el que acabo de dictar al ir evocando mis recuerdos.

He sido autor dramático, y me queda la afición de dialogar las escenas.

Pero, aun sin dialogarlas, afirmo que la contrariedad del general Prim era grande, sin que me explicara todavía el motivo.

El motivo yo lo solicité, en la forma discreta que correspondía al caso; y el motivo me lo explicó D. Juan Prim, en términos claros y precisos, que yo procuraré recordar con toda exactitud.

—Mire usted—me dijo;—lo que ha sucedido hoy, no sé ó no quiero saber por culpa de quién, me desconcierta en absoluto, me crea una situación difícilísima, y destruye por completo todos mis planes.

Yo quería conservar en secreto la candidatura. ¿Hasta cuándo? Ahora se lo diré á usted, y comprenderá la gravedad de mi situación.

La candidatura—continuó diciendo,—que á mí me parece excelente, y por eso la he gestionado, está aceptada por Prusia y por la familia del príncipe; por lo tanto, es un hecho, como usted decía; pero ¿la aceptará el emperador Napoleón?

—¿No lo sabe usted todavía, mi general?—le pregunté interrumpiéndole.

—No lo sé—me contestó.—Y ahora comprenderá usted mi ansiedad, y por qué todas estas enhorabuenas que recibo me enojan, me excitan y me ponen nervioso.

En suma, yo no quería en manera alguna lanzar la candidatura al público hasta no haber obtenido el asentimiento del emperador Napoleón; y yo no puedo pedir ese asentimiento, cuando hoy mismo se ha pregonado á los cuatro vientos la candidatura alemana.

Y continuó tristemente, como sintiéndose abrumado:—Mi plan era éste. En primer lugar, secreto absoluto; ni se arroja

el candicato al público para que lo destroce, ni de buenas á primeras se le dice á Francia que hemos resuelto traer un rey de familia prusiana.

Y ya con más calor, siguió expresando ideas de este orden:

—Decir al mundo que España ha elegido un rey, y pedir ante el mundo públicamente el asentimiento de Francia, es una humillación á que no estoy dispuesto á someter á mi patria, y á que yo no me someto tampoco. Y proclamar este candidato sin el asentimiento del emperador Napoleón, es algo así como un reto que le lanzamos; y es, en suma, una temeridad, porque si el emperador se opone, la candidatura no prospera.

Estoy entre la humillación y la temeridad; y mis enemigos me acusarán, por lo menos, de una incomprensible imprevisión.

Y ahora vea usted si hay motivo para darme nada menos que tres enhorabuenas.

Y el general empezó á dar paseos por la sala.

Yo comprendía que todo cuanto estaba oyendo era de una exactitud matemática.

Sin embargo, apunté esta observación:

—Pero si no empezaba usted por tratar con Napoleón el asunto, ¿no pudo usted temer lo que ha sucedido, que sus negociaciones se divulgasen? Porque al fin y al cabo, estas cosas no pueden permanecer mucho tiempo en secreto.

—Sí—me dijo,—eso parece natural; pero no era práctico, porque yo no podía dejar pasar los meses sin trabajar la candidatura, y al emperador no le tengo á la mano, ni puedo salir cualquier día del ministerio de la Guerra para hacerle una visita en las Tullerías, y, por lo demás, el asunto es de tal naturaleza, y mis relaciones con el emperador se han enfriado tanto desde la cuestión de Méjico, que nadie puede tratar con el emperador Napoleón III, con probabilidades de éxito, asunto tan delicado, más que yo en persona.

Por otra parte, si el rey de Prusia hubiera sabido que yo

comenzaba por pedirle permiso al emperador para solicitar un candidato alemán, no me hubiera recibido como me ha recibido ahora, y aun dudo que me hubiera recibido de ninguna manera.

Además, yo creía poder conservar el secreto en absoluto hasta avistarme con el emperador Napoleón.

En lo demás, tiene usted razón; pero lo último me parece difícil.

No ha sido difícil hasta hoy, hasta que la imprudencia inverosímil é inesperada de no sé quién lo echó todo á rodar.

Suprima usted esa imprudencia, con la cual yo no podía contar, y mi plan se cumple en todas sus partes.

En estas cosas, como en las batallas, una pequeñez, un incidente, la cobardía de un coronel ó la ligereza de un diplomático, inutilizan una negociación ó hacen perder una batalla.

Además, á mí no me importaba gran cosa, es decir, me importaba mucho, pero no como catástrofe definitiva, el que la candidatura alemana empezase á transpirar; que se supiera algo, que se dudase, que se comentara por unos, que se afirmara por otros. Tales rumores y hablillas políticas no se me hubieran impuesto, y yo hubiera seguido mi camino.

Pero no es esto lo que ha sucedido; ha sido un verdadero estallido. Esta mañana todo el mundo lo ignoraba; á esta fecha lo sabe toda España, y se sabe como cosa absolutamente cierta, y el mundo entero se me viene encima, y en este instante yo no soy dueño de la candidatura; la candidatura se ha hecho dueña de mí, cortándome toda retirada.

No sirven evasivas ni medias palabras; ó niego, y quedo en situación tristísima ante el rey de Prusia y Bismarck como hombre, más que tímido, cobarde, y ante mis enemigos como el que quiere y no quiere candidato, ó afirmo, y entonces, créame usted, la suerte está echada, y será lo que Dios quiera.

Usted conoce el estado de la política española; usted sabe cómo vengo trampeando dificultades desde hace un año. ¿Cree usted que ante mis compromisos en España y fuera de Espa-

ña, y ante el clamor que hoy me asalta con voces de mando, puedo yo achicarme, retroceder y decir cobardemente al público, y á mis amigos y á la Alemania entera: No, si todavía no hay nada seguro; si esa candidatura es un proyecto, y nada más; si todo es una broma que no puede convertirse en nada serio hasta que el emperador Napoleón III nos dé su permiso?

¿Cree usted que D. Juan Prim puede hacer todo eso, sin convertirse en un muñeco despreciable?

—No, mi general, no lo creo; en conciencia, no lo creo.

—Pues ahí tiene usted cómo estoy cogido en el lazo; cómo tengo que hacer de tripas corazón; cómo han desbaratado mis planes.

—Pero, dado que el secreto de la negociación no se hubiera descubierto, ¿contaba usted con haber convencido al emperador? ¿Tenía usted esperanzas? ¿Tenía usted medios?

Y si la pregunta es indiscreta, no me conteste usted.

—No lo es, y puedo contestarle concretamente. Mi plan era éste.

Y si en estos diálogos que voy reconstituyendo en sus líneas generales, la copia no es trasunto exacto de la realidad, porque claro es que no había ningún taquígrafo que los tomase, aunque las ideas son todas exactísimas, y yo nada invento por mi cuenta, en cambio, el plan que voy á referir, y que el general me explicó, es verdadero hasta en sus pormenores; porque yo le escuché con grandísima atención, y lo recogí en mi memoria con sumo cuidado y gran energía intelectual.

—Mi plan—decía el general—era éste: el verano se echa encima; yo padezco del hígado, como todo el mundo sabe, voy á Vichy, como he ido muchas veces, y este viaje á nadie le llama la atención; mis proyectos continúan secretos, y yo puedo maniobrar libremente.

Desde Vichy preparo una entrevista secreta con Napoleón III, sin que nadie la sospeche y sin que nadie adivine la escapatoria que proyecto. De este modo tratamos el asunto el emperador y yo.

En otro tiempo fuimos buenos amigos, y puedo asegurar que el emperador tenía gran confianza en mí. Desde la expedición de Méjico, claro es que nuestras relaciones se enfriaron mucho, y yo sé que el *entourage* del emperador le pintó los sucesos de manera que yo resultase odioso para él.

Pero el desenlace de aquella insensata aventura, que ha sido el primer tropiezo del Imperio, han debido convencerle que la razón estaba de mi parte, y que, en último análisis, Francia debió hacer lo que hizo España ó lo que hice yo por España, librándola de un grave conflicto y de grandes odios para el presente y para el porvenir.

Como el emperador es hombre de talento, creo que podré borrar toda esta historia pasada, y recobrar, al menos en parte, su benevolencia para conmigo de otros tiempos.

Y vengamós á la candidatura alemana.

—¿También en este punto —le pregunté— trataría usted de convencer al emperador?

—Confíaba también, y mucho; aunque la cuestión es tan delicada, que no podía tener una seguridad absoluta.

Yo me decía á mí mismo: Le haré observar que si pasa mucho tiempo sin resolverse en España este problema, mejor dicho, si no prospera la candidatura alemana, ó triunfará la República, ó se impondrá por la fuerza de los hechos la candidatura de Montpensier.

¿Y le conviene al emperador tener una República en la Península? ¿No sabe que queda en Francia una gran levadura republicana, y que un incendio tan próximo y tan violento puede invadir la casa propia?

Y si, por otra parte, ocupase el trono Montpensier, ¿sería cosa grata para la dinastía de Napoleón que reinase en España la familia de Orleans?

Yo procuraré convencerle que estas dos soluciones son muchísimo más peligrosas para el imperio napoleónico que la solución alemana.

Al llegar á este punto, el general desarrolló una serie de

razonamientos que hoy no tienen fuerza alguna, después de la guerra franco-prusiana, la derrota de la Francia, el sitio de París, la tremenda batalla de Sedán y la constitución del imperio alemán.

Pero en aquella época los argumentos del general tenían gran fuerza lógica, y gran fuerza humana, podemos decir, porque halagaban el orgullo de Napoleón.

Prim pensaba decirle, insistiendo en la misma idea: los Orleans ó la República en España son vecinos peligrosos para el Imperio, porque tienen fuerzas en el interior de la misma Francia.

En cambio, un príncipe alemán en España es mucho menos que el rey Guillermo en Prusia, y cuando más, podría ser un peligro exterior, no interior.

Pero esto tampoco puede admitirse, porque España es verdadera amiga de Francia, y en este punto yo puedo dar toda clase de seguridades al Imperio; ¿ni qué puede temer de Prusia, ni aun de Alemania el emperador Napoleón, que es el árbitro de los destinos de Europa, y cuyos ejércitos son invencibles, vencedores de Rusia, vencedores de Austria?

¡Desgraciada de Prusia el día en que locamente se precipitara ante la bayoneta de la infantería francesa!

Hoy todo esto suena á hueco, mejor dicho, parece una fanfarronada ridícula, porque los hechos con su brutalidad se impusieron pocos meses después; pero el general Prim, al decir todo esto al emperador Napoleón, se lo hubiera dicho, no como artificio diplomático, sino creyéndolo profundamente.

Se hubiera equivocado, pero no como traidor desleal ó engañador, sino como un hombre que se equivoca; que los hombres, aun los de más talento, no son infalibles.

* * *

Porque no he conocido á nadie más entusiasta de la Francia y de su ejército que al general Prim.

Aun más tarde, pocos meses después de desarrollarse la

E. M.—Marzo 1909.

guerra entre Francia y Alemania, el general Prim creía firmísimamente en el triunfo de los ejércitos franceses.

Presenció muchas discusiones entre Prim y Sagasta.

Sagasta sostenía que triunfarían los alemanes.

Prim, derritiendo su frialdad de costumbre con el recuerdo de sus ardores marciales, aseguraba con entusiasmo que Francia vencería.

—Yo he pasado mi vida—le decía á Sagasta—haciendo la guerra ó viéndola hacer; he visto batirse á los españoles, á los franceses, á los rusos, á los italianos, á todos los ejércitos del mundo pudiera decir, porque á todos los conozco.

Pues yo afirmo que los alemanes no resisten el empuje de la infantería francesa. Que una carga á la bayoneta de los zuavos arrolla cuanto tengan por delante.

Y le replicaba Sagasta, rascándose la barba, según su costumbre:

—Está bien, mi general, está bien; y si llegan á los prusianos, los prusianos no resistirán; pero ¿y si no llega ningún zuavo?

—¿Y quién les ha de detener?

—Las balas, mi general; que el armamento ha variado mucho desde que usted vió batirse á los franceses.

Y Prim, con supremo desprecio, le contestaba:

—Ya sé todo eso; pero esas cosas, para creerlas hay que verlas, y las balas no matan tanto como parece. Yo no niego los hechos, pero no los niego después de verlos.

Recuerdo todo esto para que se vea que el general Prim pensaba discutir con el emperador, de buena fe; que cuando daba importancia como un peligro para el Imperio al establecimiento de la República en España ó al de la casa de Orleans en el trono, señalaba males para el Imperio que consideraba graves.

Y que cuando achicaba el poder de Prusia, y aun de Alemania, ante la fuerza, para él incontrastable, del ejército francés, expresaba lo que lealmente sentía.

Pues estas y otras armas que no puntualizó, y que yo tampoco puedo puntualizar, pero que, en conjunto, eran armas de gran eficacia, eran las que él pensaba esgrimir ante el emperador Napoleón III, para obtener su asentimiento en favor de la candidatura alemana.

Por eso repetía una y muchas veces, con profunda tristeza, al ver desbaratados sus planes:—Sí, yo hubiera convencido al emperador; tengo medios para haber llevado á su ánimo el convencimiento; tenía fe en mí mismo; tenía confianza en el talento del emperador. Y todo inútil; ya todo imposible ante el escándalo que hoy resuena en Madrid; ante esos escándalos insensatos; ante la opinión, que se me viene encima; ante esa aceptación prematura de la candidatura alemana; ante el amor propio del emperador, que se sentirá profundamente herido al oírme proclamar, sin contar con él, una candidatura alemana.

Porque él creerá que yo soy quien la proclamo, arrojándosela al rostro, y no sabe que la proclaman á pesar mío, porque él no conoce nuestra vida interna ni la situación difícil en que me encuentro, y ha de imaginar que esta candidatura es el resultado de mi enemiga contra Francia, ecos, acaso, del asunto de Méjico.

Ahora sí que no encontraría manera de convencerle.

Y yo, aún me atreví á hacerle otra pregunta:

—Dígame usted, mi general, ya que ha sido usted tan bueno que ha querido usted desarrollarme su plan: ¿y si no hubiera usted logrado convencer al emperador, cuál hubiera sido su actitud?

Yo, en aquella conferencia, era algo así como un reporter á la moderna.

Preguntaba y volvía á preguntar, y ahondaba cada vez más en el asunto, y con toda la impertinencia de la curiosidad insaciable, ó con ciertas adivinaciones del reposterismo moderno, acosaba al general Prim hasta llegar á lo más íntimo de su pensamiento.

Ni él se resistía mucho, á decir verdad. Deseaba espontánearse, sincerarse acaso, hacer que sus amigos se hicieran cargo de lo difícil de su situación; dolerse, en suma, de aquel estallido de un secreto que él cuidadosamente guardaba, y cuyas consecuencias fueron tan dolorosas.

—¡Pensar—decía él—que la ligereza de un hombre y la estúpida curiosidad de muchos pueda crear situaciones tan graves como ésta en que nos encontramos!

Porque yo pregunto: ¿qué hará el emperador?

Y pregunto: ¿cuál será la actitud de Prusia?

Y, sobre todo, me pregunto con angustia: en este conflicto, ¿cuál debe ser, cuál será nuestra actitud?

Amigo mío—continuaba diciendo,—no creo que insista usted en sus enhorabuenas, porque yo, que no soy hombre pesimista, le juro á usted que todo lo veo muy negro.

Francia, Prusia, acaso Alemania, dispuestas á chocar, y nosotros, como quien dice, en medio.

—Tiene usted razón, mi general; pero, ¿me permite usted que repita mi pregunta?

—Ya lo creo. Si hoy estoy haciendo confesión general.

Y repetí mi pregunta.

La contestación merece capítulo aparte.

JOSÉ ECHEGARAY

«DON QUIJOTE»

Tres siglos hace que se publicó en Madrid una novela, titulada *Don Quixote de la Mancha*. El libro se había impreso sin esmero en humildes tipos y mal papel. No excitó gran admiración; que la mayor parte de los literatos de la época lo miraron con desprecio; parecía claramente que satirizaba algunos de los ideales más sagrados y serios de los españoles. Pero aunque la crítica literaria oficial y el espíritu menguado de algunos de sus compatriotas no lo estimara, pronto el libro se leyó por toda España. Y fuera de ella también, no sólo fué prontamente conocido y trasladado, sino altamente estimado, especialmente en Inglaterra, en donde los principales literatos, grandes filósofos y hombres eminentes en toda clase de ciencias, proclamaron su admiración por él (1). Más afortunada que el autor y su héroe, la novela ha emprendido su carrera de aventuras, conquistando al fin el universo.

No puede dudarse que el *Don Quijote* es la novela más grande y más típica de todas. Otras novelas hay que son más

(1) «Ninguna nación extranjera ha igualado á Inglaterra en el aprecio del mérito de Cervantes», escribe Navarrete, uno de sus mejores biógrafos. Así como la primera biografía de Velázquez fué escrita por un inglés, así, á excitación de un inglés, lord John Carteret, se escribió la primera biografía de Cervantes en 1738, mientras la primera edición de *Don Quixote*, preparada con el honor debido á un clásico, fué de otro inglés, el Rev. John Bowle, en 1781.

trabajadas en el estilo y de plan más perfectamente arquitectónico. Mas libros de éstos, menos atraen el interés universal que el estudio de los críticos; no son tan igualmente entretenidos, y al mismo tiempo profundos para gentes de todos los países y de todas las edades y grados de capacidad mental.

Aun si dejamos á un lado los grandes monumentos de perfección literaria, como algunas de las novelas de Flaubert, y consideramos sólo las grandes novelas europeas de interés más general é influencia más profunda, dista mucho de acercarse á la perfección de que este libro predecesor de todas las otras ofrece ejemplo.

Tristán Shandy, que es quizá la novela inglesa más cosmopolita, libro que en humorismo y discreción se avecina frecuentemente al *Quijote*, no posee la misma extensión de interés humano. *Robinson Crusoe*, novela inglesa entre las inglesas, verdadera odisea del anglo-sajón, en su misión de colonizar el mundo—temeroso de Dios, positivo, inventor,—fascina por igual á los entendimientos más profundos como á los más simples. Mas, á pesar de su dilatada reputación, no tiene la espléndida afluencia, la humanidad universal del *Don Quijote*. *Tom Jones*, siempre gran novela en Inglaterra, no lo será jamás en el resto de Europa; el genio de Scott, verdaderamente ciudadano del mundo en su significación é influencia, fué, no sólo demasiado literario, sino que además se prodigó demasiado en una selva de novelas que labraron su gran fama. *La Nouvelle Heloise*, que en su tiempo se extendió por todo el mundo y renovó la novela, era demasiado limitada en su espíritu, demasiado oportunista en su factura para lograr perpetuarse. *Wilhelm Meister*, que es la obra quizá más profunda y más sabia de las de este género, sostiene cierta comparación con ella, sucediéndole lo que á Saúl, hijo de Kish, que saliendo á buscar los asnos de su padre, encontró un reino; cuenta una aventura que viene á ser el reverso del *Don Quijote*; pero en la forma de ficción presenta, como los libros de Rabelais, mucho que se escapa al juicio y gusto universal y no es propio

enteramente de la novela. *Las mil y una noches*, que es la única que supera á *Don Quijote* en variedad y universalidad de interés, no es precisamente una novela, sino una literatura entera. Es, pues, el *Don Quijote* la grande y verdadera novela por antonomasia. Es una invención genuina, que por primera vez junta las viejas historias de Caballerías de hazañas heroicas con las historias picarescas de su tiempo de aventuras vulgares, creando en tal combinación algo que es enteramente original en que á su contacto surge la vida siempre. Libro es que nos conduce á aquella atmósfera en que lo ideal y lo real viven como en su hogar. En donde se amalgaman las cosas más graves con las más regocijadas del mundo. En donde se alcanza la armonía recóndita, en que se acuerdan los contrastes más violentos de la vida, la armonía singular que en los momentos de más bella inspiración concebimos como posible, de la misma manera y en el tiempo mismo (pues, *Lear* apareció cuando *Don Quijote*) en que Shakespeare creaba sus locos y sus idiotas en concordia de humorismo divino. Historia que un niño puede con gozo entender, tragicomedia que al sabio solamente es dado á comprender en totalidad. Muchas obras maestras de la literatura ha inspirado; formando parte de la vida de los pueblos en todo país civilizado, ha llegado finalmente á ser parte de nuestra civilización humana.

II

No se espere que autor de un libro como éste, que es la novela suprema de Europa, libro de aventuras de interés universal, pueda encerrarse en los límites de un ensayo, como Scott, Balzac ó Zola. Cervantes debió á la casualidad el ser hombre de letras. Antes que nada fué soldado y aventurero; en este concepto se atrajo la atención de sus contemporáneos,

y á esto se debe mucho de lo que de su vida conocemos. Los recuerdos de ella—sin contar con los informes que él mismo accidentalmente suministra acerca de su persona, y sin contar tampoco su fama de escritor en la posteridad—son minuciosos, aunque fragmentarios é imperfectos.

Hasta podía intentarse una pintura precisa del hombre tal como fué en su vida—ayudados en este particular por la descripción de sí mismo que hace en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*,—más precisa, desde luego, que la de aquel otro gran contemporáneo y pariente espiritual suyo, Shakespeare, aunque tampoco tengamos retrato auténtico de Cervantes. Debió ser de estatura mediana, cargado de espaldas, tez blanca, ojos vivos, pelo castaño, grandes mostachos y barba dorada, algo desmañado, á causa de la cortedad de la vista y lo ceceo de su habla; pero, en fin de cuenta, ejemplar castizo del hombre de temperamento sanguíneo, audaz en el obrar.

Nació en 1547, probablemente en el día de San Miguel, en la antigua ciudad castellana Alcalá de Henares, famosa por su Universidad, próxima á Madrid, y fué hijo menor de padres hidalgos, cuya posición había decaído, avecindados en Alcalá. Cervantes tuvo suerte, no sólo en su nacimiento, sino en su crianza; su maestro de primeras letras era hombre de carácter firme y de competencia intelectual, meditado; concibió afecto por su discípulo, y quizá á la manera de inculcarle sus gustos se deba el poderoso desenvolvimiento que, andando el tiempo, alcanzaron. Cervantes, de joven, escribió versos muy malos, que quizá contribuyeron, cuando tenía veintidós años, á conseguirle el patrocinio y amistad del cardenal Acquaviva, de poca más edad que él, á quien acompañó á Roma. Para algunos de sus biógrafos hay misterio en su salida súbita de Madrid; no ha faltado quien crea que una riña ó una intriga con una dama de alto linaje, ó el haber sacado su espada en palacio—injuria grave que se castigaba con la pérdida de la mano derecha,—pudiera dar motivo á su fuga. Fuera ésta ú otra la causa, ello contribuyó á lanzar á Cervantes á la corriente prin-

cipal de la vida europea. Era aquella época verdaderamente grandiosa en la historia de Europa. Parecían haber resucitado los tiempos caballerescos. Se había predicado una gran cruzada contra el turco infiel, y bajo las inspiraciones del Papa y el mando de D. Juan de Austria, las fuerzas unidas de Roma, España y Venecia se dispusieron á ir al mar frente á una escuadra de incomparable grandeza. Cervantes, con sus instintos heredados de guerrero y poeta enamorado de excelsas aventuras, tuvo parte en el entusiasmo general. Dejó la casa del cardenal y se alistó como soldado de filas. Pero la compañía en que entró, constando sólo de jóvenes de buenas familias, era de gran distinción; representaba la flor de la infantería española, tenida como invencible, hasta que al siglo siguiente perdió su prestigio en la batalla de Rocroi. Esta inundación de caballeros cristianos, en que fué arrebatado Cervantes, llegó al apogeo de su grandeza en la batalla de Lepanto, combate naval de los primeros del mundo. Aquel día—el 7 de Octubre de 1571—fué el más hermoso de la vida de Cervantes. Enfermo y postrado por la fiebre que se apoderó de él al comenzar la lucha, recibió tres arcabuzazos y quedó para siempre manco de la mano izquierda; pero la gloria que ganó aquel día le fué toda su vida manantial de satisfacción y alegría. La parte que como soldado particular desempeñó, según los testimonios de la época demuestran, fueron suficientes para alcanzarle excelso honor. No hay cosa que más demuestre las extraordinarias condiciones personales que le adornaban. Cuando, al cabo de otros servicios que realizó en una expedición contra Túnez, obtuvo licencia para volver á España, llevaba consigo cartas de recomendación para el rey, á bordo de la galera *Sol*, de los primeros generales de aquel tiempo, conteniendo altísimos loores de su valor y merecimientos, así como de sus amables cualidades personales. Pero aquella ironía de la vida que siempre le persiguió en el mundo de la realidad—favorecida, según él creía, por su especial manera de ser,—y que en edad anciana iba á reproducir incompa-

rablemente en los límites del mundo ideal, había ya empezado á perseguirle. La galera fué apresada casi á la vista de España, por corsarios de Argel, y las cartas que llevaban hicieron á los piratas formar tan alta idea del valer de su cautivo, que exigieron un rescate incompatible con los escasos medios de su familia. Fué luego esclavo de un capitán pirata, de extraordinaria brutalidad, y llevado á Argel encadenado, donde había de permanecer cinco años.

En Argel, como podemos conocer con absoluta evidencia, desplegó Cervantes, en circunstancias impensadas y más dificultosas, las mismas cualidades personales extraordinarias. Esclavo y aherrojado, y en poder de un amo brutal, encontró modo de llegar á ser el alma y la inspiración de los cristianos cautivos en Argel, trazando planes de evasión y procurando osadamente ponerlos en práctica con denuedo y fertilidad de recursos inagotable. Por la traición de los otros, más que por culpa suya, se frustraban siempre sus proyectos; pero él cargaba con la responsabilidad, librando á los demás. Es maravilloso que sus carceleros, lejos de castigarle, parece que le trataban con gran consideración; pero en los hombres del Islam se reconoce y estima el valor donde quiera que se encuentre, siendo éste uno de los secretos de su vitalidad. Al fin, por los buenos oficios de un excelente fraile, se allegó la cantidad del rescate, y Cervantes pudo volver á España. Pero ahora sus servicios estaban ya olvidados; el triunfo de Lepanto no produjo provechos materiales, y D. Juan de Austria había muerto. Si Cervantes no hubiera tenido inconveniente en hacerse renegado, hubiera, sin duda, logrado una posición envidiable; en España, el espíritu de libertad y las iniciativas individuales quedaron aplastados bajo la arrogante autoridad de los Felipes. España no disponía de mercedes que distribuir entre sus hijos más valerosos y honrados, y Cervantes no encontró otra cosa ante sí á que dedicarse que lo mismo á que se dedicara diez años antes: hacerse soldado. Mas no con el entusiasmo que la vez primera, seguramente. Eligió ahora un regimiento en que,

por azar extraño, estaba también sirviendo Lope de Vega, que á la sazón contaba diez y seis años, digno compañero de gloria, que pronto iba á ser famoso como príncipe de las letras españolas. Cervantes iba ya cansándose de la vida penosa, brutal y sin recompensa de los campamentos; el entusiasmo caballeresco, y no el amor á la guerra, le había conducido la vez primera á las filas; y después de haber combatido tanto toda su vida, se retiró de las armas, cambiando la lanza por la pluma.

Por el año 1548, á los treinta y ocho de su edad, escribió su primera obra de fama, la novela pastoril de *Galatea*, y poco después se casó con la dama en cuyo obsequio se supone que escribió esta obra, paisana suya y de gran fortuna, con la que parece haber vivido dichoso hasta la muerte, siendo la voluntad de ella ser enterrada á su lado (1). Desde este momento su vida se dividió entre la literatura, especialmente la producción de obras para el teatro y variadas producciones de su ingenio—y el oficio de colector de impuestos para las órdenes religiosas, y también como rematante de suministro de granos y aceite para la flota,—lo que le puso en condiciones de conocer la vida española en sus aspectos más íntimos.

En 1597 fué encarcelado en Sevilla, por la quiebra de un hombre á quien había confiado una crecida cantidad de dinero que pertenecía al Tesoro. Ya era en literatura muy ventajosamente considerado, aunque todavía no había escrito ninguna de las obras que habían de alcanzarle nombre inmortal. Por último, si hemos de dar crédito á la leyenda, fué preso por motivos que se desconocen, en la celda de una casa de la pequeña población de Argamasilla, en la Mancha. Aquí es opi-

(1) Se ha dicho, sin embargo, que sus acciones manifiestan cierta aptitud de reserva hacia su marido y poca inclinación á subvenir á sus gastos. Deberíase esto tal vez á sus defectos de carácter, ó bien á que ella no pudiera olvidar que era mujer sin hijos, que había recibido en su casa la que su marido había tenido de otra mujer en la misma época en que andaba pretendiendo á ella.

nión que tuvo principio la concepción del *Quijote*, siendo Argamasilla la patria del héroe de la incomparable novela (1). En 1605 se publicó la primera parte. En 1618 aparecieron las *Novelas ejemplares*, bella colección de relatos que, como cosa literaria, pueden colocarse en algunos respectos por encima de su misma obra maestra. Finalmente, en 1615, á la edad de sesenta y ocho años, publicó la segunda parte de *Don Quijote*. Durante todos estos años vivió Cervantes con su mujer, su hija, su hermana viuda y su sobrina, sustentándolas á su costa, cuándo en Sevilla ó en Toledo, cuándo en Valladolid ó Madrid (2), ciudades principales de la nación más grande, rica y brillante del mundo, como era España en aquella sazón. Murió en Ma-

(1) Si bien las tradiciones menos demostrables tienen generalmente un fundamento de verdad, debe advertirse que no había en aquel tiempo cárcel en Argamasilla, y no se ha encontrado, á pesar de las investigaciones llevadas á efecto, el menor indicio de que Cervantes fuera preso allí en manera alguna. Cierto, que la afirmación que el autor hace en el prólogo de la historia de que hasta «ha sido engendrada en una cárcel», puede dar alguna margen á la tradición, y en esto estaría el origen. Algunos escritores, como Navarro Ledesma, deseosos de retener la leyenda de la cárcel, sostienen que durante su indiscutible encarcelamiento en Sevilla, escribió Cervantes el *Quijote*.

(2) En algunas de estas ciudades se conservan las casas en que vivió Cervantes. El lugar quizá más interesante de los que se relacionan con las casas de Cervantes, es la posada de la Sangre, en Toledo.

Está situado en la puerta de Zocodover, más allá del arco de herradura que mira al Tajo. En tiempo de Cervantes era uno de los mejores mesones de Toledo, y con su patio antiguo, su corredor con habitaciones en los pisos superiores (con la misma disposición que en las antiguas posadas inglesas) y sus columnas en que se apoya la galería, anteriores á la dominación de los moros, parece no haber cambiado de como era en la época en que Cervantes escribía. En esta posada conoció la escena de la bellísima narración de *La ilustre fregona*, dándole pie para idearla alguna doncella de la venta que le pareciera demasiado hermosa y fina para dedicarse á comunes menesteres, tal como las que Emilia Pardo Bazán ha visto en las cocinas de dicho mesón, ahora frecuentado por arrieros y labradores, aunque no les falte visita de distinguidos viajeros que allí acuden en homenaje á Cervantes.

drid, popular como autor, pero pobre y sin honores, en 23 de Abril de 1616, partiendo del mundo pocos momentos antes que su hermano de genio, Shakespeare.

III

Ha sido preciso recapitular los principales hechos de la vida de Cervantes—por más que sea ésta muy conocida,—porque es imposible comprender el *Quijote* si no se pone de relieve la persona que late bajo él. Es costumbre repetir que este libro es una sátira de las antiguas novelas de Caballerías. En cierto sentido, muy restringido, es verdad. Cervantes ridiculizó las extravagancias de la novela caballeresca en su decadencia. Pero para *Amadís* y otras grandes novelas de la primera época no tiene sino admiración y afecto. Eran ciertamente producto genuino de España; y aun de la misma Caballería podía decirse otro tanto, pues que aún seguía viviendo en España mucho después de haber ido desapareciendo de los demás países, alimentado por el luchar incesante con la morisma figura caballeresca también. Siendo el Cid legendario ó auténtico la representación suprema de la Caballería. Cervantes vivió toda su vida á la manera de un caballero andante, y *Don Quijote* acabó con las novelas de Caballería, no porque fuera sátira contra ellas, sino porque este libro era también una novela caballeresca, la mejor de todas, porque su acción estaba situada en el mundo real.

Hemos dicho que Cervantes debió á la casualidad el ser literato. Era soldado, hombre de acción, que jamás hubiera cogido la pluma, no siendo como entretenimiento, si larga serie de infortunios no le hubiera cerrado los demás horizontes de la vida. Hecho es bien singular que casi todos los grandes escritores españoles han sido soldados ó aventureros, tan familiares por lo menos con la lanza como con la pluma. «Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», dijo Don

Quijote, expresando con esto la convicción de todos los escritores españoles. Los literatos italianos han sido, por lo general, sagacísimos políticos; los franceses, hombres para brillar en sociedad; los ingleses y americanos, gente de negocios y de capacidad en cosas prácticas; pero en ninguna parte, salvo en España, encontramos al soldado que triunfa en literatura. Sin mencionar los escritores del siglo de oro de España, durante el cual vivió Cervantes, encontramos soldados preclaros en las letras españolas desde la época de su origen. Merobandes, poeta cristiano del siglo v, fué también soldado distinguido; Jaime el Conquistador, ilustre monarca de Aragón, es casi tan famoso por su animada crónica como por sus hechos de armas; el obispo D. Rodrigo de Toledo, cronista principal del siglo xiii, blandía su espada en la guerra con la misma destreza con que manejaba la pluma con que describía después los combates; Santillana, gloria de la literatura española en el siglo xv, fué igualmente esclarecido en el campo, en el consejo y en la corte; Garcilaso de la Vega, uno de los personajes más salientes de España, dice de sí mismo que distribuía el tiempo «tomando, ora la espada, ora la pluma».

Siempre ha sido España el país de la espada: la antigua tizona es eminentemente española; los soldados de Shakespeare hablan con gran aprecio de sus Bilbo; las hojas de Toledo, tan estimadas por los romanos, siguen fabricándose en esta antigua ciudad. No ha de asombrar, pues, que estando tan familiarizados con la espada y la tizona los literatos españoles, y más que ninguno, Cervantes, aunque éste era cuidadoso y esmerado en el escribir, desdeñaran las gracias más menudas del estilo y manejaran la pluma con algo de aquella libertad y fuerza que habían adquirido con el uso de arma tan brillante, varonil y flexible como es la espada. No ha de sorprender tampoco que aprendieran en el mundo de la acción á sentir y expresar una humanidad, percepción íntima y profundidad, que no aprendieron en el estudio. Las cualidades vivas, audaces y punzantes de la literatura española parecen demostrar que aquellos

hombres habían sido educados para la pluma por la espada.

En este caso, como en todo, fué Cervantes legítimo español. Fué una gran personalidad, un soldado esclarecido, mucho antes de idear su *Don Quijote*. Es interesante su comparación en este respecto con el escritor más grande de sus contemporáneos: un hombre que fué tan netamente inglés como Cervantes español, é igual á él en fama. En el temple mental, Cervantes y Shakespeare se asemejan, aunque éste fué incomparablemente más artista; ambos pasaron por el mismo género de evolución mental; ambos poseyeron la misma abundosa humanidad y ambos, en fin, alcanzaron la misma visión de la vida, sosegada, pero profundamente irónica. Sin embargo, cuán diferente hubiera sido nuestra concepción de ambos individuos si ninguno de los dos hubiera escrito cuando los anticuarios desenterraron sus historias. Uno y otro eran hijos de padres pobres, pero de buen linaje, y se vieron obligados á abrirse paso en la vida valiéndose de sus esfuerzos. Mas todo lo que se puede afirmar de Shakespeare se reduce á unos cuantos episodios bien dudosos de sus primeros años, y á que fué actor de tercera fila y empresario afortunado en el negocio. También se sabe que personalmente era de buen trato, aunque puntilloso en materia de negocios, y que la ambición principal de su vida fué retirarse pronto del trabajo, y poder escribir después de su apellido la palabra *Gentleman*. Poco más se puede decir sobre él que lo que se pudiera decir de millones de compatriotas suyos. En cambio, Cervantes, aunque no hubiera escrito una sola línea, seguiría siendo personaje importante y famoso. Antes de escribir de la vida gastó muchos años de ella en aprender sus lecciones.

Rara vez se han escrito grandes novelas por escritores jóvenes: *Tristán*, *Shandy*, *Robinsón Crusoe*, *Tom Jones*, *La Nouvelle Héloïse*, *Wilhelm Meister* fueron obras escritas por personas que habían pasado ya de la mitad de su vida. *Don Quijote*—y de él especialmente la segunda parte—fué publicado por su autor cuando ya era viejo, que había renunciado ya á sus

ideales y ambiciones, y se había establecido pacíficamente en su casita de Madrid, pobre de bolsa, pero rico de prudencia, atesorada en el transcurso de una vida variada y aventurera. *Don Quijote* viene á ser una autobiografía genial. Por esto es precisamente un libro español hasta la medula.

También su autor era español entre los más españoles. Y no siempre los escritores más grandes de una nación son los que más perfectamente la representan. Ciertamente que á Dante no se le concibe sin su sér de italiano, ni á Goethe de alemán; pero no los tenemos por representativos de su raza. A Shakespeare acudimos muchas veces para encontrar en él estereotipados muchos elementos castizos de la Gran Bretaña; pero Shakespeare, por su volubilidad y originalidad, su fuerza de expansión emotiva, su brillantez de rasgos, su jovialidad desenfadada y su ingenio, dista mucho de representar al inglés frío, práctico y serio. Cervantes es español de pies á cabeza. Sus ilusiones y sus desilusiones, su moralidad y su humorismo, sus procedimientos artísticos, lo mismo que su estilo—descontando algunas ideas que pudo tomar de Italia—son totalmente cosa española (1). Don Quijote y Sancho Panza, personajes centrales de la obra, no son ya españoles, sino la España misma. Viajando una vez de Madrid á Sevilla por el camino que atraviesa la Mancha, tan bien conocida de Cervantes, al ver en la gente del país aquellos rostros llenos de gravedad y de cortesía, aquellos ojos brillantes, que parecían fijos en visiones recónditas y ciegos para las cosas de la vida ambiente, y al encontrar como dondequiera por allí se encuentra al aldeano rechoncho, de alegre talante, de imperturbable cachaza, que para todos los infortunios y contrariedades de la vida opone

(1) Menéndez Pelayo, en una lectura interesante sobre la cultura literaria de Cervantes (publicada en la *Revista de Archivos*, 1905), dice que ningún prosista influyó tanto en Cervantes como Boccaccio; pero su influencia es simplemente exterior. En general, Cervantes sigue la *Celestina* y las comedias de Lope de Rueda; nunca imitó tampoco á los novelistas picarescos. Sancho tiene un precedente en la última literatura caballeresca: el *Ribaldo* de la *Historia del Caballero de Dios*, del siglo XIV.

un chiste ó una moraleja, no podía menos de gritar para mí mismo á solas: «¡Ahí está Don Quijote! ¡Ese es Sancho Panza!» Ambos personajes constituyen la España de hoy; porque aunque sigue siendo el español sano en su entraña, más por lo que toca al hombre de acción heroica, de ánimo denodado, el tipo del *conquistador* vese hoy rara vez en España, y las grandes cualidades de otros tiempos tienden á convertirse en simple charlatanería y en adornos retóricos de un sistema político corrompido. Don Quijote, con su idealismo, su altanería de abuelo y linaje, su conciencia más ó menos profunda de estar destinado al cumplimiento de una misión tradicional, en pugna con la época en que vivía, es tan impropio para dirigir el mundo moderno, como Sancho Panza con sus virtudes mismas, su valiente sumisión al deber que le ligaba con su amo, su docilidad mansa y silenciosa á las calamidades de la vida, es igualmente impropio para las tareas comunes del progreso y mejoramiento sociales. El genio de Cervantes escribió su historia para su propio país.

Hasta en los pormenores más menudos de su gran obra podemos descubrir el carácter exclusivamente nacional de la mente cervantina y de sus gestos españoles. Aduciré uno de los menos perceptibles que se ofrece en muchos lugares de la obra: la predilección que manifiesta por el color verde. Quizá los moros, para quienes este color era el más sagrado, legaron esta predilección á los españoles, aunque, en todo caso, es natural que plazca este color en un país seco y estéril como es España en gran parte de su término. Cervantes admiraba los ojos verdes como otros muchos poetas españoles, al revés que los sicilianos, para quienes sólo tienen mérito los ojos negros; los ojos de Dulcinea son *verdes esmeraldas*. Todo el que con cuidado lea el *Quijote* y conozca las cosas de España, no puede menos de encontrar á cada paso en Cervantes rasgos semejantes de españolismo (1).

(1) El escritor que se firma con el pseudónimo de «Dr. Thebussem»,
E. M.—Marzo 1909.

Mas, á pesar de esta base, intensamente nacional, es *Don Quijote* el libro más cosmopolita, más universal. Ni Chaucer ni Tolstoi ofrecen tan amplia humanidad. Á Shakespeare mismo le sería preciso, para ser completo, la creación de un tipo de villano, como á la vez sea cierto que no se encuentra un Yago entre los seiscientos sesenta y nueve personajes que según cálculo se introducen en el *Quijote*. No hay mejor testimonio de lo genuinamente humano que es un espíritu como la capacidad que posea para dominar las influencias inevitables del elemento religioso nacional. Cervantes, que había derramado su sangre en lucha contra los infieles piratas argelinos y había padecido los hierros de sus mazmorras, aun cuando compartiera todos los prejuicios nacionales que existían contra los moriscos en España, no sólo aprendió y aprovechó mucho de la vida oriental que entre amarguras sin cuento había conocido durante los cinco años de su cautiverio, sino que adquirió, además, un concepto comprensivo y amplio de los moros, que era, sin duda, bien raro que lo pudiera profesar un español por los enemigos tradicionales de su patria. También entre Portugal y España había entonces una tirantez de relaciones y un antagonismo mucho más considerable que el que hoy haya; Cervantes, sin embargo, no se harta de alabar á Portugal y á los portugueses. Si ha habido Nación á la que España pudiera aborrecer con más derecho en aquel tiempo, era Inglaterra. Aquellos piratas y herejes del Norte asaltaban continuamente sus costas, destruían sus galeras, devastaban sus colonias. Cervantes, que vivía en la época en que el poder naval de España fué destruído, tiene, sin embargo, para con Inglaterra una actitud mesurada y cortés.

Quizá se deba en algo á esta actitud tolerante y hasta benigna con los enemigos de España, así como al ridículo con que satirizó muchas flaquezas y prejuicios españoles el ser tan

ha tratado de la afición al color verde de Cervantes en un artículo titulado *Lo verde* (ESPAÑA MODERNA, Marzo 1894).

tardíamente reconocido en su patria, con el puesto soberano que le corresponde en literatura. Por varios siglos se leía á Cervantes en España, como á Shakespeare en Inglaterra, en concepto de autor entretenido, antes de considerársele como uno de los genios supremos de la humanidad. Al mismo tiempo, fuera de España encontraba el *Quijote*, no sólo lectores entusiastas entre la gente de toda edad y condición, sino que se le empezaba á reconocer como una obra de arte maravillosa y varia.—Un depósito de riqueza en que cada cual podía hallar lo que buscaba; alegoría que se presta á las más múltiples interpretaciones.—Heine recordaba cómo, siendo muchacho, leía el *Quijote* con risa y lágrimas, y según iba creciendo, crecía con él la inspiración que encontraba en su lectura perpetuamente. A él acuden, no ya los héroes, los audaces reformadores, los caballeros del Espíritu; también los hombres de mundo, prudentes y sagaces, se vuelven con una sonrisa preñada de significación, como el sabio y escéptico Sydenham se volvía á la pregunta que su ayudante de medicina le hacía de lo que debía leer: «El *Quijote* que es un buen libro. Yo siempre lo estoy leyendo.» Al leer la gallarda oda—*Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*—que al inmortal caballero dirige Rubén Darío, el más inspirado de los que en lengua castellana escriben ahora, no puede menos de percibirse con toda verdad que, á más del tipo de novelesco, creó Cervantes una figura de significación profunda ó mejor, religiosa, para consuelo de los hombres. No es *Don Quijote* el tipo y patrón de nuestras más grandes novelas: es más bien una visión del alma humana, entretejida en el mundo de las tradiciones espirituales. El Caballero de la Mancha ha triunfado, á la verdad, en su empresa, pues que ha ganado una Dulcinea más inmortal que la que él nunca soñara.

HAVELOCK ELLIS

TESOROS ESPAÑOLES EN YANKILANDIA

EL MUSEO HISPÁNICO EN NUEVA YORK

Acercas de los Estados Unidos de la América del Norte, desde que empezaron á desempeñar papel importante en la política mundial, se han emitido múltiples juicios, más ó menos autorizados, unos acremente adversos, como los de Cárlos Dickens; otros hiperbólicamente laudatorios, como los de Pablo Bourget; así que aquella nación, tan pronto se ha considerado tierra de promisión y dechado de todas las perfecciones, como infierno moderno sin ideales delicados, morada de hombres egoístas, brutales, dominadores y descaradamente prosaicos. Este último concepto es el más generalizado en España; y no precisamente debido á influencia de lecturas internacionales, tan tenue y esporádica en este país, sino á circunstancias especiales de todo el mundo conocidas.

En realidad, los trágicos acontecimientos de 1898 no eran propios á inclinar á benevolencia el ánimo de los españoles para con la poderosa Unión federativa, y la gran prensa, muchas veces arrastrada por las corrientes populares, contribuyó no poco á la difusión de conceptos erróneos y apasionados, excusables en cierto modo, al calor de los que arraigó la convicción de que los *yanquis* eran hombres sin género alguno de escrúpulos, sórdidamente mercantiles y desenfrenadamente avaros, indiferentes é ineptos para todo lo que significa arte,

literatura, intelectualidad; sólo comparables con los ejemplares más bastos é incultos de las naciones del antiguo continente; en una palabra: positivistas, especuladores en trigos y lanas, vendedores de pieles y petróleo, tratantes en cerdos, y, como dijo el Dante de los odiados genoveses: *...uomini diversi d'ogni costume, e pien' d'ogni magagna.*

Esas figuraciones, excusamos decirlo, tienen el mismo valor para el psicólogo que las grotescas caricaturas que los *vaudevilles* franceses y las zarzuelas españolas nos han hecho del tipo inglés, presentado como flemático, seriote, grosero, excéntrico, cuando en realidad no hay gente más culta, elegante y finamente humorista que aquella entre la cual S. M. Alfonso XIII ha tenido el buen gusto de elegir esposa.

Cuando una nación es próspera y poderosa, es forzoso que sobresalga en todos los ramos de la actividad humana y cultive su espíritu. Ninguna sociedad humana numerosa puede constituirse ni existir sin ideales, sin intelectuales intereses, y es un contrasentido enorme el suponer la ausencia de los mismos allí donde florecen pujantes el comercio, la industria y la agricultura. Las bellas artes y la filosofía, las ciencias trascendentales son como el coronamiento imprescindible y la flor de toda civilización. ¿Cómo creer faltos de ellas á los Estados Unidos, á los que, hace más de medio siglo, un pensador español llamara «el país más libre, más humanitario y bien gobernado del mundo, águila soberana del Norte y garantía secular de la libertad presente y futura del antiguo y del nuevo continente»?

Para no citar más que al correr de la pluma, diremos que poetas como Longfellow, historiadores como Jorge Bancroft, William Prescott, John Mottey y Francis Parkman; literatos como Jorge Ticknor, novelistas como Hawthorn, cuentistas como Edgard Allan Poe y humoristas como Mark Twain, bastan para dejar bien plantado el pabellón intelectual de un país.

¿Quién no ha leído, por cuotidianas noticias de la prensa

de información, que dos multimillonarios americanos, aquellos *self-made-men* empeñados en la ímproba caza del *dollar*, los *Gould*, los *Vanderbilt*, los *Rockefeller* (1), los *Pierpont Morgan*, los *Carnegie* y tantos otros saben emplear sus enormes capitales en beneficio de sus conciudadanos y empresas científicas, fundando hospitales y laboratorios, escuelas y universidades, museos y bibliotecas?

Y aquí del objeto especial de estos renglones, que es reseñar acerca de una de aquellas grandiosas fundaciones, de especial interés para España: nos referimos al Museo Hispánico de Nueva York, creado por Mr. A. M. Huntington.

La prosperidad económica de la California, más que á sus *placeres* auríferos, pronto agotados, se debe al inmenso desarrollo de su agricultura é industria, al vuelo prodigioso de su comercio, consecuencia, á su vez, del ferrocarril interoceánico que enlaza á Nueva York, y, en cierto modo, á Europa con la magnífica bahía de San Francisco, en comunicación constante con China, el Japón y Australia. Ese ferrocarril, que, cual varita mágica, abrió el sésamo de inagotables tesoros, es obra de cuatro hombres de negocios: *Stanford*, *Hopkins*, *Crocker* y *Huntington*, á quienes acompañó en la magna empresa un éxito inaudito y que ganaron una fortuna fabulosa.

Ya no existe ninguno de aquellos cuatro, pero su memoria perdura inmarcesible por las innúmeras obras filantrópicas á que dedicaron una gran parte de sus caudales. En la América del Norte, los nombres de aquellos bienhechores son pronunciados con veneración y gratitud al recordarse la Universidad de Palo Alto, fundada por *Stanford*; la Escuela de Bellas Artes, creada por *Hopkins* en *Nob Hill* de San Francisco, y el Museo de Historia natural, anejo á la Academia de Ciencias de la Puerta de Oro, debido á la generosidad regia de *Crocker*.

(1) *Rockefeller*, en diferentes donaciones, ha regalado á la Universidad de Chicago la increíble suma de 50 millones de dolars.

Únicamente, dentro del célebre cuatrumvirato, el nombre de Huntington era el que no sonaba en aquellos monumentales legados, á favor de los descendientes de los modernos argonautas, como prueba de que el americano acumula riqueza, no tanto en provecho propio, como para adquirir con ella los medios de hacer el bien en gran escala. Huntington fué de los cuatro precitados el último que murió, después de fastuosa existencia en su palacio de la Quinta Avenida en Nueva York. No tuvo hijos, y adoptó á algunos sobrinos y sobrinas, y, finalmente, después de haberse casado en segundas nupcias con una viuda, adoptó al único hijo de ésta, á su hijastro, quien tomó el nombre y apellido de su padre adoptivo, el de A. M. Huntington. El magnate ferrocarrilero, al morir, dejó casi toda su fortuna, valuada en 100 millones de dolars, á aquel hijo adoptivo.

Éste supo dar digno empleo á tanta riqueza acumulada en manos de un solo hombre, pues se dedicó casi exclusivamente á intereses intelectuales, y el terreno de su predilección fué el arte y la literatura española. Con verdadera pasión coleccionó antigüedades, objetos de arte y cuadros de procedencia hispánica y libros españoles que han venido á formar la biblioteca más completa de esta clase que existe. Durante diez y ocho años viajó, no solamente por España, sino por todos los países de Europa, con el único afán de enriquecer su colección con valiosas adquisiciones. Como quiera que sus medios pecuniaros eran inmensos, y grandes también sus conocimientos arqueológicos, literarios y artísticos, Mr. Huntington pudo ver realizado su sueño dorado, que consistía en reunir la colección de antigüedades, objetos de artes y libros españoles más grandiosa que hubiese en el mundo.

En el mes de Mayo de 1904 fundó la «Sociedad Hispánica de América», que contó en un principio 100 socios, y cuyo objeto era «el estudio de todo cuanto con España se relacionase». Mr. Huntington dotó á la Sociedad con 350.000 dolars, en dinero efectivo, y además le regaló 12 solares, sitios en el

parque Audubon, en la parte alta de Nueva York, en el cruce de la calle 157 con la de Broadway, en donde mandó construir el imponente palacio que ahora encierra las colecciones antes mencionadas, abriéndose hace cosa de un año al público aquel Museo y Biblioteca que en riqueza y extensión tiene analogía con el famoso *British Museum*, de Londres, y muy bien podría llamarse *Hispanic Museum*.

Los neoyorkinos lo llaman comúnmente la Nueva Biblioteca de la Sociedad Hispánica. Una idea del esplendor de aquel monumento la da el solo hecho de que la construcción y decorado han costado más de cuatro millones de dolars, ¡unos cien millones de reales!...

Es un grandioso edificio, estilo Renacimiento, de hermosa sillería caliza, extraída de las canteras del Estado de Indiana. Su fachada, la adornan columnas jónicas, y un airoso pórtico con cuerpo saliente y frontón relleno de precioso bajorrelieve. Seis ventanales circulares prestan luz á los pisos inferiores, y siete ventanas de medio punto cumplen con el mismo fin en el frente del principal y segundo. En dirección al eje principal del edificio y á lo largo de la meseta debajo del pórtico, así como por los flancos de la gran escalinata que da frente á la calle, corre una balaustrada de mármol. La magnífica verja de hierro forjado que rodea la manzana ocupada por el edificio, realza no poco su aspecto suntuoso.

El interior está en armonía con motivos arquitectónicos españoles, y el gran salón de lectura, que ocupa el mayor espacio de la espléndida construcción, tiene forma de patio, con sus arcadas y columnatas que sostienen una galería correspondiente al entresuelo. Las columnas llevan rico adorno de *terracotta*, con dibujos platerescos. En la citada galería se encierra, bajo vitrinas, un sinnúmero de rarísimos objetos de arte antiguos, y los muros están cubiertos con cuadros religiosos y tapices adquiridos en conventos é iglesias españoles.

No menos preciosa é interesante es la colección de piezas de cerámica hispano-árabe. Hay en ella azulejos de singular

belleza, platos, placas murales y jarrones de complicados dibujos é inscripciones y característicos reflejos metálicos. Contiene piezas de todos los períodos de esa industria artística, un día tan floreciente en la Península ibérica, y cuyos productos eran buscados en el mundo entero. Así, pues, esta colección sin par tiene un inmenso valor, no solamente intrínseco, sino también histórico, y está ordenada cronológica y sinópticamente de tal manera, que los que quieren estudiar la cerámica de referencia, pueden, sin gran trabajo, observar los principios, el desarrollo, el apogeo y la decadencia de tan exquisita industria.

Incomparable es también la colección de altares y sepulcros de mármol y alabastro que Mr. Huntington, á fuerza de perseverante labor y gastos sin cuento, ha podido adquirir en España y llevarse á Nueva York. Hay allí objetos soberbios. Al contemplar aquellos marmóreos sepulcros de personajes célebres, con sus figuras yacentes de tamaño natural, sus magníficos bajorrelieves y sus baldaquines de estilo gótico ó plateresco, los extranjeros quédanse pasmados; primero, ante la belleza de tales monumentos funerarios, y luego, porque se preguntan con extrañeza: «¿Cómo habrá el fundador de este Museo podido adquirir y sacar fuera de España semejantes tesoros? ¿Qué diría Inglaterra si los sepulcros de la abadía de Wéstminster emigraran á América?» Más de un español también, sin duda, habrá contemplado esos vestigios de un glorioso pasado con una mezcla indefinible de orgullo y amargura, de contento y melancolía. Su primer pensamiento habrá sido lamentar que España haya permitido la exportación de esos tesoros; pero reflexionando en el lamentable abandono en que yacen infinitas obras de arte en la madre patria, se habrá consolado con la idea de que tal vez valga más que esos peregrinos sepulcros se hayan arrancado á la desaparición por la humedad, el polvo y la barbarie destructora de los hombres, para ser expuestos, bien conservados y cuidados, á la admiración universal. Y, por fin, España posee tan inmenso caudal de obras arqueológicas,

que bien puede, sin merma sensible del mismo, ceder algunas á una nación sin pasado artístico.

Muy notables son igualmente las secciones de esculturas y tallas en madera y marfil, hierros forjados y cerraduras, monedas, armas, armaduras, sillas de montar, etc., etc.

Suma importancia tiene la colección de libros españoles, formando una biblioteca tan numerosa y de tan preciosos ejemplares como fuera de España no se puede encontrar en ningún otro país del mundo, ni aun en el célebre *British Museum* ya citado, tan rico él en tesoros bibliográficos españoles. A los lectores é investigadores, el gran salón de lectura ofrece toda clase de comodidades. Cada lector puede disponer de una mesa separada, un sillón giratorio, papel y tinta y lámparas eléctricas de luz inmejorable. Los libros mismos, en su mayor parte, no están á la vista del público, sino colocados en estantes y armarios en el sótano, para desde allí ser transportados automáticamente, por medio de elevadores especiales, á la mesa de cada lector que los pide.

Entre las innumerables ediciones rarísimas que encierra la Biblioteca, no mencionaremos más que las siguientes: las *Tragedias de Séneca*, copia autográfica de Fernando Colón, hijo del gran navegante, quien, como es sabido, legó á la catedral de Sevilla su biblioteca, á estas fechas mermada, de 20.000 volúmenes; la *Historia de las guerras púnicas*, manuscrita, del duque de Wéllington, y la edición original de la primera parte del *Quijote*, del año 1605, cuyo valor bibliográfico no es necesario ponderar.

En la pared del lado Sur de la sala de lectura se ve un mapamundi antiguo, muy curioso, descubierto en la Biblioteca del Vaticano por el sacerdote alemán Joseph Fischer. Dicho mapamundi, parecido al célebre mapamundi catalán trazado en 1375, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, representa con singular relieve los diferentes países con su respectiva orografía, fauna, trajes característicos, etc. Citaremos aún, para concluir, una preciosa colección de rarísimos

libros iluminados, pertenecientes á los principios de la Edad Media, entre ellos, un gran número de voluminosos libros de coro, de canto llano, escritos por monjes españoles en su música y letra.

Renunciamos á entrar en más pormenores, para no hacer demasiado extensos estos ligeros apuntes. Sólo añadiremos que el catálogo de las diferentes colecciones del Museo Hispánico comprende 49 abultados tomos, lo que basta para demostrar la abundancia de objetos que atesora. Recordaremos que si Nueva York posee tan preciado Museo y Biblioteca Hispánica, también allí fué donde Jorge Ticknor editó su monumental *Historia de la literatura española y sus Romances españoles*. Entre los muchos templos en la metrópoli de Manhattan, erigidos á la Sabiduría y la Hermosura, este último que acabamos de describir bien merecía especial mención en una publicación española.

JULIO BROUTA

EL AÑO MUSICAL

MÚSICA DE CÁMARA.—La Sociedad Filarmónica Madrileña: artistas y obras; los Cuartetos de Max Reger y Hugo Wolf; el lied.—Las Filarmónicas de provincias.—El Cuarteto Francés: obras estrenadas.—El Cuarteto Vela.—Conciertos de Tragó, Saner y Manen.

MÚSICA SINFÓNICA.—La Orquesta Sinfónica: nuevas obras; *La entrada de la Maya*, de Arregui; *Prólogo á la Divina Comedia*, de C. del Campo. La Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Strauss.—En la Academia de Bellas Artes de San Fernando: la *Suite de Aires murcianos*, de Pérez Casas.

MÚSICA DRAMÁTICA.—El teatro Real: artistas y repertorio; estreno de *Enrique VIII*, de Saint-Saëns; las representaciones de *La Walkyria*.—Otros teatros: estrenos de género chico.

VARIA.—Conservatorio: composiciones de los alumnos; concursos y premios.—Ateneo: conciertos; María Luisa Guerra; conferencias de los señores Brandon y Chavarri. — El trío Iberia. — Necrología: Sarasate y Chueca.—Publicaciones.—El Congreso de Música religiosa de Sevilla.

BARCELONA: Opera.—Conciertos sinfónicos y corales.

LOS ARTISTAS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO.

El séptimo año de la Sociedad Filarmónica Madrileña prosiguió la interesante campaña artística acometida desde su fundación.

A los que vivimos fuera del radio de la cultura artística europea, nos interesa, más que oír las obras en una interpretación más ó menos afortunada, oírlas por aquellos intérpretes que mejor conservan la tradición y el sentido de los compositores.

Los cuartetos de Beethoven, por ejemplo, figuran en el repertorio de todos los Cuartetos del mundo. Todos los ejecutan

seriamente, según su intuición y su temperamento; pero cuando comienza á afinarse en la crítica, no puede menos de verse que los Cuartetos franceses envuelven esas obras en una cierta atmósfera no del todo extraña á la que constituye la característica de la música francesa, y que, aun los mismos Cuartetos alemanes, parece como si se dividieran en dos grupos: los de la interpretación caliente y vibrante, en la que pueden ofrecerse como tipos los Cuartetos Checo y Sevcik, y los que buscan esa mayor concentración del pensamiento, esa interioridad que, introducida por Joachim, ha sido continuada por la mayor parte de los Cuartetos alemanes.

Haydn y Mozart, sobre todo, aparecen en la interpretación de estos últimos Cuartetos más íntimos, más cerca de Beethoven que en las interpretaciones sentidas á la francesa ó á la bohemia. Su alegría, un tanto frívola; su sentimentalismo fácil, desaparecen, para transformarse en gravedad de pensamiento, en seria intimidad.

Estas observaciones se me ocurren al comparar los conciertos dados por el Cuarteto Petri, de Dresde, uno de los mejores de Alemania, y por el Cuarteto Checo, que, con razón, pasa hoy por ser el mejor del mundo.

El Cuarteto Checo, con su maravillosa técnica, con su perfecta unión, con ese calor juvenil, ardoroso, que comunica á todas las obras, paréceme insuperable cuando ejecuta las obras de sus compositores: las de Dvorak, sobre todo. De eterno recuerdo serán para mí las admirables ejecuciones de los dos cuartetos (en *do*, obra 61, y en *re* menor, obra 34) de este compositor. En los demás, en los de Beethoven, sobre todo, sin que pueda ponerse reparo alguno al ajuste perfecto, á la precisión rítmica, tanto cuando se mueve vigorosa y enérgica, como cuando se desarrolla en una cierta libertad de medida, al refinamiento de sonido y de expresión, mi temperamento me lleva á preferir el punto de vista en que se colocan el Cuarteto Petri y los otros Cuartetos alemanes que en la Filarmónica hemos podido oír; punto de vista de un idealismo vago, grave y

profundo, severo é íntimo, que hace surgir de la música ese mismo perfume, esa misma emanación de la literatura alemana, de su filosofía y de su pensamiento.

Entre las obras que figuraron en el programa del Cuarteto Petri, hay dos que es imposible pasar en silencio: los cuartetos en *re* menor, de Max Reger, y de Hugo Wolf.

Max Reger tiene treinta y cinco años. Sus partidarios, los que figuran en las *Regergemeinde*, lo proclaman el compositor más grande y profundo de la actualidad, el Bach moderno, el más calificado representante de la música pura: para sus enemigos, no es sino un teórico y un profesor, un calculista de contrapuntos y de armonías, un eterno compositor de fugas y de variaciones. Desde muy joven está dedicado á la enseñanza: actualmente desempeña la cátedra de Composición en el Conservatorio de Leipzig, quizá el más importante de Alemania.

Sus obras sinfónicas son totalmente desconocidas en Madrid. Su escritura, ó es de una sencillez extraordinaria, ó de una complicación extraordinaria también. Entre las de esta última clase figura el cuarteto en *re* menor. Dura más de una hora: los tiempos impares, el primer *allegro* y el *andante* con variaciones, alcanza cada uno muy cerca de los treinta minutos. En cambio, los otros dos son muy breves, imperando en ellos un humor grotesco, hermano gemelo del que inspira la caricatura alemana.

El efecto que produjo en el público fué casi de sublevación. Un auditorio menos culto que el que forma la Sociedad Filarmonica, lo hubiera protestado, más quizá que por sus complicaciones, por su duración extraordinaria. Y, sin embargo, en mi opinión, es no sólo una obra complicada, sino una obra de poesía intensa y de profundidad espiritual, muy apartada del frío cálculo de un matemático y de un interés puramente científico. El tema y las variaciones del tercer tiempo parécenme—salvo la técnica—emanadas del mismo Espíritu que dictó á Beethoven sus cuartetos finales. El primer *allegro*, á pesar de

sus proporciones, me parece surgido de un alma trágica y poética.

Todo paso de avance, todo estilo nuevo que en el arte surge, inspira al principio un sentimiento de despego ó de repulsión. Max Reger, como Brahms no atraen en los primeros contactos, como no atrajeron en su tiempo, ni los diferentes avances de Beethoven, ni aun los mismos cuartetos de Mozart, tan severamente juzgados por sus contemporáneos.

El cuarteto de Hugo Wolf, en cambio, se hizo amar desde el principio. Las desconsoladoras palabras con que el autor rotuló su obra *Entbehren sollst du, sollst entbehren*, explican ese ambiente trágico y tormentoso del primer tiempo, en que por todas partes surge llanto, rebelion, amargura, lamentos que, ó gritan con rabia ó se retuercen con el dolor de la impotencia. El comienzo del *lento* parece como la visión del ideal: algo que se lleva el alma á esferas superiores. Los declamados del violonchelo, parece como si estuvieran abajo, en la tierra, dolorosamente resignados. Todo el tiempo es un canto de tristeza, suavizada por un sentimiento de rica poesía. Los tiempos finales no parecen alcanzar la intensidad de los primeros.

Estas fueron las obras más importantes que figuraron en los programas de la Sociedad Filarmónica. En el año actuaron el pianista ruso Ossip Gabrilowitsch, que nos dió á conocer la interesante sonata en *si* bemol menor, de Glasunoff, y composiciones de Rachmaninoff, Arensky y otros autores rusos; los Cuartetos Petri y Checo, el último de los cuales, después de actuar solo, dió tres conciertos con la cooperación del célebre pianista Schnabel; un trío, compuesto de dos virtuosos franceses—Alfred Cortot y Jacques Thibaud—y del célebre violonchelista español Pablo Casals, trío que nos sorprendió por la manera de apagar la personalidad de los ejecutantes en aras de la obra, y por su acierto al traducir el pensamiento del compositor dentro de un tipo estético de interpretación fiel; y la célebre *liedersängerin* Julia Culp, con la que alternó la deliciosa pianista Clotilde Kleeberg. Particularmente intere-

sante fué la sesión consagrada á Schumann, en cuyo programa figuraron las *Escenas de niños*, el *Carnaval* y la *Sonata en sol menor*, y entre otros, *lieder*, el ciclo *Amor y vida de mujer*, cantado por la señora Culp, con expresión íntima y penetrante.

Este género de *lied* va poco á poco abriéndose camino. Extraño por completo á nuestra vida musical, totalmente fuera de nuestras costumbres, no es fácil que un público habituado á los fulgores y deliciosas apariencias del repertorio italiano, pueda percibir á primera vista su belleza, máxime cuando lo más exterior de él suele pugnar y aun casi molestar á nuestro oído. El cantor á la italiana concentra toda su atención y cuidado en la belleza sonora, en que el timbre, la entonación, cuanto constituye la parte *acústica* de su arte, sea ya de por sí, independientemente de lo demás, de una belleza separada é individual. Si alguna vez quiere acentuar la expresión musical de las palabras; si en algún momento se propone ser, más bien que cantor, intérprete del sentimiento del poeta y del músico—caso no muy frecuente,—su tradición le lleva á agrandar sin medida ese expresivismo, ó hiperbolizarlo, con el empleo de esos recursos de escuela, que, como los sollozos, los *sospiri*, las filaturas, son bien conocidos de todos. Su sistema, sus procedimientos, tienen constantemente algo, y aun algos, de exageración y de artificio; su punto de vista mira al efecto; la finalidad de su arte responde á la sacudida de la sensación, no á la vibración espiritual.

En el arte del *lied*, todo es intensificación del sentimiento del texto poético, todo profundizar en su espíritu. Es una belleza que sólo puede percibirse escuchando las palabras y los conceptos, comprendiéndolos, dejándose penetrar por su emoción. Pero la escuela de canto de los cantores alemanes ha cuidado más de ductilizar y trabajar el instrumento expresivo que de refinar la belleza del instrumento voz, y de aquí, que parezcan á nuestro oídos las voces alemanas, en los agudos, sobre todo, ásperas, duras, desagradables y hasta con una cierta tendencia á separarse de la afinación exacta. Y como esto, lo

externo, lo que percibe el sentido, *llega antes* que lo que va al espíritu, que lo que constituye la verdadera esencia del arte; de aquí que la aclimatación del género deba de ser lenta y difícil, y que los que llegan á comprenderlo y á gustarlo, comiencen á mirar con disgusto ese arte italiano, que tan tiránica y exclusivamente ha predominado y predomina en las aficiones de nuestro público.

Las Filarmónicas de provincias—Bilbao, San Sebastián, Oviedo, Gijón, Santander, León, Salamanca y Zaragoza—han seguido trabajando en el año último, consagradas casi siempre al cultivo de la música de cámara. Además de los artistas extranjeros que por ellas han pasado, contrataron también al Cuarteto Francés y á algunos otros artistas españoles, entre ellos al célebre violinista Sr. Fernández Bordas, que, con el conocido pianista Harold Bauer, terminó el año musical en las Sociedades de Bilbao, Oviedo, Gijón y Zaragoza.

El Cuarteto Francés, aunque redujo á cuatro el número de sus habituales conciertos, incluyó en sus programas varias obras de nuestros compositores: dos ya conocidas; otras, presentadas por primera vez al juicio del público. Las dos primeras, el primer cuarteto de Chapí, con su lozanía y desparpajo, en esa alegre desenvoltura á lo Haydn que tan simpático lo hizo cuando se estrenó hace seis años, y el cuarteto con piano de Zurrón, premiado en el concurso abierto en 1902 por la Sociedad Filarmónica, obra de arquitectura seria, bien trabajada, en un cierto ambiente que hace pensar en un Brahms más meridional, tuvieron el mismo éxito que antaño.

Las obras nuevas iban firmadas por los nombres de Bretón, Serrano y del Campo.

En el cuarteto, llamado dramático por su autor, el Comisario regio del Conservatorio, pudo advertirse la misma severidad de estilo y de procedimiento que caracteriza el resto de su obra. El añadido de «dramático» no pareció tener completa justificación. No hay en él un proceso de sentimientos que determine el calificativo, ni el Sr. Bretón se propuso hacer una

E. M.—Marzo 1909.

PERTENECER A LA
BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

obra siguiendo el ejemplo de Smetana, en sus *Escenas de mi vida*, ó de Hugo Wolf, en el cuarteto anteriormente citado. Como estética, como sistema, su cuarteto más bien puede incluirse entre los que apuntan al libre juego de sonidos, que, si unas veces dramatizan, otras se mecen en melodías acompañadas vagamente con rítmica indeterminación de schumanniano recuerdo, rigiendo en el conjunto, más que un propósito ó un plan de expresivismo, el formalista proceso de la línea arquitectónica.

De naturaleza distinta es el primer cuarteto de D. Emilio Serrano, profesor de Composición en nuestra Escuela de Música. Es una obra fresca, graciosa, sincera, casi infantil, exenta de complicaciones. Más que la técnica, descuella la habilidad y el desenfado en un humorismo de marcado color español. El apunte de copla de malagueña que precede al *allegro* final, el *Intermedio en tiempo de minué* y algún otro momento, fueron muy justamente celebrados.

D. Conrado del Campo nos hizo oír seis *Caprichos* para cuarteto de cuerda, inspirados en las rimas de nuestro romántico poeta G. A. Becquer; el primero y último, sin determinación especial; los cuatro restantes, inspirados en rimas determinadas. Todas ellas muevénse en el ambiente elegíaco y melancólico, tan preferido por el alma de este compositor; todos son una nueva emanación del dolor que llora y que sucumbe, no del dolor que grita, se retuerce y se rebela contra el destino; y si por acaso, este ambiente pasa alguna vez á segundo término, es para dejar el puesto á una sensación vaporosa y fantástica, como la que impregna el número dos de estos *Caprichos*, y que trae á la memoria la manera fantástica de Berlioz. De los seis *Caprichos*, distinguése el primero por su solidez, el segundo por su encantador ambiente, el tercero por su hermosura y el quinto por su poesía.

Otro Cuarteto, sumamente simpático, hizo sus primeras armas en el teatro de Lara. Componénlo cuatro jóvenes—Telmo Vela, Francisco Cano, Enrique Alcoba, Juan R. Casaux,—el

mayor de los cuales, quizá no haya cumplido aún los diez y ocho años. Con ferviente entusiasmo, con esa abnegación que sólo se encuentra en los jóvenes, sin otro guía que su instinto musical, comenzaron á trabajar y se presentaron al público, modestamente, pero llenos de fe, de esa fe que obra milagros.

Dudo que haya en Europa un Cuarteto de muchachos más jóvenes y de más maravillosa intuición. Porque ellos, sin haber oído los Cuartetos que por la Sociedad Filarmónica han pasado; sin maestros que los adiestren en la técnica especial del género; sin haber estudiado en otros la manera de vencer las dificultades que á cada paso se presentan en el empaste, en la sonoridad, en los términos, en el estilo, no sólo han llegado á dar una interpretación suficiente en casi todas las obras, sino que algunos tiempos (los dos primeros del primer cuarteto de Beethoven, los dos centrales del de Tschaikowski en *re* mayor, ob. 11, etc.) los han presentado tan perfectamente, que poco ó nada habría que mejorar en ellos.

Los tres conciertos los dedicaron á obras ya conocidas del repertorio de cámara; sólo en uno hicieron oír una *Pequeña suite* del primer violín, D. Telmo Vela, un modestísimo ensayo, como proporciones y como vuelos.

De conciertos de otra índole, merecen mencionarse los dos que dió el Sr. Tragó, admirable profesor de Piano del Conservatorio, en el teatro de la Comedia; los tres que en el mismo teatro dió Sauer, con su acostumbrado éxito de virtuosismo; un *recital*, de la sala *Æolian*, por el pianista valenciano don José Bellver, cuyo estilo poético y suave se mueve siempre dentro de una media tinta de sonoridad; y los tres que, en el teatro de la Zarzuela, nos hicieron aplaudir á Manen, el violinista catalán de universal fama, cuya técnica, casi insuperable, admira y pasma.

Pocas de las obras ejecutadas en estos conciertos merecen la pena de ser consignadas aparte: casi todo lo oído pertenece al repertorio general, clásico ó moderno, ó al del más desenfrenado virtuosismo. No dejaré, sin embargo, de citar, como

oídas por primera vez, entre las ejecutadas por Sauer, el *Concierto* de Friedmann Bach, interesantísimo como composición, con su grande y majestuoso preludio, su deliciosa fuga y su *largo* encantador; y la *Nenia*, de Sgambati, uno de los pocos compositores italianos en los que parece seguir alentando el alma de aquellos célebres maestros de Italia en el siglo xvii; entre los ejecutados por Tragó, *Evocación* y *Almería* de la *suite Iberia*, de Albéniz (inferiores ambas, en mi juicio, á *Triana*, de la misma obra, dada á conocer el año último por Malats); la primera, *Evocación*, donde la melodía andaluza surge con su contorno propio y en su propio ambiente, oponiéndosele una nota de debussismo no muy justificado, mientras en *Almería*, ese mismo debussismo envuelve la idea principal, entre copla de jota y canto de malagueña, robándole parte de su carácter y personalidad. Por último, entre las ejecutadas por Maren, su transcripción de la jota de *El dúo de la Africana*, diabólico arreglo, donde, entre el cúmulo de dificultades, se mantiene siempre fresca la impetuosa y popular melodía del maestro Caballero.

* * *

Los conciertos sinfónicos del año último estuvieron reducidos á los seis que dió la Orquesta Sinfónica y á los tres de la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Richard Strauss. La Sociedad de Conciertos no dió señales de vida.

Nuestra Orquesta Sinfónica hizo oír por vez primera buen número de obras desconocidas en Madrid: *Nubes*, de Debussy, en el característico estilo de este compositor; *Finlandia*, de Sibelius; dos números de la *suite* de Glasunoff, *Edad Media*, el primero, el del castillo feudal, grandioso y robusto en su comienzo, con aquella impresión de fortaleza y aquel batir de las olas contra los muros del torreón; el segundo, *Danza de la Muerte*, colorista é interesantísimo por las combinaciones de timbres, á pesar de su analogía con la popular *Danza Macabra* de Saint-Saëns; la sinfonía en *re* menor de, César Franck,

fatídica, amenazadora en el primer tiempo, melancólica y seductora en el *allegretto*, elocuente y ardorosa en el final; y el cuarto *Concierto brandeburgués*, de Bach, para violín, dos flautas é instrumentos de arco, que hubiera preferido oír en sala más pequeña y con orquesta más reducida.

Sólo dos nuevas obras españolas tuvieron cabida en estos programas: la *Entrada de la Maya*, fragmento de una ópera que escribió años atrás el Sr. Arregui, cuando completaba sus estudios musicales como pensionado en Roma; fragmento tratado con poesía, con encantador acierto, aunque mirando muy de cerca al ambiente de *Parsifal*, y un *Prólogo* instrumental á la *Divina Commedia*, del Sr. del Campo, de color tétrico y sombrío, tratado con elevación de pensamiento, con espíritu de vidente, en esa nebulosidad melódica tan típica de este joven y fecundo compositor.

La Orquesta Filarmónica de Berlín fué un regalo digno del más exigente paladar artístico. Su repertorio se movió dentro del ya conocido y saboreado: las sinfonías *Júpiter*, de Mozart; quinta y octava, de Beethoven; los poemas de Strauss *Don Juan*, *Muerte y transfiguración*; y *Till Eulenspiegel*; fragmentos wagnerianos, oberturas, poemas.

Madrid está muy necesitado de que estas visitas no nos sean hechas tan de tarde en tarde: muy necesitado de que en el repertorio sinfónico se haga algo análogo ó lo que la Sociedad Filarmónica ha hecho en la música de cámara.

Mientras nuestro público no oiga más que una orquesta, ciertamente no de las peores de las que por el mundo tocan, pero ciertamente, también, no la mejor; mientras su impresionabilidad meridional continúe aceptando groseros efectos sonoros por efectos de arte; mientras achaque á deficiencia artística en el compositor lo que no es sino falta de convicción y de sentido en la batuta que rige la orquesta, seguiremos estancados, seguiremos con el mismo atraso con que caminábamos veinte ó veinticinco años ha.

Entonces, el repertorio con que se engolosinaba el público

era la segunda *Rapsodia* de Listz, el *Minuetto* de Bolzoni, la *Canzoneta* de Godard; la afición revoloteaba de preferencia hacia azucarados jugueteos, hacia los famosos *crescendi* de la *Rapsodia* y de la beethoveniana overtura de *Leonor*, siempre interrumpidas en el mismo momento, con el mismo ruidoso alarido: las sinfonías de Beethoven teníanlas entonces gran parte de la gente por obras secas, tan llenas de ciencia como poco comprensibles; los fragmentos sinfónicos de Wagner eran aún la música del porvenir. Todo ello no obedecía más que á una causa: á que, solfeadas las obras más ó menos discretamente, su espíritu, su alma, su intención, su poesía, vagaban lejos, muy lejos del tablado de la orquesta.

Vino un director italiano, Mancinelli, que, adorando el arte alemán, puso cátedra de ortodoxia, y entonces el público corrió tras él, se apasionó de Beethoven, erigió á Wagner en ídolo. Llevóse luego á la orquesta el criterio artístico que inspiraba al teatro Real, la exhibición de celebridades que, desfilando como desfilan los regimientos, dejábanse ver, hacíanse aplaudir, pero no dejaban de su paso más que el recuerdo de un nombre, nunca el de una campaña; y cuando volvió á pensarse en una organización más seriamente artística, después de tantos años de infecunda labor, vinimos á parar al estado actual.

El público ha vuelto á su primitiva posición: los aplausos que antes arrancaba el *crescendo* de la *Rapsodia* ó el de la overtura de *Leonor*, los obtiene ahora el estruendo del metal en el final de las overturas de *Tannhäuser* y de *1812*; la preferencia de antaño por Bolzoni y Godard, recae hogaño en las pintorescas miniaturas de Liadoff ó de Tschaiowsky; Beethoven y Brahms se envuelven en una sequedad poco comunicativa; Bruckner, Mahler, Strauss, ó son totalmente desconocidos, ó no pasan, como el último, de su *Don Juan*.

De aquí la inenarrable delicia que fué para nuestros paladares el escuchar, al lado de una interpretación un tanto seca de las sinfonías octava y quinta de Beethoven, la chispeante,

humorística y maravillosa de la primera, y la grandiosa y emocional de la segunda en la Orquesta Filarmónica de Berlín; el gustar en la sinfonía *Júpiter*, no del Mozart sentimental y frívolo, con vistas á Rossini, sino del Mozart predecesor de Beethoven; el oír los poemas de Strauss en su vibrante y mágica expresión; el encontrar á Wagner restituído á su marco de poesía y de emoción, sin contacto alguno con esos espasmos de sonoridad tan favoritos de los modernos veristas.

Y si en el terreno expresivo la distancia era tan grande, en la mecánica de la orquesta pudimos aprender cómo el quinteto de arco se equilibraba y respondía á una sola voluntad; cómo la masa de violines hacía el efecto de un solo violín de sonoridad grande, sin esas indecisiones ni en el ataque ni en la entonación que en nuestra orquesta hacen el efecto de un continuo *vibrato*; cómo los contrabajos cantaban con la misma claridad de los instrumentos agudos; cómo los instrumentos de madera acomodaban sus timbres á una sola gama de color, prolongándose unos en otros y fundiéndose en una sonoridad común; cómo se dulcificaba el metal, y retiraba su sonido para encajarse en el puesto armónico ó decorativo, cuando así era menester; cómo se fundían los timbres de dos instrumentos desemejantes, de tal modo que de ellos surgía un timbre nuevo, y no la superposición de dos distintos; cómo daba expresión la cuerda sin acudir al *vibrato*; y cómo, en fin, en toda aquella legión de instrumentistas desaparecían las diferencias de personalidad, para fundirse exteriormente en una sola escuela de ejecución; interiormente, en un solo sentimiento, en un solo cerebro y en un corazón único.

La dirección de Richard Strauss tiene como distintivo el no abandonar jamás un punto de vista expresivo, con el expresivismo del moderno poema. Sin perder de vista las líneas arquitectónicas de la composición, ni las indicaciones de matices y de movimiento que el autor consigna, sírvenle de apoyo para envolver todo el proceso de la sinfonía en un ambiente de determinación que hace que sus ejecuciones vibren con extraor-

dinaria fuerza y riqueza de colorido. Más sobrio ahora que cuando hace diez años apareció en Madrid por vez primera, su batuta parece haber evolucionado hacia una dirección menos literaria, aunque sin dejar de mirar hacia su tipo anterior. Una de las interpretaciones que, en mi opinión, quedarán como inolvidables, es la del final de la sinfonía *Júpiter*, de Mozart, donde la labor contrapuntística del compositor fué presentada por Strauss en perspectiva tan admirable de términos sonoros, con vida tan intensa, que no parecía sino que por vez primera oíamos esa soberana creación.

Digna de figurar en este puesto es la sesión solemne organizada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que por vez primera se ejecutó la *Suite de aires murcianos*, de D. Bartolomé Pérez Casas.

Premiado en uno de los concursos que la Academia abrió, no había podido tener cabida en ningún programa destinado al público. La Academia la hizo ejecutar á su costa, y el éxito más franco coronó sus esfuerzos.

La obra, dividida en cuatro tiempos, es de una robustez y una poesía casi sin precedente en la historia de nuestra música sinfónica moderna.

El ritmo de seguidillas murcianas, base del primer tiempo, se descompone en formas variadas y graciosas, con verbosidad franca, sólo interrumpido por tres coplas, de las que la última, la triste, es un encantador poema popular. En el *lento*, un apunte morisco y un canto de trilla resuenan en el ambiente de un sol abrasador, de perezoso enervamiento, para terminar en una especie de himno á la luz. La deliciosa melodía del *paño moruno* sirve de base al *allegretto*. La alegría del principio domina de nuevo en el final, con el bullicio de las parrandas, á modo de fondo de una animada escena, que, aunque no necesitada de programa, sigue un proceso vívido. La escena última, de confusión, de lucha, describe, sin duda, una de esas fiestas que, según el dicho vulgar, terminan como el «Rosario de la Aurora».

Obra moderna, de corte y forma española, dentro de la tradición clásica, es, á mi juicio, la de más relieve y altura entre las de autores españoles que por vez primera se han ejecutado en los años últimos.

* * *

La campaña del teatro Real siguió principalmente consagrada á la exhibición de artistas, con el pretexto de la representación de óperas: hoy una tiple, mañana un tenor, otro día un barítono; nunca un conjunto que obedeciera á una dirección artística determinada. Por añadidura, la tradición italiana de canto y de interpretación ha seguido imperando constantemente, con excepción única de una sola obra, bañando en ella, no sólo las óperas de los compositores de Italia, sino también las de compositores franceses y alemanes.

Entre los numerosos artistas que por allí han desfilado durante el año último, merecen mención especial dos españolas: Beatriz Ortega Villar, tiple dramática de excelente temperamento, que, á pesar de su educación en la escuela italiana, tuvo merecido éxito en las representaciones de *Tannhäuser* y *Lohengrin*; y Engracia Pareto, tiple ligera, de voz pequeña, pero de timbre tan delicioso y de extensión tan grande, que alcanza á un *sol* sobreagudo perfecto de entonación y de claridad. Ambas pisaban la escena por primera vez en esas representaciones: la primera, á los diez y ocho años; la segunda, á los diez y siete.

Los mejores de los demás han sido excelentes cantores, excelentes maestros del *bel canto*. Battistini, Anselmi, etc., pertenecen á un arte que, si halaga y recrea al oído y entusiasma á las multitudes por la deliciosa perfección con que manejan el instrumento voz, distan mucho de acercarse al tipo que el arte actual exige en el intérprete de la ópera ó del drama lírico: siempre lejos de la intención del compositor, siempre divorciados de la situación escénica y del canto íntimamente ex-

presivo. De mejor calidad ha sido el arte de las señoras Storchio y Pandolfini y del tenor Sobinoff.

En cuanto á Titta Ruffo, ídolo actual del público madrileño, téngolo por un artista de condiciones curiosas: de una parte, excelente cantante á la italiana, con voz hermosa, con agudos espléndidos, con aliento poderoso; de otra, por actor de visual teatralidad, quizá un poco exagerado, que compone y adereza sus tipos previamente con cuidadoso esmero, pero que ó canta ó declama, sin que jamás funda el canto y la declamación en ese canto expresivo al que los antiguos italianos dieron el significativo nombre de *il buon canto*.

El repertorio ofreció muy pocas novedades: una representación desgraciadísima de la encantadora obra de Humperdinck, *Hänsel und Gretel*, el estreno de *Henri VIII*, de Saint-Saëns, y las representaciones finales de *La Walkyria*.

Sólo puede disculparse el estreno de *Enrique VIII*, atendiendo á que, en la crisis de tenores por que atraviesa el mercado musical, una ópera sin tenor es una joya para una dirección artística que, como la del teatro Real, sólo vive de la exhibición del cantante. El poco mérito de la obra, ya anticuada para los días en que nació, y la interpretación tan deficiente que obtuvo, se conjuraron para hacer que crítica y público la trataran menos que medianamente.

Acostumbrados á la interpretación italiana de Wagner, tanto en cantantes como en la orquesta, constituyeron una sorpresa las representaciones de *La Walkyria* con que terminó la temporada de 1907 á 1908. Un director de orquesta alemán—Rabl—y dos cantantes alemanes—la Sengern (Brunilda) y Schützendorf (Wotam), dieron una impresión de arte serio, de arte noble y elevado. Los artistas italianos cantaban en su idioma; los alemanes en el suyo, procurando acercarse los primeros á los segundos en la declamación y en el sentimiento artístico, y procurando los alemanes suavizar un tanto su escuela de canto para acercarse á la suavidad y pureza italiana. De todo ello resultó un conjunto, el único conjunto que en el

año tuvimos, y que se tradujo en un ferviente entusiasmo y en una serie de representaciones, si no perfectas, inolvidables para lo que en este género disfrutamos en Madrid. La temporada de 1908 á 1909 se inauguró también con representaciones de *La Walkyria* y de *Sigfrido*, dirigidas por el mismo Rabi y cantadas por artistas italianos, ninguno de los cuales había actuado en las representaciones de primavera. Distaron tanto estas últimas de aquellas primeras, que, sin miedo alguno, pueden incluirse entre las más deficientes para dar idea del drama lírico wagneriano.

En el teatro de Price hízose, á fin del verano, una temporada breve de ópera popular, cantándose algunas obras en castellano. El público la favoreció mucho, y, si no temiera hacer este resumen demasiado largo, insistiría sobre la necesidad de hacer cantar en nuestro idioma, como medio el más fácil y más rápido para hacer evolucionar el criterio artístico de la masa del público, que, ignorando el texto poético de las óperas, y aun muchas veces el argumento sobre que se basan, dedica todo su cuidado á lo más superficial, á lo más externo, á la afinación de las notas y á los efectos vocales, sin intentar penetrar siquiera en el expresivismo del intérprete, en el papel que hace y representa. La posición de nuestro público en esta rama del arte paréceme idéntica á la de aquel espectador que, asistiendo á una representación dramática, juzgara de la obra y del mérito de su ejecución, por los gestos que los actores hicieran ó por los gritos que hubieran dado.

A título de curiosidad, no estará de más mencionar aquí la visita de una compañía de opereta inglesa con su tradicional *light music*, y la de otra compañía de opereta italiana.

La producción musical española en el género dramático apenas merece unas cuantas líneas. El teatro Real había anunciado para principios de Diciembre el estreno de *Margarita la Tornera*, leyenda lírica en tres actos y siete cuadros, letra de Fernández Shaw, música del maestro Chapí; pero el año ha terminado sin que el estreno se verifique.

En los teatros musicales donde se cultiva el género español no ha habido en el año nada digno de figurar especialmente. Las firmas de mayor importancia — Chapí, Bretón, Vives, etc., — ó no han dado nada, ó sus obras han durado escaso tiempo en el cartel. Entre los compositores de menos relieve, sólo la zarzuela *Las Bribonas* arraigó en el gusto del público, en gran parte por la retozona música escrita por Calleja.

En París se estrenó nuestro *Pollo Tejada*, con el título de *Le beau Tejada*, alcanzando buen éxito, de creer lo que los periódicos dijeron. El popular Quinito Valverde sólo había conservado para esta nueva partitura dos ó tres números de la que en Madrid se estrenó.

*
* *
*

El Conservatorio ha ofrecido este año varias notas sumamente simpáticas.

Fué la primera y más importante, la de hacer oír en un ejercicio público de los que reglamentariamente celebra la casa, obras escritas por los alumnos de las clases de Composición: saludable práctica, no necesitada de encarecimientos, y en la que nuestra Escuela de Música se ha adelantado á lo que ya se proyecta hacer en el Conservatorio de París. Seis obras fueron ejecutadas por la orquesta de alumnos, entre ellas dos *Scherzi*, de los Sres. Calés y A. Bretón, fluyendo en el primero gran desenfado y desenvoltura rítmica de franco color español; revistiendo el segundo más clásica factura, aunque arrojando también una nota española caliente y ardorosa. Las demás obras habían buscado su inspiración en otros modelos, desde los misticismos de *Parsifal* hasta las graciosas coquete-rías de Massenet ó las ampulosidades de la sonoridad verista.

Al terminar el curso, ejecutáronse también las obras de los que concurrían al premio de fin de carrera. Poco tino presidió en la elección de los textos para estos ejercicios; textos consistentes en un motete y en una escena dramática tratada en

forma de concertante, tal como la hubieran exigido de un libretista Donizetti ó Bellini, y que, naturalmente, había de llevar á los alumnos en busca de un modelo de inspiración poco conforme con el sentimiento moderno; pero á pesar de esa poco afortunada base, uno de los alumnos, D. Francisco Fúster, consiguió sobresalir entre sus compañeros, haciendo un trabajo no completamente exento de poesía.

En los otros concursos sólo apareció una gran figura, la del violonchelista Juan R. Casaux, á quien ya he citado con ocasión del Cuarteto Vela, casi un niño, pero de temperamento tan musical, de técnica tan perfecta, que no vacilo en señalarlo como orgulloso producto con el que puede envanecerse nuestro Conservatorio. En las otras enseñanzas sobresalieron, aunque en menor grado, la Srta. Pastell, de buen temperamento y sana escuela, y la tiple Srta. Felisa Fernández Orduña, que, al debutar con *Aida* en el teatro Real á fines de año, obtuvo un éxito sumamente halagüeño.

En los concursos extraordinarios para pianistas, abiertos por las Casas «Estela» y «Ortiz y Cussó», que ofrecieron como premio un piano por ellas fabricado, triunfaron, en el primero, la Srta. Pastell, y en el segundo, el alumno ciego D. Zacarías López Debesa, un pianista ya formado, de mediano temperamento y de no muy loable educación musical, distinguiéndose mucho en este último la Srta. Ignacia Parra é Iturría, que, aunque de técnica no tan hecha, como la de su contrincante el Sr. López Debesa, acusó un temperamento de sensibilidad bien encaminado.

La vida musical en el Ateneo de Madrid no fué muy intensa. Aquí se dió á conocer una agrupación muy simpática, la *Sociedad de instrumentos de viento* (quinteto y piano), compuesta de jóvenes profesores que, luchando con las deficiencias de su instrumental, dieron una interpretación muy aceptable á los quintetos de Mozart, Beethoven y Taffanel.

Mayor resonancia obtuvo el concierto de piano dado por la Srta. María Luisa Guerra. Pocos serán los aficionados espa-

ños que ignoren el preeminente lugar que en el arte de la interpretación ocupa esta insigne pianista. Su temperamento musical es tan extraordinario, que cuando se posesiona de una obra y la ejecuta con la vibración de su espíritu, arrastra, hipnotiza, tiraniza los nervios de sus oyentes hasta hacerles prorrumpir en palmadas y griterío de entusiasmo. Más que la obra que ejecuta, seduce la manera de decirla, y en sus grandes aciertos, entusiasman por igual las creaciones de Beethoven que los *Estudios* de Thalberg, ó los *Morceaux de salón* de Gottschalck y Godard. Es el suyo un caso único de temperamento y de vibración. Más que por artista, podría ser tenida por vidente que obra bajo impulsiones de un alma extraordinaria.

El Sr. Brandon dió una interesante conferencia-concierto sobre los cantos gallegos. El Sr. Chavarri, el conocido crítico de *Las Provincias*, de Valencia, organizó otras cuatro con el título de «Tres momentos en la expresión de la música», dedicándolas á explicar en amenas *causeries* la expresión clásica, la romántica y el alma de los pueblos, y resumiendo en la última los tres momentos aplicados al piano y á los cantos de cuna. Para hacer oír los ejemplos prácticos, se valió de una pequeña orquesta de instrumentos de arco, corriendo parejas el interés del tema con el acierto en la elección de los ejemplos.

Mención muy simpática merece también el trío Iberia, compuesto de jóvenes granadinos (bandurria, laúd y guitarra) y sus finas y cuidadas interpretaciones de las obras inspiradas en la musa popular, que, escritas por Albéniz, Bretón, Guervós, etc., han adaptado ellos para sus instrumentos, con singular fortuna. Este trío, que ya se había dado á conocer en Londres, actuó en su solo concierto público en Madrid.

La necrología del año arroja, entre otras pérdidas no menos sensibles, las de Sarasate y Chueca.

De Sarasate no hay para qué hablar. Violinista único por su sonido, por su dicción y por su alma, intérprete sin rival de la música romántica, paseando triunfalmente su nombre es-

pañol por el mundo entero, todavía nuestro arte nacional tiene con él una mayor deuda de gratitud: la de haber popularizado nuestra música popular en sus interesantes y afortunados caprichos para violín, dándola como puede sentirla al alma de un español, sin postizos ni adulteraciones, vibrante, fogosa, tal cual es.

Chueca era un tonadillero del siglo XIX. Pocos como él supieron encarnar en sus obras el tipo musical del pueblo madrileño, sus salados desplantes, su alegría revoltosa, la seriedad achulada del majo moderno. Chueca mismo se hacía la letra para sus cantables, coincidiendo en el sentido de ellas con los poetas que suministraban el texto á Esteve, Laserna, Rosales y demás tonadilleros del siglo XVIII. Aquellas coplas antiguas del mercader que hurta, del peluquero que lleva recados, de la niña que está opilada, del cadete que se baldó en el portal, hacíalos Chueca del *rata* que afana carteras, de la *menegilda* que sisa, del conquistador callejero; y sus tonadillas frescas, fáciles, rebosando alma madrileña, metíalas á martillazos en los libros que los autores le ofrecían, sin que vinieran á cuento la mayor parte de las veces; pero tal era su fuerza, tal la lozanía de su inspiración, que al poco tiempo no había casa madrileña donde su música dejara de sonar, cantada á gritos por la criada, canturreada por el señorito ó teclada por la niña que estudiaba el piano. Este arte nada aristocrático, de la más pura democracia, era tan sincero, tan justo, tan bien sentido y tan bien expresado, que servirá de documento eterno á los que quieran estudiar el tipo musical del pueblo bajo de Madrid.

A la cabeza de las publicaciones del año, figura por derecho propio el *Cancionero salmantino*, de D. Dámaso Ledesma, ya anunciado en mi resumen del año último. Obra monumental por la riqueza de canciones y por la escrupulosidad con que están transcritas, es digna de ocupar puesto preeminente en la biblioteca de compositores y aficionados.

Esto, algunos *lieder* de Rogelio Villar sobre poesías de Répide, Mesa y Díez Canedo, algunas composiciones de Larre-

gla y de algunos otros, es lo único que en este lugar puede mencionarse.

En Sevilla se celebró el segundo Congreso de Música religiosa, con numerosa asistencia de prelados, organistas y maestros de capilla de nuestras catedrales, consagrado, como el anterior, á fijar y depurar la música que puede tener acceso en los templos, en cumplimiento del conocido *Motu proprio* de Su Santidad.

*
* *

En Barcelona (1) como en Madrid, predomina la ópera sobre los conciertos, por exigencia y aficiones del público.

Las temporadas de ópera en el Liceo suelen ser hermanas gemelas de las del Real de Madrid, y aun coincidir en los nombres de los artistas contratados. De aquí que en este punto sólo merezcan indicación especial aquellas representaciones que se han destacado por su interpretación cuidada, y los estrenos de nuevas obras.

Entre las primeras sólo puede citarse la de *Tannhäuser*, bajo la inteligente batuta del maestro alemán Beidler, cantadas por la Sra. Pasini-Vitale, Viñas y Battistini, como principales intérpretes. Las otras obras de Wagner, *La Walkyria* y *Los Maestros Cantores*; la de Humperdinck, *Hänsel und Gretel*, y la única representación de *Emporium*, de Morera, adolecieron de esas deficiencias que roban todo su interés á la obra artística, y á las que tan acostumbrados estamos en Madrid.

Como estrenos, sólo dos pueden citarse. El 22 de Febrero tuvo lugar en el Liceo la representación privada de una ópera, con un libro en el que se habían unido diversos fragmentos de la *Atlántida*, de Verdaguer, y música del compositor vascon-

(1) Como en el año último, me complazco en dar públicamente las gracias al reputado crítico del *Diario de Barcelona*, D. Francisco Suárez Brabo, que tan bondadosamente me auxilia con sus notas sobre la música en la capital de Cataluña.

gado D. Nicolás Urieu, quien cultiva al arte dentro de la más pura tradición italiana. Al terminar el año, estrenóse la ópera de Saint-Saëns, *Los Bárbaros*, con éxito análogo al de *Enrique VIII*, en Madrid. No pasó de la segunda representación.

El año pasado hacía notar que si la música de cámara tiene poca expansión en Barcelona, en cambio los conciertos sinfónicos y corales revisten interés mayor que los de Madrid. El *Orfeó Catalá* ha construído una lujosa sala de conciertos, en la que ha instalado un hermoso órgano. Se inauguró en 26 de Febrero, y á ese concierto siguieron otros tres, en los que tomaron parte los coros del *Orfeó*, dirigidos por Millet; una buena orquesta bajo la batuta de Nicolau, y el organista alemán Alfred Sittard, ejecutándose, entre otras obras, la *Glosa* de Pedrell, y el *Magnificat* de Bach. En el mismo edificio dió sus tres conciertos la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Strauss, en la *tournée* artística que nos proporcionó su visita á Madrid.

La Asociación Musical de Barcelona organizó en el Liceo, durante la Cuaresma, ocho grandes conciertos sinfónicos, en los que, como obras de importancia, se estrenaron *Las Bienaventuranzas* de César Franck, y el *Manfredo* de Schumann. Dirigieron esos conciertos Croce-Spinelli, director del Conservatorio de Toulouse, Saint-Saëns y Lamote de Grignon, actuando como pianistas Saint-Saëns y los virtuosos catalanes Sres. Granados y Lliurat.

La temporada de otoño incluyó tres series de conciertos: dos dirigidos por Lasalle en el palacio del *Orfeó Catalá*, con la orquesta del *Sindicato musical de Cataluña*, en los que hizo oír, como obras nuevas, una deliciosa *Serenata* en cuatro tiempos, para pequeña orquesta, de Leo Weiner, moderna de factura, fresca de invención, *Gudrun*, poema sinfónico de Cords, y las dos overturas de Wagner, recientemente descubiertas, *Polonia* y *Colón*.

En el Liceo, bajo la dirección de d'Indy, Saint-Saëns y Lamote, se dieron dos sesiones, dedicada la primera á Beetho-

ven, Schumann, y Wagner, y la segunda á la música francesa moderna, figurando en el programa los nombres de Fauré, Duparc, César Franck, Debussy y d'Indy. En esta serie de conciertos tomaron parte como solistas Thibaud y Saint-Saëns.

Finalmente, el *Orfeón Catalá* dió cuatro conciertos, figurando en ellos, como solistas, Pablo Casals, Albert Schweitzer y el tenor Walter. Uno de esos conciertos estuvo dedicado á la ejecución de obras de Bach y de Händel, corales, fugas, arias y *lieder*; otro, á los compositores catalanes del siglo XVI, con varios madrigales de Ausias March, compuestos por Brudieu, con *La Viuda*, de Mateo Flecha, etc.

*
* *

Aparte de los trabajos de Arbós y Rubio en Londres, de Albéniz, de Lasalle, etc., merecen aquí una indicación especial el estreno de *Acté*, ópera de Manen, en Dresde, y las obras de cámara dadas á conocer en París por el joven compositor y pianista Joaquín Turina, que completa sus estudios al lado de d'Indy.

Artistas de ópera de nuestra patria siguen figurando en casi todas las compañías que en italiano cantan por el mundo entero; nuestros instrumentistas, aunque menores en número, siguen escalando las cimas de la celebridad; el nombre de España, si en otros órdenes de la actividad aparece hoy algún tanto obscurecido, brilla al igual de los otros en todos los aspectos del arte.

Si nuestros compositores no dominan como dominan nuestros pintores, por ejemplo, débese, en mi opinión, á todo ese período de incultura y de atraso en que tanto tiempo hemos vivido con relación al arte del mundo. Por eso creo que el mayor beneficio que á España y á la cultura española puede hacerse, es acometer empresas como las que realiza la Sociedad Filarmónica Madrileña: traer á España el arte del mundo, vivir al día, progresar en unos cuantos años, aunque sea con la

lucha que trae consigo la aclimatación de cualquier dirección nueva: que al estar al día, al convivir con los demás en el mismo plano de cultura y conocimientos, no faltará quien eleve nuestro nombre como en el siglo xvi lo elevaron Guerrero, Victoria, Morales y toda la pléyade de vihuelistas que comienza en el admirable y admirado D. Luis Milán.

CECILIO DE RODA

PROBLEMAS ECONÓMICOS

En los *Principios de Economía Política*, de Schmoller, se fijan fechas, que son otras tantas lecciones (dudamos se tomen) para algunos hacendistas españoles que la suerte ó la desgracia pone en sus manos la dirección del Tesoro público español. Hacendistas de convicciones arbitristas ó de escuela, sus méritos no hay para qué discutirlos como orientación tomada desde puestos elevados, que, para llegar á ellos, es preciso reconocer, piadosa ó patrióticamente, meritos de historia pública. Ahora, sí, es muy difícil apreciar exactamente en los momentos que los sucesos se desarrollan, á saber: los acontecimientos de 1763 á 1773 en Inglaterra, los de 1783 á 1793 en Francia, los de 1868 á 1873 y los de 1877 á 1898 en España. Hacendistas como un Pitt y un Gladstone, se les entiende muy poco por su generación en general. La labor económica de Luis María Pastor en España fué muy modesta, para que se hayan parado en ella los presuntuosos.

Ahora los presupuestos del Estado requieren una estructura más cuidada que en los tiempos de la Edad Media y posteriores; no hay que decir los anteriores. Precisamente la justicia distributiva impone deberes, otorga derechos, que, en el orden económico, se hace imprescindible su cumplimiento, por lo mismo que la entidad *Estado* no está concretada á representarla un rey ó un dux. Las grandes propiedades (riqueza mueble ó inmueble), la burguesía, considerada en su sentido más general; la clase obrera, en sus divisiones y subdivisiones; las

ideas que la prensa propaga diariamente, el libro de tan diferentes matices, revistas y carteles, imbuyen pensamientos que, como pueden ser acertados, pueden no serlo.

Ello es que la técnica suele verse sustituida por el sofisma.

Y es muy peligroso ofrecer bienestar, y descuidar la moralidad; mucho más sin la preparación necesaria, que sólo da la cultura.

Desde luego, es preciso cuidarse mucho del antagonismo social predominante, que hace poner las miras ambiciosas en los presupuestos del Estado ó en los de la sociedad consumidora. Aforismo peligroso es el de Proudhon: *La propiedad es un robo*. Cuando su alcance es incalculable; como que puede llegar hasta los sagrados fueros de la conciencia; como que se atraviesan en el camino del progreso individualismo y socialismo; como que en los tiempos que alcanzamos, recurrir á la revolución, como serie de actos de fuerza, es entregarse torpemente á un dictador, como lo fué el dictador y gran capitán vencedor en los campos de Austerlitz.

Entendimientos como el de Burke, concibieron la advertencia sabia legada á la posteridad en forma de consejo, y tomando modelo de los grandes empresarios ingleses de su tiempo. Ellos y sus *similares*, en el extranjero, no tienen preferencias más que para la *Biblia*, interpretada mercantilmente; por eso, para los poderosos industriales, la Bolsa industrial es su iglesia. Y tomando ejemplo de ésta, los trabajadores tienen también su Bolsa del trabajo. Se señala la época presente. En este caso se cumple fatalmente la ley de la división del trabajo; sólo que cumpliéndose apasionadamente, con egoísmos de clase; á veces por apremios de la miseria en el seno de las familias; á veces á impulsos de la codicia, que ciega al avaro; á veces por exigencias de la política insana; á veces viene del extranjero el nublado, que trae horribles calamidades, de más ó de menos estragos.

Dos dominios sociales se distinguen en la vida presente.

Marx ha tenido que reconocerlo desde la gran altura que ocupa su distinguida personalidad en la tribuna popular.

La evolución va viéndose que es más eficaz que la revolución, tomada ésta en el sentido que tuvo la revolución inglesa, en el sentido que tuvo la sin igual francesa, en el sentido que se señaló la cantonal española. Claramente se ve cómo llegar al estadio de la burguesía es conseguir un triunfo social importante, que proporciona medios eficaces de presente y para el porvenir. No pasa desapercibido el fenómeno social al proletariado, el que tiene repetidos ejemplos que poder imitar por todo el globo, principalmente en los Estados Unidos, donde aparecen casos en los que, con fuerza mágica, se forman fortunas que constituyen una familia predilecta de archimillonarios, árbitros de intereses nacionales en las contiendas que sostienen los pueblos.

León Say está reputado como un hacendista internacional, en el sentido de que su sistema sobre presupuestos generales del Estado es un sistema aplicable á todas las naciones, en cuanto á orientación universal, con aquellas modificaciones secundarias de cada nación, y por lo que respecta á la manera especial de cada pueblo en el curso de la historia. Que el Japón como los Estados Unidos, Francia como Alemania, Inglaterra como Italia, Méjico como Chile, sus hacendistas han de reconocer, si quieren hacer una labor acertada en la gestión de la Hacienda pública, cada uno en sus respectivos países, que los gastos pueden ser reproductivos é improductivos, morales ó inmorales, posibles ó imposibles de ser atendidos; y que todo presupuesto con déficit revela deficiencias políticas, que serán más ó menos graves, más ó menos subsanables.

España es cierto que ha progresado su riqueza imponible. ¿Pero su progreso ha estado en proporción con las locuras ó imprudencias temerarias, con sus ignorancias ó sus jactancias, con sus descuidos ó perezas, con los apasionamientos ó soberbias, con las adulaciones ó inconsecuencias de tanto ministro de Hacienda como ha tenido España? Si unos flexibles en de-

masía para pequeñeces vergonzosas de parlamentarios influyentes, otros apegados á la rutina, desconocedores de que la vida pública tiene algún parecido con las olas del mar, que no hay dos que puedan verse iguales. Así son los días de la vida pública financiera.

A poco que se sepa, se sabe que cada industrial dirige su industria de distinta manera, y, sin embargo, cada industria, la de tejidos como la de azúcares, tienen, por ejemplo, que someterse á la ley de la oferta y la demanda en una ó muchas oscilaciones circunstanciales.

En España está tolerado un error lamentable, en el que tuvieron que incurrir Mon, Barzanallana, Bravo Murillo, Figue-rola, Camacho, Villaverde, para no citar más nombres de hacendistas ilustres, por la fuerza de las circunstancias políticas, obligados por apremios. Apremios tales, que han costado la vida á algunos de los ministros de Hacienda. Circunstancias políticas, que obligaron á lucha titánica, lucha despiadada, en días aciagos para la riqueza pública española; días en los que un Mendizábal ó un Echegaray tuvieron que tomar medidas radicales, que no han podido juzgarse aún con la serenidad de ánimo y la competencia necesaria para hacer justicia con criterio competente. Días que han perjudicado mucho los intereses materiales españoles. Días, unos de guerras civiles, otros de legislación absurda, otros de reglamentos con tornillos inquisitoriales, otros de concesiones privilegiadas, opuestas á los intereses generales.

Sobre toda otra desgracia, ha tenido España las guerras civiles y la extranjera, desde el punto de vista económico. No es precisamente que pueda pretenderse estar preparado con toda previsión para guerrear. Es que la guerra tiene su valor económico. Lo tienen: la diferencia kilométrica de la distancia que media desde las naciones combatientes al teatro de la guerra; la organización administrativa y alta gobernación nacional; el número de habitantes que pueda contribuir á la pelea y la calidad de ellos; el poderío naval en condiciones de

escuela náutica y estrategia marítima; tener presente la nación con la que se va á combatir, cómo es considerada por las naciones poderosas. En una palabra: acogerse á la prudencia, y dejarse guiar por ella. Que la prudencia tiene también su representación económica en la vida de las naciones.

Camacho y Villaverde son dos nombres que, en la historia de la Hacienda de España contemporánea, tienen que aparecer unidos. Entre otras razones, á fuer de imparcialidad, porque han pertenecido uno á un partido y el otro á otro. Característica de esos dos hacendistas, laboriosidad y competencia. La primera, por anteponer el problema financiero al político; por estar solicitados por sus respectivos partidos para desempeñar el ministerio de Hacienda; porque las exigencias correligionarias fueron la determinante que los lanzó, desde puesto de tanto empeño, al ostracismo político. Por esos acontecimientos, los años 1880-1881, y los años 1899-1900, señalan desastres incalculables al país.

Este, sin crédito, no puede alternar con las otras naciones; la riqueza pública, sin orden en la Hacienda nacional, vive penosamente; y cuando la opinión no se preocupa de los intereses generales, los intereses particulares sufren detrimento.

Cánovas del Castillo estuvo dotado de más prudencia de la que aparecía á primera vista. Por eso mantuvo su prestigio político á una altura extraordinaria. No puede decirse que desatendió la normalidad de los ingresos y la normalidad de los gastos. Recomendación que hizo á Cos-Gayón.

La pasión política impide ver clara la situación, y en la oscuridad que se forma, el instinto á ciegas, y el egoísmo, que es innato en la naturaleza humana, todo influye para precipitar en la ruina; no se ve el escollo, y éste prepara cautelosamente el naufragio, que, en el orden financiero, puede consistir en la pérdida de miles de millones. España los perdió el año 1898, como antes dejaron de ganarse eu el año 1882. Siempre en arreglos de Deuda pública, que fueron infructuosos, por influencias maquiavélicas ó desconocimiento de la realidad en su

pureza científica. Es lo cierto que el país tributa onerosamente, más que nada, por *desarreglos*... Onerosamente, puesto que en 1899 el presupuesto de *ingresos* importa 870 millones de pesetas, mientras que el presupuesto para 1900 resulta ser de 1.032 millones.

Aumento considerable, que parece sólido si se tiene presente que las contribuciones indirectas y las directas suman en junto 788 millones de pesetas, no obstante las ocultaciones que están supuestas y las que están justificadas en documentos oficiales. Tanto más, que del año 1899-900 á 1905 resulta un remanente de los presupuestos del Estado; en esos años, que importa 392 millones, para extinguir Deuda pública, cuyos intereses figuran por la cantidad de 408 millones próximamente, incluida la amortización. ¿Qué decir, y á quién ó á quiénes alcanza la responsabilidad de resultar una Deuda pública de 7.000 millones mal contados? ¿Á qué consideraciones y censuras no se presta esa cantidad de 7.000 millones (una liquidación exacta daría más), si han sido empleados en gastos improductivos? Que esto es cierto, basta para creerlo con fijarse en las leyes que emanaron del ministerio de Hacienda en los años siguientes: Diciembre 1881, Junio 1885, Julio 1888, Marzo 1900 Agosto 1893, etc., etc. Además, enterarse de los reglamentos para cumplirse esas leyes, y de la interpretación de leyes y reglamentos que hace la Administración pública. Aún más: hay que considerar la influencia del favoritismo y la presión parlamentaria. Todavía más: los frecuentes cambios de ministros de Hacienda, algunos sectarios, que no científicos, y aquella falta de sentido práctico que es tan necesaria donde juegan en la acción los números con mayor energía que las palabras.

La existencia del desorden es real (siquiera sea relativo y sabiendo que ha disminuído) en los tipos legales de tributación sobre las riquezas rústicas y urbanas. Porque la cartera de Hacienda no puede estar bien desempeñada más que ejerciéndola por años, y con preparación, independendencia sensata y experimentada.

¿Qué significa haber conseguido, por la ley de Agosto de 1896, disminuir el tributo, á saber: en la riqueza rústica, de 20,25 por 100, á 19,66; en la riqueza urbana, de 23, á 21,50? ¿Qué significan las desgravaciones de impuestos ó la creación de los nuevos? ¿Qué los errores que por esas novedades resultan en la práctica, errores que son semilleros de perjuicios irreparables y de perturbaciones sociales que trascienden á lo más íntimo de la familia y hacen que en ella se reniegue de la orientación malsana de progreso?

Aquellas diferencias afirman que falta orden. ¡Ah! La libertad sin la justicia, lo nuevo que no está apoyado en la experiencia, el trabajo airado, las condescendencias mal tenidas, volver la espalda á lo que es de equidad mirar frente á frente y con respeto, la impunidad del gobernante ante el país, las palabras que se lleva el viento, escritos para los que no se encuentran censores, trabajar sin entusiasmo, que es lo mismo que ser indiferentes con el bienestar general. Actuar sin condiciones de carácter, llevando la ductilidad hasta una complacencia que traspasa los límites regulares; extraviarse hasta creer posible lo que es imposible, si ha de tener buenas condiciones en la realidad; tomar por hombre de Estado al político que no pasa de ser tribuno, vivir hábilmente con recursos de la intriga...

¿Para qué más? ¿No vemos que, con ser muchos los esfuerzos progresivos, el retraso nacional es lamentable?

II

Vanos serán los esfuerzos, cuantas energías y actividades haga influir el Estado, de su iniciativa particular y potente, para extender la esfera de acción de sus influencias, para conseguir el progreso de los intereses materiales, si ese progreso se contrarresta con gastos superfluos ó improductivos. No importa que hayan cesado las irrupciones de los bárbaros; que

no haya Cruzadas; que no tengan razón de ser las guerras religiosas, por estar en el ánimo de cada confesión religiosa el respeto á las respectivas creencias; que hayan cesado las contiendas bélicas cotidianas que tomaron por campo de Agramante el territorio de Italia. Si se quiere hoy sostener como axioma de saludable política y que continúe la diplomacia su labor maquiavélica, aquello de *vivir en paz y estar prevenidos para la guerra*. Porque ello implica gastos de armamentos formidables, construcción de numerosos acorazados, en los que se invierten fortunas inmensas; edificar fortificaciones con la pretensión de que sean inexpugnables.

La barbarie, ó sea la inhumanidad á impulsos de la soberbia humana, por vanidades transitorias á impulsos de la ira, el instinto mal reprimido soñándose en victorias, que alguna puede convertirse en otro Waterloó. Entonces la realidad no descubre soberanía de la conciencia con voluntad decidida para crear un estado de derecho que imponga deberes tales por los que se consiga que al contribuyente no se le emplee de mala manera su sacrificio pecuniario. Según la civilización va entendiéndose y la cultura demanda, no es patriótico imponer sacrificios estériles para intentar conseguir el bien, ni el entusiasmo debe guiarse á enardecer odios, ni los preceptos morales aconsejan la matanza entre hermanos. Los presupuestos del Estado tienen fines que son más elevados. No sirva de escabel magnífico el orden económico, al dios Marte, símbolo de desventuras innumerables.

La decantada libertad política, que encadena las demás libertades, de que se lamenta Molinari, y que demuestra viciosa orientación. Las muchedumbres que piden ó reclaman airadas pan por calles, plazas y paseos en Chicago ó Londres, mientras en los arsenales militares hay *puja* internacional. El presupuesto de la guerra más crecido que el presupuesto de la paz. España belicosa ó España pacífica; la labor industrial que esté dedicada á construcción de puertos y de faros, de caminos y de canales. Esto, ¿cabe dudar que sea beneficioso, mientras

que los gastos de la vida militar son evidentemente obstáculos puestos al desarrollo natural de la prosperidad pública? ¿No suponen las deudas públicas españolas peso abrumador, siendo en la mayor parte gastos invertidos en derrochar riqueza?

Los presupuestos del Estado, sus déficits ó sus superávits, reflejan aquéllos decadencia, éstos prosperidad.

Sin embargo, no es la cuestión tan sencilla como parece á primera vista. Ejemplo es nuestra España. Al oirse decir en el Parlamento por diputado competente, y de cuyo patriotismo no puede dudarse, que los presupuestos del Estado están en déficit y que la cuenta del Tesoro público es inexacta.

Al mismo tiempo, según estadísticas verídicas, contienen datos que no sólo son consoladores, sino que, además, pueden llamarse de grandes esperanzas y de porvenir risueño.

¿Cómo no, cuando en Mayo de 1908 se ha asegurado sincera y oficialmente, que estaba calculada la liquidación probable del presupuesto nacional de 1908 en 1.054.565.049 pesetas? Y el presupuesto nacional de 1888-89 fué de 832.988.392,71, de obligaciones que resultaron satisfechas.

Ciertamente que no puede gastarse en España, con carácter de utilidad pública, y en concepto de presupuesto nacional, en la proporción que tiene en otras naciones, con relación á las poblaciones respectivas; y lo mismo puede decirse del comercio exterior. Así, por ejemplo, este comercio es, á saber:

Francia (por termino medio anual), y según el año último, de

Importación.....	5.802.000.000 de pesetas.
Exportación.....	5.114.000.000

Inglaterra:

Exportación.....	10.935.000.000
Importación.....	15.008.663.000

España:

Importación.....	862.497.000
Exportación.....	900.869.000

Es posible que el movimiento mercantil de las tres naciones sea mayor; pero conviene, en cálculos rectificables, quedarse cortos, más que largos, porque si se calculó sobre aquéllos, resulta la satisfacción agradable.

El presupuesto del Estado que en España un día fué llamado de la *paz*. Entonces fué un buen deseo, que parece ser ahora hermosa realidad. Por cuanto se ha perfeccionado la estadística española, y parece asegurada la tranquilidad pública. Todo esto significa que la ley se cumple mejor, que las costumbres públicas han mejorado, que se trabaja con más actividad, y que los desengaños del *desastre*, hasta á los más incrédulos han convencido, y se ha variado de rumbo. Por lo menos, la orientación es mejor, menos mala.

Impórta no olvidarse ó no postergar á segundo término, la ley del precio de toda clase de valores, que se cumple por otra ley de la oferta y de la demanda; la que á su vez está relacionada con la importancia de la producción y con los medios de satisfacer el consumo.

Como ha dejado dicho León Say, «la cuestión de los precios está siempre sobre el tapete, y se impone como fuerza mayor».

Desde luego en España, y en general los artículos de primera necesidad, su precio ha tenido una subida importante, por diferentes causas. La principal, que la reforma arancelaria no está en desarrollo progresivo popular.

No ha sucedido así con la cotización de los valores siguientes. Su precio en curso de Bolsa era el mes de Enero de 1892: 4 por 100 interior, 71,40; 4 por 100 exterior, 74,10. Acciones del Banco de España, 374. Acciones de la Compañía Arrendataria de Tabacos, 85. Compárense estas cotizaciones con las actuales, y podrá apreciarse la gran mejora que ha tenido la vida económica española en quince años, no obstante los muchos desaciertos que se han cometido. Entre ellos, la falta de unidad que han tenido los presupuestos del Estado, el descuido de la lógica en los procedimientos, los cambiantes de colo-

res á manera de múltiples arco-iris que ha presentado el ministerio de Hacienda.

¿Qué decir de los caminos de hierro, que puede calcularse sus ingresos, á saber: año 1907, 253 millones de pesetas; año 1908, 262 millones de pesetas? No obstante que existen tantos y tantos obstáculos para su grandioso y fecundo desarrollo. Dígalo si no el Congreso de exportación de Zaragoza, donde individualidades y asociaciones agrarias han demostrado la postergación que sufre su riqueza, expuesta á mermas ruinosas. Las regiones de las dos Castillas, las de Aragón y de Levante, pugnan por conseguir que desaparezcan las dificultades de la exportación. Porque la agricultura es el solar de cimentación de las naciones. Alemania se ha rectificado en este sentido, después de haber estado otorgando una protección arancelaria imprudente á la industria fabril, que es lo que sucede en España, como ha quedado demostrado en el Congreso de Zaragoza.

Consecuencia natural de la protección arancelaria desenfrenada, que traspasa con mucho los límites del *oportunismo*. Es que á ese monopolio industrial entre particulares se presenta en lucha con ellos el monopolio oficial. El Estado español, tomando ejemplo de otras naciones, desarrolla el sistema de monopolios; bajo el nombre de sindicatos se forman agrupaciones que viven sin peligro de la competencia. Esas agrupaciones está en su interés la ganancia, que ampara la bandera nacional; la ganancia es el cuidado de los interesados en el *libre* monopolio, que ha matado toda rivalidad. No hay otro soberano que el productor; esclavos son los consumidores, á quienes muchas veces el vicio, más que nada, obliga á someterse á la ley de la injusticia. Esto es, se quiere satisfacer una necesidad más ó menos justificada, pues á la demanda se impone la oferta, bajo condiciones onerosas.

Paul Leroy Beaulieu juzga el estado industrial.

Leroy Beaulieu, dice: «Desde el momento en que los partidos llamados avanzados, y algunos teóricos, creyéndose

»novadores, ponen los Poderes públicos, Estado ó Municipio, á
»su cuidado, diversas industrias, transformándolas en mono-
»polios, no puede la crítica dejarlos pasar inadvertidamente,
»sin consignar los hechos y sus fatales consecuencias, como
»han hecho notar algunos representantes de la nación en el
»palacio Borbón.»

Esto es lo mismo que sucede en España, y que está con-
signado en las discusiones del Congreso de los Diputados. La
libertad suspirada, los derechos individuales consagrados, el
amor al trabajo enaltecido, el premio á la virtud sancionado,
el porvenir del pobre que solicita medios para elevarse en ca-
tegoría, todo lo entorpecen los monopolios y lo desvirtúa el
Estado opresor.

Como la política puede ser sin patriotismo; como de suce-
der esto el error se avecina, la soberbia se desencadena, la
adulación hace su oficio, que es siempre pernicioso, y un vicio
engendra otro. Esto es el caso de España, y más ó menos de
todas las naciones. Mendizábal con su desamortización, Mon
con su reforma tributaria, Salaverría con el presupuesto de la
guerra de Africa, Figuerola con su modificación de los dere-
chos arancelarios, Camacho con su arreglo de la Deuda pú-
blica, Villaverde con la reorganización de la Hacienda; todos
estos ministros quisieron y pudieron hacer mucho. ¿Quién se
lo impidió? No hay para qué citar nombres, hechos y fechas,
que son del dominio público. Lo que importa es tomar la
lección y aprovecharla patrióticamente. Ya que el país trabaja
para vivir próspero, que el Estado no ponga obstáculos á tan
noble empeño.

Todo lo que no sea alargar la vida ministerial de los ha-
cendistas (de verdad) en el ministerio de Hacienda, es per-
derse en la inmensidad un tiempo precioso. Hay que acabar
con la burocracia.

Hay que fijarse en lo que significa que Francia pueda so-
portar un presupuesto, á saber:

Ingresos.....	3.988 millones.
Gastos.....	3.987

Cuando el de España es de 1.040 millones de pesetas. Si retrotraemos la fecha cincuenta años atrás, se verá que el aumento del presupuesto es por sí atrevido. Y esto sería lo de menos, si los servicios estuviesen bien atendidos, con arreglo á las necesidades de los tiempos; no hubiese burocracia, ni contradicciones, ni injusticias. ¡Se mejora! Es verdad; pero no hay que olvidarse que estamos en los tiempos del vapor, de la electricidad, del telégrafo sin hilos, de la navegación aérea, de verdaderos prodigios científicos.

III

Actualmente, al finalizar el año 1908, se discutió el presupuesto del Estado para el año 1909.

Premisas de este presupuesto pueden ser los conceptos (emitidos el año 1895) siguientes: Del Senado, que dijo: «Entiende
 »la Comisión, y se lisonjea afirmándolo, que en el Senado,
 »ahora y antes de ahora, es ya muy poderosa la corriente que
 »invita á más sencillez de contextura en los presupuestos, y á
 »mucho, y hasta implacable parsimonia en el número y clase
 »de *disposiciones complementarias* que á ellos suelen adherirse.
 »Hijas algunas veces del apresuramiento, siquiera lo impongan
 »respetables necesidades y nobles anhelos, casi siempre despro-
 »vistos de aquella sosegada y nutrida preparación que las re-
 »formas administrativas aconsejan; van acumulando, como en
 »masa informe y sin discreto concierto, copiosos materiales, vi-
 »ciados muchos de ellos por su acentuada é inevitable *singula-
 »ridad*, y en todo caso, fuente de confusión, cuando no de des-
 »orden, en los órganos administrativos; y causa de conflictos
 »y agravios, que tanto afectan al público interés, como al
 »bienestar singular que con recta y sabia intención se quiere
 »armonizar.»

Estos males que se enumeran, ¿han desaparecido? Mas, ¿cómo desaparecer los efectos si no han desaparecido las causas? Pues qué, ¿pueden improvisarse ministros de Hacienda? ¿Puede ser buena Hacienda nacional la que esté sometida á una mala política? Peel, Gladstone, para mejorar la Hacienda pública en Inglaterra tuvieron, que imponer su criterio económico á la política imperante, que acabó sometiéndose. No puede decirse lo mismo de Méline en Francia, y de lo que pasó en ésta puede citarse algún caso en Italia, hasta que tuvo mejor orientación.

Casi al mismo tiempo decía Gamazo en el Congreso de los Diputados: «Fué mi propósito, al hacer el presupuesto de 1893, no introducir novedades en impuestos apenas asentados, porque nada hay mas grave ni más dañoso para la Hacienda pública que los constantes y continuados manejos de los articulados de la ley de Presupuestos». Esta lección de Gamazo confirma las censuras que se han hecho á los novadores de la revolución francesa y á los radicales de la revolución española. Unos y otros creyeron que, por llamarse hacendistas, lo eran en realidad; unos y otros confundieron lo que es distinto, á saber: lo económico, que en su fundamento tiene bases inquebrantables, con lo político, que es de una elasticidad útil, siempre que no sea desmoralizadora.

Los presupuestos del Estado son un arcano si no se tiene con ellos parsimonia reformista, y la política no contiene los ímpetus imprudentes.

Ímpetus que son de todos los partidos.

Con nuestra historia nacional (y con muchas extranjeras) puede confirmarse este aserto. ¿Qué significan los resultados siguientes?:

PREVISIONES DEL PRESUPUESTO

En 1906.—Calculado un superávit de 41 millones.

En 1907.—Idem 40 ídem.

E. M.—Marzo 1909.

En 1908.—Calculado un superávit de 17 millones.

En 1909.—Idem 8 ídem.

Origen de esta disminución de superávit: la reducción de ingresos en 25 artículos del presupuesto, sin que haya ocurrido nada anormal en la nación. La paz es octaviana. Pero, sucede lo que es tan frecuente y deplorable: la falta de estabilidad en sus puestos de los ministros de Hacienda, por diferentes causas; las alteraciones, unas naturales y otras artificiales, en las cosas; el descuido estadístico sobre datos importantes, la insuficiencia administrativa en general, menosprecios de puntos de vista capitales.

Siempre viene á pararse á lo mismo. Esto es, que se parte de supuestos falsos por cálculos imaginarios y precipitaciones más ó menos voluntarias. Se ha creído que sería favorable al presupuesto del Estado tener más exportaciones que importaciones; se ha creído también que una mala cosecha de trigo favoreciese al presupuesto del Estado. Los precios del trigo han tenido, más que nada, tendencia al alza. Las industrias, en su inmensa mayoría nacionales y extranjeras, su orientación es progresiva. ¿Se sabe qué artículos tiene reducción su ingreso? Las causas verdaderas de esa reducción, ¿son conocidas? De serlo, ¿qué remedios son aplicados á esa reducción, esto es, para evitarla?

No debe olvidarse que los adelantos científicos, con aplicación á la industria toda, facilitan de día en día la baratura; está demostrado que ésta ensancha el mercado poniéndose al alcance de mayor número de consumidores. En esa proporción de aumento de tráfico ha de estar el de la tributación. Nunca de otra manera.

Cuando se da el caso contrario, entonces se señala, más que nada, una desorganización de los presupuestos del Estado. La situación política, ante la opinión pública, acusa con cargos parlamentarios á mayorías y minorías, cualquiera que sea su matiz político.

¡Ah de los créditos supletorios...! No dejan estos de influir poco para que el escepticismo político tome carta de naturaleza en la sociedad, que se desvía de entusiasmos y se afirma en incredulidades. ¡Que nada impresiona tanto como verse obligado el ciudadano á dar de lo suyo necesario á mano ajena! ¡Que en los tiempos presentes la vida económica tiene marcada predilección! La tiene, por los gastos que exigen los estudios de carreras, en las que se cifra el porvenir de la juventud; por los gastos tan tentadores de las modas que, además de la tentación coquetona, se hacen esos gastos obligatorios por el bien parecer; por los goces que se desean en una escala perjudicialísima, en tanto cuanto fomentan más pasiones desordenadas que ordenadas.

Se desea conseguir el respeto internacional; pero las esperanzas quedan fallidas con miras puestas en el presupuesto del Estado, en el que resultan multitud de deficiencias.

Ciertamente que las iniciativas individuales despiertan de su letargo. Esto es lo que, por ejemplo, sucede con la contribución industrial como resultado de la última Asamblea de las Cámaras de Comercio. Donde se trató: con qué condiciones se debe exigir el tributo; si deberá suprimirse la simultaneidad de industrias; si convendrá ampliar la tarifa de patentes; si las Cámaras tengan intervención directa en el descubrimiento de la ocultaciones; si organizar los gremios para la distribución de las cuotas; si cabe un recargo sobre la contribución industrial y de comercio para gastos de las Cámaras.

Parece que, de no estar todo por hacer, por lo menos falta que hacer mucho para una marcha estable y ordenada, según las Cámaras de Comercio.

Lo mismo puede decirse de las Cámaras Agrícolas, que quieren estar arma al brazo en defensa de los intereses que representan. La reforma del arancel de Aduanas se impone forzosamente, por lo que respecta y tiene fuerza en la producción de la riqueza agrícola y pecuaria, si han de exportarse ganado, vino, naranja, uva, corcho y otras muchas producciones

agrícolas. Para el cultivo de éstas interesa importar maquinaria agrícola perfeccionada.

Sin tratados de comercio es imposible hoy que sea próspera la vida económica. Así que, no obstante las corrientes proteccionistas, las *concesiones recíprocas* entre nación y nación son un hecho, y á su vez, lazo de unión que ha de dificultar declaraciones de guerra. Dicho se está que conviene también despreocupar á todos los industriales, sin excepción, para que se asocien, y que el interés particular se asocie al interés general.

El aislamiento internacional es hoy la muerte de la vida nacional. Por eso, los presupuestos del Estado deben tener una organización, en sus líneas generales, parecida á la que tienen de unas y otras naciones, sobre todo, las que han sabido ponerse á la cabeza de la civilización de los pueblos. Hoy se mira con horror el déficit; ¿por qué? Porque éste en el presupuesto del Estado repercute sobre los presupuestos de toda la nación; influye sobre el crédito. Y siendo éste actualmente parte integrante de las vidas agrícola, industrial, mercantil, intelectual y moral. El crédito es hoy palanca poderosa para crear asociaciones donde se engrandecen las aptitudes, la laboriosidad, la honradez, las simpatías, la paz, el mejoramiento de las costumbres y las amistades internacionales.

En España nada de eso se desconoce aunque falte aclimatación. Mas la tendencia á las discusiones doctrinales parlamentarias está iniciada respecto á los problemas económicos. La cantidad no admite sofismas, y pretender ingerirlos ha sido y es esfuerzo vano.

En la discusión del presupuesto de ingresos para el año 1909, con cautela, el ministro de Hacienda hubo de decir: «que algunas partidas tuviesen por base cálculos que pudieran ser »erróneos». Dedúcese de esta afirmación el hecho de que nuestra Hacienda no se apoya sobre bases ciertas y fijas. Falta la estadística exacta, que no puede existir sino después de trabajos estadísticos que estén bien comprobados. Sin embargo, el

ministro de Hacienda afirma: «que la capacidad tributaria de España puede llegar á 1.500 millones de pesetas». No se olvide que el comercio exterior de España es de 1.760 millones de pesetas. Dato importantísimo para juzgar la prosperidad de la riqueza pública. Tampoco se olvide que el presupuesto de España en el año de 1850 era de 329 millones de pesetas. La diferencia hasta 1.500 millones es muy considerable. No la llamamos inverosímil.

ANSELMO FUENTES

EL SEXO FEMENINO EN LAS MONEDAS

GRECIA ANTIGUA

Hace ya algunos años que, oyendo vocear la palabra feminismo, intenté pagar mi contribución al asunto que se empezaba á debatir, y al efecto, publiqué unos artículos acerca del interesante papel que las mujeres representaron en los tipos monetarios, creyendo que, con este señuelo, plumas de más altos vuelos tomarían á su cargo empresa de suyo tan simpática; pero como pasan los días, y nadie, que yo sepa, puso mano en obra tan delicada, me lanzo á romper este silencio, sin otros alientos que los que siempre ofrece la ignorancia, ni más fin que el de dedicar unos ratos de ocio á quienes no puedo dedicar más honrosa labor. No obstante la aridez que lleva consigo el estudio de la numismática, tengo por seguro que en esta parte de ella no cabe el aburrimiento, á no ser que alguien crea que la belleza puede de suyo producirle, pues entonces en mal lugar quedaría ese conjunto de seres que lleva ya miles de años ostentando el simpático título de *bello sexo*.

Verdad innegable es, que desde que el mundo es mundo, la mujer ha intervenido ó la han hecho intervenir en los acontecimientos más trascendentales de la humanidad, ya como Eva, incitando á la comisión de un pecado, ya como la Virgen María, contribuyendo á la consecución de un cielo. Y siendo la invención y propagación de la moneda suceso tan culminante

en la historia del hombre, no podía faltar en él la intervención femenina.

Dejando para ocasión más oportuna la cuestión de si fueron los jonios, los lidios ó los moradores de Egina, los primeros que acuñaron monedas, baste ahora saber que las primeras aparecieron hacia los últimos años del siglo VIII antes de J. C., y que en aquellos remotos tiempos, lo mismo que en los presentes, había mujeres que nada de particular hacían y otras que hacían mucho ruido en el mundo: gran parte de las de la última clase eran elevadas á la categoría de diosas; mas no por ostentar tan excelso dictado dejaban de pertenecer al sexo femenino, con todas las virtudes y defectos á él anejas; por ende opino que deben encajar perfectamente en cuanto tenga relación con este simpático tormento del sexo feo. Conformes con esto, hora es de entrar de lleno en nuestro asunto, diciendo: que si las primeras monedas acuñadas son las de Egina, cuyo tipo representa una tortuga, dichas monedas están íntimamente relacionadas con el sexo femenino.

Demasiado cándido sería suponer que Fidón, rey de Argos, al acometer la empresa de grabar una figura en aquellos lingotes de plata que, con el nombre de *obeliscos*, servían antes como precio común en las transacciones comerciales, había escogido el tipo de la tortuga para tal objeto, por el solo hecho de que las tortugas eran abundantes en la isla de Egina, donde se colocó el primer taller de acuñación. Los numismáticos que tal candidez afirmaron, no hicieron otra cosa que salir del paso, con gran desdoro del genio emprendedor y de la poderosa inventiva de tan gran rey.

Más natural es suponer, que este hecho de Fidón reconozca por causa la que otros análogos anteriores, y se sabe de cierto que este rey había hecho ofrendas de *obeliscos* de plata en el Heraion: y si á sus dioses había ofrecido aquellos lingotes que de moneda servían, lógicamente debe deducirse que algún dios ó símbolo de dioses sería el preferido para que su imagen fuese la primera impresión artística que figurase en las monedas.

Sabido es, hasta por quienes apenas saludaron la historia de Grecia antigua, que en todos los pueblos del Oriente se daba culto extraordinario á un sér de formas delicadas y elegantes que, derramando por doquier encantadoras dichas, simbolizaba el amor, la belleza y la vida.

Dicen los mitólogos que los fenicios, al dar cuenta de sus divinidades á los griegos, referían una ya antigua y hermosa tradición oída de boca de sus antepasados.

Discurrían en cierto día un grupo de los más preclaros hombres de la Fenicia por las orillas del mar, y no concibiendo cómo podría ser personificación del amor y de la belleza un sér que naciese de la unión de los dos sexos, pedían á sus dioses mayores que les diesen á entender tan gran misterio.

Entonces allá, sobre el más tranquilo espacio de la mar, vieron caer del cielo una cosa que, al golpear el agua, hizo surgir una como nube de blanca espuma que envolvía el delicado cuerpo de una doncella preciosísima que, colocada sobre una concha, navegó hasta la orilla, en donde, recogida por los fenicios, la dedicaron un templo, considerándola desde entonces como la diosa del amor que unía entre sí, y con el más puro lazo, los amorosos misterios que atesoran el cielo, la tierra y el mar.

El primitivo nombre y el más general de esta virgen es *Afrodita*, de Afros (espuma) y diomai (penetrar); sin embargo, ha recibido muchos otros sobrenombres, según se la adoraba como diosa del cielo, del mar, de la tierra, del amor, de la belleza, etc. Con respecto al primer concepto, llamábasela *Afrodita Urania*, y se la representaba con el pié puesto sobre una tortuga, símbolo de la bóveda celeste. Pausanias dice que en Olimpia había una hermosísima estatua, obra de Fidias, que reproducía á la diosa en esta actitud.

Extendido el culto de *Afrodita Urania* en la isla de Egina, nada más natural que Fidón hiciese grabar en las primeras monedas el símbolo de aquella diosa engendrada por el cielo y fecundada por el mar.

Aquella doble vista y elevación de ideas propia del pueblo griego es la que necesitamos para estudiar y examinar sus obras, en la seguridad de que nos sorprenderán siempre con nuevos encantos. Esas tortugas, que á primera vista parecen emblema de tosquedad, son, no obstante, el símbolo que con las primeras monedas del mundo helénico dijo un rey, y todavía nos está diciendo, que hace dos mil setecientos años había pueblos que creían que el amor puro y la verdadera belleza descendían del cielo.

Si la isla de Egina no es la cuna de la invención de las monedas, no por eso la intervención del sexo femenino en los tipos de las primeras deja de ser menos poderosa. Los numismáticos españoles son los que, en oposición á todas las apreciaciones extranjeras, han sostenido y probado que la invención de la moneda se debe á los jonios, que, arrojados de Atica, pasaron al Asia y se establecieron en las costas de la Lidia y de la Caria.

Creando yo exacto y razonable este parecer, no precisamente por ser español, sino por ser amante de la verdad, repasé uno por uno los tipos de las monedas acuñadas en la Jonia, ya cuando formaba una confederación independiente, ya bajo la hegemonía de los reyes de Lidia, y vi que en cualquiera de esos estados, sus monedas dejan entrever en sus tipos la influencia femenina.

Para hacer luz en esta afirmación, es preciso ahondar en la historia de los jonios y ver en claro sus costumbres, sus empresas y su carácter, que forman como la clave á que se ajustan sus hechos. En el siglo VIII antes de Jesucristo, el país más floreciente del mundo en el desarrollo artístico es el Asia Menor, donde los jonios han levantado y engrandecido las ciudades de Mileto, Éfeso, Colofón, Teos, Clazomene, Eritrea, Focea y otras no menos célebres. Sobre todas ellas sobrepuja Mileto, que en importancia comercial y marítima iguala á Tiro y á Cartago, desarrollando su comercio hasta tal punto de prosperidad, que colonias suyas eran, entre otras, Salamina, Cardia, Sinope, Lampsaco, Parium y Cycico.

En todas estas ciudades se acuñaron monedas que llevan los caracteres propios de este arte en su primitiva forma, que data del siglo VII antes de nuestra Era.

Tan grandes y extensas relaciones comerciales exigían el uso de una moneda garantizada que facilitase y abreviase los negocios de compra y de venta en todos los pueblos donde abundaba el tráfico. Esta moneda, con segura garantía, la dió la ciudad de Mileto, grabando en los antiguos trozos de plata, que pesaban un *dracma* ó una *statera*, un tipo conocido y respetado. Este primer tipo de los *dracma* y *statera*, de Mileto, son un león ó un toro ó un ciervo; animales que unas veces tienen la efigie completa y otras una parte de ella, como la parte delantera que pudiera llamarse busto del animal.

El por qué de la adopción de estos tipos salta á la vista estudiando las creencias religiosas de este pueblo. Verdad es que hacia el siglo VI antes de J. C. y después, la diosa de más fama en aquellas regiones era la célebre Artemisa de Éfeso; pero examinada su figura, no se ven grandes relaciones simbólicas con predichos animales. No sucede esto cuando, retrocediendo cuatro siglos, vemos que los jonios, allá por los años 1140, al pisar por vez primera las costas del Asia Menor, se encontraron que los carios y leleges, que ocuparon primitivamente aquel país, adoraban á una diosa de origen y carácter puramente asiáticos, que tenía culto muy especial cerca de las cavernosas bocas del Caistro y sobre las montañas vecinas. Esa diosa, de carácter asiático puro, no sé qué nombre tendría en aquellos remotos tiempos; sólo sé que después, confundiéndola con la Artemisa efesiana, la han aplicado el mismo nombre. Aquella diosa antigua era divinidad lunar, como Artemisa; pero se distinguía de ella por un carácter esencial, pues ésta, más que virgen, es una madre, ó más bien una nodriza de todos los seres animados que pueblan la tierra; por esto se la representaba con un seno erizado de innumerables mamas, y todo su cuerpo está como aprisionado bajo una envoltura dividida en zonas, en una de las cuales se ven cabezas de to-

ros, en otra cabezas de ciervos y en la siguiente cabezas de leones.

Contemplando esta figura de la primitiva diosa que los jonios vieron en el país, se explica fácilmente la razón de grabar como tipo en las primeras monedas de Mileto, ya un toro, ya un león, ya un ciervo.

Más adelante, la diosa primitiva va helenizándose, hasta convertirse en la verdadera Artemisa efesiana, cuyo emblema típico es el ciervo y la abeja; y de ahí que el tipo constante de las monedas de Éfeso sea alguno de los citados animales. Las sacerdotisas de Artemisa eran llamadas comúnmente *melisais*, que quiere decir abejas.

Siguiendo, aunque no con tanta detención, el estudio de los tipos de las monedas posteriores á las que se creen primitivas de la Jonia y de Egina, apenas si se ve alguno que no tenga relación estrecha con acontecimientos históricos ó fabulosos, en los que juega principal papel el bello sexo; y en la imposibilidad de relatarlos todos uno por uno, escogeremos los de más relieve en los cuatro núcleos principales de la civilización durante los tres primeros siglos de la acuñación monetaria, á saber: Asia Menor, Grecia propia, región africana llamada Cirineica y la región de Italia, llamada Magna Grecia.

Del Asia Menor é islas aledañas revelan los tipos monetarios notables y entretenidas tradiciones.

La ciudad de Tenedos grabó en el anverso de sus monedas una cabeza janiforme, ó sea con dos rostros, de los cuales el uno era de mujer y el otro de hombre. Al explicar el por qué de este tipo, se dividen los arqueólogos en dos grupos, uno de los cuales dice: Tenedos era en la antigüedad una isla en la que la pasión carnal estaba completamente desbordada; y no hallando remedio alguno con que pudiera ponerse freno á la disolución, un rey de esta isla dió un decreto, ordenando que todas las personas cogidas en adulterio fueran inmediatamente decapitadas, colocando en lugares públicos las cabezas juntas de los dos cómplices. La realización de esta orden tan te-

rrible desterró el añejo vicio, y para perpetua memoria de ley tan eficaz, se acuñó esta moneda.

La segunda explicación es más poética, aunque quizá menos verosímil. Dice así: Cygnos, hijo de Poseidón y rey de Colona, se casó con Procleia, de la que tuvo una hija llamada Hemitea y un hijo llamado Tenes. Muerta Procleia, su viudo, no aviniéndose bien con la soledad del lecho conyugal, casó en segundas nupcias con una hermosa joven llamada Filomona, la cual, debido á la diferencia notable de edad entre ella y su esposo, ó quizá por otras razones que no son del caso, enamoróse perdidamente de su hijastro Tenes.

Cygnos, convencido, después de misteriosas observaciones, de la culpabilidad de los enamorados, montó en cólera, y mandando que los prendieran, ordenó que los encerrasen en un cofre, que inmediatamente fué arrojado al mar.

El padre Océano, compadecido de aquellos desgraciados, no quiso hundirlos hasta su fondo, y dejó que el cofre sobrenadara, mientras enviaba al rey ofendido una alada pesadilla que le royese de continuo y del modo más horrible el corazón y el cerebro. La estratagema dió el apetecido resultado. Cygnos, arrepentido bien pronto de su severidad, mandó disponer un ligero barco, y á toda prisa surcó las amargas aguas, navegando aquí y allá hasta encontrar el codiciado cofre, que condujo sin descanso hasta la orilla de un islote.

Dice Pausanias que en el momento en que tocó á la isla, Cygnos ató el cable á un árbol, y cuando se disponía á volver al barco para reprender á los culpables antes de concederles el último perdón, Tenes cogió un hacha, cortó el cable, y la nave, impelida por fuerte viento, se alejó, llevando consigo á aquella pareja que, sin duda, prefería purgar su culpa, antes que en palacio de un rey, en las inmensidades de un mar.

Lampsaco, ciudad antigua del Asia Menor y uno de los puertos de descanso de los navíos jonios que iban á Ponto Euxino, acuñó también multitud de monedas con diversidad de tipos, entre los cuales hay uno que tiene excepcional im-

portancia, por ser el primero que sirvió de norma á cuantas monedas de medallas se acuñaron después para conmemorar matrimonios y personas notables. Hacia el año 514, antes de J. C., Hippias, tirano de Atenas, después de la muerte de su hermano Hiparco, temiendo la pérdida de su soberanía, hizo varias alianzas y, entre ellas, concertó una que se consolidó realizándose el matrimonio de su hija Archedice con Ajantides, hijo de Hipodes, tirano á la sazón de Lampsaco. Para memoria de estas bodas se acuñaron monedas de plata, cuyo tipo es: cuarto delantero de caballo alado, ánfora y corona de pámpanos de vid, y otras en que se ve una cabeza janiforme de formas femeninas.

La isla de Chios, que se vanagloria de ser patria del gran Homero, acuñó monedas con el tipo de la esfinge; monstruo que, como todos saben, encierra en sí una de las más borrascosas é interesantes historias habidas entre el hombre y la mujer. Layos, rey de Tebas, al casarse con Yocasta, consultó al oráculo de Picia su porvenir, y el oráculo le dijo que tendrían un hijo que daría muerte á su padre. Efectivamente, el hijo de Layos, Edipo, abandonado al nacer y recogido por unos pastores, da muerte al rey de Tebas sin saber que era su padre. Al sucederle en el trono su hermano Creón, aparece sobre el monte Fichión la Esfinge, monstruo formado por cabeza y pechos de mujer, cuerpo de león y alas de águila, el cual propone enigmas á cuantos viajeros pasan junto á él, con pena de muerte á cuantos no descifren el problema propuesto.

Para librar al país de esta calamidad, decreta Creón dar la mano de Yocasta al que consiga darle muerte, acto que lleva á cabo Edipo, que, ignorando el misterioso encadenamiento de su historia, acepta el premio ofrecido á su heroicidad, y se casa con Yocasta, que es su madre.

La ciudad de Halicarnaso, patria de Herodoto, presencié un hecho muy conocido, que testifica los extremos á que puede llegar una mujer enamorada. En esta ciudad murió el rey de Caria, llamado Mausoleo, al que su mujer Artemisa dedicó el

sepulcro que llegó á ser una de las siete maravillas del mundo, y que también sirvió de tipo en las monedas, aunque no en las primitivas. En éstas, sin embargo, no faltan detalles que prueben las energías del sexo femenino de Halicarnaso.

Hacia el año 480 antes de J. C., Darío de Persia dió el gobierno de Halicarnaso, con el nombre de Déspota, á Ligdamis, el cual tenía una hija llamada Artemisa, que, dejando á su padre el solo título y la figura decorativa, asumió todas las demás funciones anejas á tan importante cargo. Por consecuencia de esto, al formarse la poderosa escuadra de Jerjes, la varonil Artemisa tomó el mando de una flota de cinco navios que, según testimonio de Herodoto, eran con los de Sidón los mejores y más bellos de la escuadra. No pararon en esto las energías de la hija de Ligdamis, sino que, apropiándose el mejor y más alto derecho de soberanía, mandó acuñar unas moneditas de plata, equivalentes é medio óbolo, y que pesan 45 centigramos, que tenían como tipo la parte delantera de un caballo alado y la de una especie de revezo. Ella sólo sabría la razón de grabar estos tipos; nosotros sólo sabemos que estas simpáticas moneditas constituyen uno de los caprichos más antiguos que legaron á la posteridad las doncellas de los tiempos heroicos.

La ciudad de Cnidos, edificada en parte sobre la tierra firme del Asia Menor y en parte sobre una isla que se comunicaba con el continente por un puente, empezó á acuñar moneda, bajo la dominación de los Persas, en el último tercio del siglo vi antes de nuestra Era. Siendo en esta ciudad tan extraordinario el culto de la diosa Afrodita, en cuyo templo se admiraba su famosa estatua, obra de Praxíteles, el tipo principal de sus monedas debería ser por necesidad la imágen de su celebérrima diosa.

Hay en estos tipos de Afrodita un detalle curiosísimo é interesante que no debe pasar inadvertido. Examinando con atención una serie de estas monedas, se puede ver la historia del peinado femenino en aquellos lejanos tiempos.

En las más antiguas, las trenzas de los lados rodean la cabeza, formando una especie de diadema: mas tarde estas trenzas aparecen rizadas y caen sueltas sobre el cuello de la diosa: después se recoge todo el cabello para atrás y forma un nudo que cuelga sobre la nuca: últimamente, uno de los rizos rodea la cabeza y el otro cae en bucles rizados sobre el cuello. Estos datos pueden servir de norma para que los aficionados á estas menudencias femeninas hicieran un tratado completo sobre el arte del peinado.

En la región helénica, que puede denominarse Grecia propia, abundan los tipos monetarios basados en historias ó fábulas, en las que interviene de una manera principal el sexo femenino. Entre los innumerables ejemplos que pueden citarse, llamaron la atención los tipos monetarios referentes á las ciudades Atenas y Megara Corinto, Mintinea y Lete.

Las célebres ciudades de Atenas y Megara graban casi constantemente en sus monedas la imagen de la diosa á que la primera debe su nombre, ó el símbolo de ella, que es la lechuza. En estos tipos, rara vez deja de verse la rama de olivo, que recuerda aquella disputa, habida durante el reinado de Cecrops entre Poseidón y la diosa Atenea. Ambos se disputaban la posesión de la ciudad, y los dioses decidieron que sería dueño de ella el que hiciera más útil regalo á sus habitantes. Poseidón les dió el caballo y Atenea el olivo: los dioses concedieron el triunfo á la segunda.

Sin el regalo del olivo, reunía Atenea más valiosas prendas para ser la predilecta del pueblo helénico. Lo era también del rey de los dioses, Júpiter ó Zeus, quien debía tenerla como la hija más mimada entre las innumerables que había engendrado. Zeus, traicionando á su legítima esposa Hera, se había procurado hijos de todo sér divino, semidivino y humano, que, satisfaciendo sus amorosos caprichos, se ponía al alcance de sus remos. Por esto le vemos asociarse primero á Metis, luego á Temis, y más tarde, á Munemosina: Deméter, Leto, Eurinome y Maía también caen bajo las redes de la pasión de Zeus, y

PERTENECE A LA
BIBLIOTECA DEL
MUSEO BARCELONÉS

para que nada faltase al poderoso rey de los dioses, también sufren las consecuencias de sus travesuras las encantadoras ninfas Egina, Calixto, Alcmena, Antíope, Leda, Europa y otras hermosuras que no eran ninfas ni diosas. Por esto, sin duda, cansado un día el padre Júpiter de tan molesto ajetreo, se fecunda á sí mismo, y al darle Vulcano un hachazo en la cabeza, sale de ella, á manera de descarga eléctrica, la virgen Atenea, radiante de luz y armada con todo género de armas.

Los griegos, cuya brillante y poderosa imaginación necesitaba el alimento continuo de acontecimientos tan misteriosos y poéticos, no es extraño que escogiesen para tipo de sus monedas la imagen ó el símbolo de la virgen Atenea, que efectivamente aparece en todas, ó como diosa adornada con casco, ó como símbolo de la prudencia (la lechuza) junto con una ramita de olivo.

Después de la victoria de Maratón, el casco de Atenea en las monedas es adornado con una corona de oliva, inaugurándose el nuevo tipo con la acuñación de un decadracma, del que sólo hicieron media docena de ejemplares. Es de notar en estas monedas que la sonrisa de la diosa disminuye á medida que corren los tiempos.

Corinto, celeberrima ciudad de la antigüedad, llamada por Homero *Epira*, y colocada entre dos mares, escogió para tipo de sus monedas el Beleforo ó Pegaso y la Quimera.

La fábula ó mito referente al Pegaso es uno de los más interesantes de la Grecia. El famoso héroe Perseo, por instigación de Atenea, vuela un día hasta Tártaro en busca de las hermanas Gorgonas: las encuentra dormidas y se dispone á cortar la cabeza á la más hermosa de las tres, que es Medusa; pero al ejecutar su idea ve, lleno de espanto, que de la cabeza cortada sale un caballo alado que, en raudo vuelo, cruza los espacios y desciende en la Acro-corinto con ánimo de apagar su sed en las aguas de la fuente Pirene. Beleforo, hijo del rey corintio Glauco, ve al caballo alado, desea su posesión y se acerca á él con intención de sorprenderle, apoderarse de él y

domarle; pero sus esfuerzos resultan vanos, pues el monstruo del aire huye velozmente.

Apesadumbrado el hijo del rey de Corintio, y persistiendo en su idea, pide consejo al divino Polyidos, que le dice vaya á pasar la noche al templo de Atenea. Cumplido el consejo, la diosa se le aparece en sueño, y le entrega un freno de oro, asegurándole que, previo el sacrificio de un toro blanco, el alado monstruo recibirá con docilidad el freno que la diosa le dedica, y en tal caso, puede disponer de él con omnímota potestad. El augurio se cumplió en todas sus partes, y no hay que decir las celebérrimas hazañas que Beleforo y Pegaso, íntimamente unidos, llevaron á cabo, entre las cuales resalta la muerte de la Quimera, terrible monstruo que por delante tenía figura de león, por en medio de cabra y por detrás de dragón, y cuando abría la boca vomitaba por ella torrentes de fuego.

La ciudad de Mantinea, célebre por la batalla habida en ella entre espartanos y tebanos, en la cual murió Epaminondas (362 antes de J. C.), tomó para tipo de sus monedas al oso, en recuerdo de la tradición arcadia, referente á la hermosa ninfa Calixto, la cual, perseguida por el fogosísimo Júpiter, que al fin la hizo madre de Arcas, tuvo además que sufrir la cólera de la mujer del perseguidor suyo, que la transformó en oso; medida cruel é injusta, que quizá haya dado lugar á un adagio castellano que, por demasiado conocido y experimentado, no es necesario repetir.

La ciudad de Lete, en Macedonia, es entre todas las antiguas de Grecia la que, olvidando por completo las leyes del pudor, emite monedas cuyos tipos representan variada serie de actos obscenos, cuya descripción debe omitirse en publicaciones cuyo fin es ilustrar sin ofender; baste saber que las escenas representadas tienen lugar entre sátiros, centauros, ménades y bacantes. Thasos y Orestes, poblaciones vecinas á Lete, abundan también en los mismos tipos.

En las antiguas monedas de Africa se ve también la influencia del sexo femenino para la formación de sus tipos. No

puede ser más entretenida y simpática la tradición en que se apoyan los tipos principales de la región cireneica, á saber: el *silphyum* y la ninfa Cirene. Era el *silphyum* una planta de tan maravillosas propiedades, que hubo un tiempo en que su valor se equiparaba al del oro, peso por peso. La Libia, país en que crecía con gran abundancia, era mirado por esta causa como el más rico del mundo africano.

La ninfa Cirene, hija de Hipseo, rey de los Lafites, en la Tesalia, guardaba los rebaños de su padre por las montañas y valles de Pelion. En igual ocupación que Cirene, había en aquella región otras muchas ninfas de rara hermosura, á todas las cuales entretenía el dios Apolo recreándolas con las dulcísimas melodías que de su lira arrancaba.

Estaba el país aquel cuajado de fieras que acechaban los descuidos de las bellísimas pastoras para arrebatarse algunas reses de los rebaños; por esto Apolo, al atardecer, solía acompañar á las ninfas que se retiraban, con el fin de que las fieras no clavarán su diente en algo más valioso que la carne de un corderillo.

Cierto día en que Apolo, colocado en un altozano, recreaba la comarca con los delicados sonos de su lira, un león de fiero aspecto entróse por entre el rebaño de Cirene y empezó á devorarlo con tan insania rabia, que hubiera rematado con él si la bella pastora, recogiendo el halda de sus vestidos, no entablara con él descomunal combate hasta dejarle, no sólo vencido, sino maltrecho.

Tan singular hazaña, presenciada por Apolo, fué causa, como no podía por menos, de que el dios de la lira se enamorase perdidamente de la heroína, á la que desde el mismo momento empezó á perseguir con el mismo afán que ella huía de la persecución; que es muy propio de doncellas pudorosas defender con la huída su honestidad, aunque el que la intenta manchar sea un dios que sea maestro en el divino arte de la música.

Huyendo Cirene de tan constante persecución, salió de la

Grecia, atravesó parte del Africa, y ya rendida y sin aliento, cayó desmayada al pie de un *silphyum*, en el país de Libia. Allí fué donde el enamorado Apolo la hizo madre de Aristeo, dándola después posesión de aquella comarca, tan rica en *silphyum*, la cual, por el nombre de Cirene, se llamó Cirenaica.

Respecto á los tipos monetarios de las ciudades antiguas de la Magna Grecia, se necesitaría un volumen grueso para describir, con la detención necesaria, las cien y cien historias de seres femeninos que han dado motivo á esos variados tipos que tanto hermocean estas piezas numismáticas.

Se ve en las de Catana una bellísima doncella alada, que representa á la ninfa Catana, que vuela por los espacios, llevando en sus manos una banda, con intención de ceñir con ella las sienes del vencedor en los juegos.

En las de Cumes; á la ninfa Cimé, comparada con la sibila de Cumes ó Ceifora. En las de Tarento, á Sátira, madre de Taras. En las de Segesta, á la ninfa Egesta, desposada con el río Crimisos, y madre de Segestos, el Alcestes de Virgilio.

Finalmente, en las monedas de Siracusa, imponderablemente bellas, se admira constantemente la imágen de Aretusa, aquella preciosa ninfa del cortejo de Diana que, perseguida por el furibundo cazador Alfeo, tuvo que ser convertida en fuente para esquivar los arrestos del perseguidor, el cual, no dándose por vencido, se convierte á su vez en acuosa corriente, y al fin junta sus aguas en el mar con las de su preferida fuente de la isla Ortygia.

Creo suficientes estos pocos datos para dar á entender cuán simpático é interesante es este estudio numismático, que aún está por hacer, y que, bien tratado, daría abundantes materiales para una obra de singular cultura, que probaría la sinrazón de los que creen que en la ciencia numismática todo es árido y seco, sin tener en cuenta que nada puede parecer frío ni seco, como nuestro cerebro y nuestro corazón tengan siempre viva la llama del entusiasmo.

IGNACIO CALVO

EL PROBLEMA CATALÁN

Y LA LENGUA CATALANA (1)

Señores: Decía no ha muchos días en el Senado, mi antiguo amigo D. Raimundo Abadal, al discutir la ley de Administración local, que cuando se advirtiera un peligro en el problema catalán debía señalarse concretamente, para poderse hacer cargo de él y discutir serenamente su alcance y el remedio posible, en el que todos estamos interesados, lo mismo los de acá que los de allá; y yo, que por razón de mi larga estancia en Cataluña, he tenido ocasión de seguir paso á paso el desarrollo del problema catalán en sus distintas fases; yo, que he sentido, no sé si bien ó mal, los peligros que encierra el extremado amor de los catalanes hacia su lengua; yo, que creo que el exceso en todo no puede ser bueno; yo, que creo, como lo creeréis vosotros mismos, que hay cariños que matan, y entiendo que uno de esos cariños lo constituye la exaltación del amor que los catalanes tienen á su lengua, yo vengo á advertiros, con toda lealtad y nobleza, cuáles son las consecuencias posibles de ese exagerado amor, porque yo no quisiera en manera alguna que las corrientes de desafección que existen entre Cataluña y el resto de España crecieran, por culpa de unos y de otros, y se levantara entre los límites de la región catalana una barrera infranqueable, una frontera moral que nos llevara á una sepa-

(1) Conferencia leída en el Ateneo Científico, Artístico y Literario, en la tarde del 17 de Febrero de este año.

ración más grave y más trascendental que la que pudiera resultar de la constitución en Cataluña de una nacionalidad independiente en absoluto, que no conservara con el Estado español ni siquiera los vínculos de una federación. Por esta consideración fundamentalísima, por esta invitación que desde la tribuna parlamentaria lanzaba el Sr. Abadal, y que yo me he creído en el deber de recoger, aunque iba, al parecer, dirigida tan sólo á los señores senadores, me permito el atrevimiento inaudito de venir á ocupar esta tribuna, que tantos y tantos respetos me ha inspirado en los largos años que pasé en esos escaños, escuchando religiosamente la palabra de tantos y tantos varones ilustres como la ocuparon, y á los cuales rindo en este momento el tributo de la admiración que siente el humilde discípulo ante los que han sido y son sus maestros.

*
* *

Entre las reivindicaciones que persigue Cataluña para vigorizar su personalidad, aparece siempre, como habréis tenido ocasión de observar, la de la lengua. En las famosas Bases de Manresa, en las que se concretó el pensamiento del nacionalismo catalán, ya se reclamaba en primer término la autonomía de la lengua catalana y el derecho consiguiente á su empleo en todas las manifestaciones de la vida pública del pueblo catalán; y aunque tales Bases parecen haber quedado relegadas á un segundo término ante las actuales aspiraciones del catalanismo en todos sus matices, la reivindicación de la lengua sigue siendo el credo común en que comulgan todos los distintos partidos políticos que se agruparon en aquella extraña conjunción que se llamó la solidaridad catalana, y que yo no sé á ciencia cierta si existe todavía en realidad ó si es ya no más que una mera apariencia, á pesar del triunfo obtenido en Sabadell. ¿Queréis convenceros de que esta reivindicación sigue siendo la aspiración primera del credo catalanista? Pues me vais á permitir que os lea lo que al azar encontré en

la colección de *La Veu de Catalunya*, al buscar unos datos que necesitaba para otro trabajo que traía entre manos; y observad, que esto que os voy á leer ha sido escrito en el espacio de unos diez días, lo cual quiere decir que constituye una verdadera obsesión entre los catalanistas; porque si de propósito hubiera registrado la colección entera de dicho periódico y la de su colega *El Poble Catalá*, os podría estar leyendo horas enteras textos análogos á los que ahora vais á escuchar.

La Veu.—Núm. 3.426: lunes 2 Nov. 1908, ed. tarde.—*Políticos*.—Contestando á D. Antonio Cartón, por un artículo publicado en *El Liberal* de Madrid, dice: «Toda nuestra fuerza está en nuestra lengua; ella sola explica nuestra nacionalidad. Es preciso, pues, no reducir su dominio ni particularizar su uso. Nuestro verbo es la expresión de nuestro sentir y de nuestro querer. Debe hacerse triunfar nuestra lengua, que es mucho más que una sencilla curiosidad literaria, como algunos suponen.»

— Núm. 3.430: viernes 6 Nov. 1908, ed. tarde.—*Políticas*.—*Nuestra lengua*.—Contestando á Unamuno, dice: «La cuestión de las lenguas no es una cuestión de territorio ni de provecho material; es alguna cosa más para vosotros. Es actualmente el verbo de nuestro resurgimiento que responde á toda nuestra tradición. Hablamos de Nacionalidad y de Hegemonía, y lo primero que necesitamos para hacer efectivos estos ideales es el prestigio y la fuerza, «hasta dominadora, si es preciso», de nuestra lengua.—No piensen que querremos nunca reducirla á los límites estrechos de un habla familiar. Nosotros queremos que el catalán sea admitido en el comercio de las lenguas mundiales. Será la fuerza de nuestro valer la que nos dé esto. Y esa fuerza no nos falta.»

— *Políticas*.—Regionalismo literario.—Contestando á un periódico de Madrid, dice: «Todo el mundo sabe que ha sido un obstáculo para nuestros ideales de hoy la excesiva comunicación entre el castellano y el catalán; todo el mundo sabe que, á pesar de este gravísimo inconveniente, nosotros hemos

dejado á un lado el deseo imperialista de imponer nuestro lenguaje, y en castellano hemos predicado nuestras ideas y en castellano hemos entonado himnos á Cataluña, y hemos cantado las glorias de nuestros artistas y de nuestros hombres de ciencia para que así se escampase y fructificase nuestra obra.»

— Núm. 3.435: jueves 12 Nov. 1908, ed. mañana.—*¿Dónde estamos?* (José Aladern.)—«Cataluña ya dentro del Estado español tiene tres puntos capitales que reivindicar: la Lengua, el Derecho, la Administración. Una vez en posesión de la oficialidad de su lengua, una vez conocido y aplaudido su derecho propio y una vez la administración de sus intereses en manos de corporaciones bien suyas, reiros de coronas y gorros frigos; dejad que España continúe constituida monárquicamente como hasta ahora, ó dejad que cuando puedan se den un gobierno republicano. Son luchas éstas que no deben interesarnos más que en segundo término.»

Ahora bien: este resurgimiento de la lengua catalana, que siempre se ha hablado en Cataluña, tiene dos manifestaciones diversas, que responden, sin embargo, á un mismo impulso. Una de ellas es la expansión de la lengua, y la otra es la restauración; la primera pretende romper el círculo en que hasta aquí se ha desarrollado; la segunda pretende modificarla y transformarla de un modo radical.

*
* *

La expansión parece que ha de alcanzar el máximum de su desarrollo el día que la autonomía provincial y municipal sea un hecho, por virtud de la aprobación de la ley de Administración local, pero en la actualidad ya se ha conseguido bastante; porque Barcelona, que por espacio de muchos años no tuvo ni un solo periódico diario escrito en catalán, cuenta hoy con los que ya conocéis, y de los que os he hablado ya: *La Veu de Catalunya* y el *Poble Catalá*; Barcelona, que no tuvo nunca escuelas catalanas, ni oficiales ni particulares, tiene ya sus escuelas, en

las que se da la enseñanza en catalán, y aspira, el día en que consiga la aprobación de su presupuesto de cultura, á aumentar el número de las tales escuelas; Barcelona, que no empleaba la lengua catalana ni en las deliberaciones de su Municipio, ni en las de la Diputación provincial, emplea constantemente en uno y otro su lengua regional; y esta lengua, que por excepción se oía alguna vez en el Ateneo Barcelonés, hoy es en esa corporación de uso tan constante, que apenas si desde su cátedra ni desde sus escaños se emplea otra lengua que la catalana. Igualmente sucede en la Academia de Jurisprudencia. Y hasta en el Colegio de Abogados somos poquísimos los que hablamos castellano en las reuniones que en el mismo se celebran; y esto, hasta el extremo de que cuando cualquiera de los abogados catalanes que no pertenecen al grupo de los exaltados empieza á hablar en castellano, tiene que dejarlo y ha de acabar hablando en catalán, porque de una y otra parte del salón salen voces que le invitan con insistencia á que *parle en catalá*.

La expansión de la lengua en la literatura ha adquirido un gran desarrollo también; y en los tiempos actuales puede formarse ya sin gran dificultad una biblioteca contemporánea catalana no muy grande, fuera de lo puramente literario, porque aquí la expansión tiene un aspecto económico interesante que pone cierto límite á los entusiasmos expansivos. El libro catalán cuesta dinero, y el libro catalán, salvo contadísimas excepciones, no produce lo necesario para costear su impresión; lo cual no ha de extrañaros por dos consideraciones sencillísimas: la primera, es que otro tanto pasa en el resto de España con la inmensa mayoría de los libros que se publican en castellano, y eso que el mercado de Castilla es vastísimo en comparación del reducido de Cataluña; y la segunda, es que vosotros sabéis muy bien, y no he de repetíroslo ahora, porque se ha dicho recientemente en todos los tonos, que no son las provincias catalanas las que menos analfabetos tienen, y esto ha de ser un obstáculo grande para la expansión del libro. Pero, en fin, lo cierto es que se publican libros en catalán, por virtud

de ese empeño en dar expansión á la lengua; sólo que esos libros necesitan una condición previa de vida, que consiste en que el que lo escribe tenga dinero y no le preocupe la venta, ó que haya quien le facilite los medios para ello. Ahora mismo, un buen amigo mío, persona cultísima, de gran ilustración, y cuyo nombre todos vosotros conocéis de seguro, está escribiendo una obra importantísima en catalán, porque hay quien anticipadamente se la paga y costea la edición.

Pero el caso más curioso que yo puedo señalaros de lo artificial que es este desarrollo literario, os lo voy á indicar, porque vale la pena de conocerlo. Todos vosotros sabéis que recientemente la intelectualidad catalana ha celebrado un homenaje al gran maestro de literatura, el insigne Milá y Fontanals, gloria no sólo catalana, sino nacional. Y uno de los medios de honrar al ilustre maestro que discurrió la comisión encargada de esta tarea, consistió en la publicación de sus obras catalanas. Son éstas pocas, porque el insigne catedrático apenas si escribió en su lengua materna. Pues bien: la comisión recorrió gran número de casas editoriales sin encontrar quien quisiera hacer por su cuenta la edición del libro, porque alegaban, y con razón, que aquello no se vendería; y por fin, hubo un editor que dijo que él se encargaría gustoso de la empresa, siempre que antes de proceder á la tirada se adquiriese con él el compromiso de comprarle el número de ejemplares suficientes para cubrir los gastos. ¡Y así se publicaron las obras del insigne maestro!

La expansión de la lengua se ha llevado también á los estudios superiores, y á eso obedece la creación de los *Estudis Universitaris Catalanis*. Yo no sé, porque ignoro el pensamiento de los patrocinadores del movimiento, si los *Estudis Universitaris* van á servir de base á una Universidad libre catalana, ó si se aspira á que se identifiquen, andando el tiempo, con la Universidad oficial de Barcelona. Si lo primero, parece que el dualismo en la enseñanza universitaria creará antagonismos y rivalidades de tal naturaleza, que más serviría

para reavivar odios y pasiones mal adormecidas que para favorecer la cultura; y la Universidad Catalana luchará siempre con desventaja contra la Universidad oficial de Barcelona, si no se reconoce á la primera la colación de grados con valor académico. Y si se llega á esto, tened por seguro que la segunda morirá por consunción, porque los catalanes no pondrán los pies en ésta, y los castellanos que á ella acudan serán cada vez menos. Por de contado, que si llega á fundarse la Universidad Catalana con carácter oficial, la enseñanza habrá de darse en ella en catalán.

Ya se indicó esto hace tiempo en un famoso Congreso universitario que se celebró en Barcelona hace años, presidido por uno de los que pertenecen al grupo de los llamados *reconsagrats*, el Dr. Martí y Juliá, en cuyas conclusiones se decía, con respecto al Profesorado, lo siguiente: «La Universidad Catalana procurará que todos sus profesores sean catalanes. Admitirá también profesores extranjeros de reconocida competencia; y los que no sean catalanes ni extranjeros (fijaos bien en esto) habrán de naturalizarse en Cataluña.» Y yo, que por entonces había, á instigación de algunos amigos, planteado en el Ateneo Barcelonés un debate sobre el derecho de asociación, al discutirse por incidencia el catalanismo y las antedichas conclusiones del Congreso Universitario, decía lo que estoy dispuesto á cumplir, si aquellas ó parecidas conclusiones sirven de base á la futura Universidad Catalana.

«Yo, señores, que he venido á Barcelona por amor á esta tierra, porque en ella tengo familia y en ella han nacido algunos de mis hijos, y es para mí sagrada porque en su seno duermen el sueño eterno las cenizas de mi santa madre; yo, que no soy ni he sido otra cosa que catedrático, el día en que se fundara la Universidad Catalana, y para continuar en la misma hubiera de naturalizarme en Cataluña renegando de mi patria, antes que pasar por humillación semejante abandonaré esta tierra, y si no tenía medios para ello, con mi mujer y mis hijos cruzaría la Rambla pidiendo limosna para repatriarme.»

También se ha intentado, y se sigue trabajando con escaso éxito, en la expansión del catalán dentro de la vida comercial, y á este efecto se ha querido que los anuncios, muestras y rótulos de las tiendas y almacenes se escriban en catalán; pero el comercio y la industria se han resistido, con éxito hasta ahora, y no han consentido semejante transformación. Por excepción, y en escasísimo número, se ven algunos comercios en los que rótulos, anuncios y letreros están en catalán. Pero lo que no se ha conseguido de los comerciantes lo ha hecho el Municipio barcelonés con los rótulos de las calles; y aunque hoy por hoy los rótulos son bilingües, y se concede al castellano el honor de figurar en primer término en el doble letrero de la calle, plaza ó paseo, si la expansión sigue acentuándose en el sentido iniciado por los restauradores de la lengua catalana, no hemos de tardar mucho tiempo en ver cómo desaparecen los rótulos castellanos para quedar solos los catalanes. Por supuesto que la traducción no está justificada en la mayor parte de los casos, porque entiendo yo que no valía la pena de gastar el dinero de Barcelona, cuando á tantas otras cosas más apremiantes hay que atender, en poner al lado del letrero que dice calle de Claris, calle de Aragón; calle de Valencia, etc.; carrer de Claris, carrer de Aragón; carrer de Valencia, etc. Pero como por lo visto el pensamiento de la reforma en este punto era más trascendental de lo que de primera intención pudiera suponerse, ha habido calles en las que la traducción deja de serlo, para convertirse en una interpretación originalísima. Así, por ejemplo, la calle de Lauria se llama en catalán carrer de En Roger de Lluria; la plaza de Urquinaona, plassa del Bisbe Urquinaona, y la calle de las Cortes, carrer de las Corts Catalanas, sin duda para que no haya nadie que pueda suponer, ni remotamente siquiera, que aquella hermosísima Gran Vía, orgullo del magnífico ensanche de Barcelona, pudo estar dedicada al Parlamento español. Me diréis que todo esto son nimiedades, y es verdad; pero todas estas nimiedades son reveladoras de un pensamiento oculto, que

conviene sacar á luz para que se sepa adónde van y qué es lo que se proponen los autores de este movimiento expansivo. Y, ahora, paraos á reflexionar un momento conmigo en esta pequeña consideración que se me ocurre. Indudablemente, la traducción de los nombres de las calles se ha hecho para los catalanes que no conocen el castellano; pero es el caso que hasta ahora en Cataluña todos los que saben leer y escribir han aprendido á leer y escribir en castellano, y, por consiguiente, para esos es innecesaria la traducción, y más innecesaria es todavía para los que no saben leer, porque para esos sobran los letreros.

Y para terminar con esta materia relativa á la expansión de la lengua os haré observar que á este afán expansivo de la lengua obedeció, sin duda alguna, el discurso en catalán que el alcalde interino de Barcelona, Sr. Puig Alfonso, pronunció delante del Monarca en su última visita á aquella ciudad, así como la innovación, también introducida por el mismo, de publicar los bandos municipales á dos columnas, una en castellano y otra en catalán.

Y dejemos ya esta materia de la expansión para dedicarnos un rato á la restauración de la lengua.

LORENZO BENITO,
Profesor en la Universidad de Barcelona.

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Por los teatros.—*Por las nubes*, de Jacinto Benavente.—*El caballero Lobo*, por D. Manuel Linares Rivas.—*El salón de Aquiles*, de Manuel Bueno.—*Los gemelos* (*Menechmi*, de Plauto, arreglados por Tristán Bernad y adaptados á nuestra escena por Antonio Palomero).

Lo flexible y vario del ingenio dramático de Jacinto Benavente se aprecia bien comparando obras de tan elevada idealidad como *La princesa Bebé*, *Los intereses creados* y *La fuerza bruta*, con esta otra titulada *Por las nubes* que hemos visto esta temporada en Lara, y donde la fuerza ideal de las almas, atada por mil minúsculos lazos de interés, como Gulliver por los liliputienses, apenas puede levantar el vuelo. *Por las nubes* me ha parecido un título irónico. No anda por las nubes la acción de esta comedia, sino bien *tèrre à tèrre*, ó bien pegada al suelo, para que no se enfade Cavia si escribimos algunas palabras en francés.

El drama que hay en esta obra, porque drama positivo hay, aunque sea uno de esos dramas opacos y grises, cuya modestia les perjudica en el concepto de los públicos, es un drama de contabilidad, relacionado con el precio que alcanzan en el mercado los artículos de comer, beber y arder, y con las exigencias de los sastres, caseros y otros sujetos que perturban el sueño de la gente necesitada. Es un drama triste y deprimente del ánimo, porque su origen no está en el huracán de la pasión, sino en cosas prosaicas y mezquinas, pero que son ¡ay! indis-

pensables para la vida. Euménides de menor cuantía, que nos atormentan sin dignidad y sin darnos derecho á que ensayemos delante de ellas la máscara trágica, sino que, al contrario, parece que nos empequeñecen el empíritu y los dramas que en él siembran. Tan crueles son, que, no contentas con atormentarnos, nos ponen en ridículo.

Este drama es el drama de la clase média, y el dramaturgo lo ha observado con penetrante mirada. Es, como digo, un drama pobre, de una tristeza borrosa, más triste todavía que la de los grandes conflictos, porque hasta estéticamente hace mal papel. El nudo de ese drama es la escasez de recursos de una clase obligada, por ciertos hábitos y conveniencias sociales muy poderosas, á vivir con apariencias de holgura, á gastar en representación lo que no tiene. De la desproporción entre la causa y los efectos, entre este fin de representación y apariencia y los sacrificios que impone, surge el aspecto cómico que ofrecen estos conflictos hasta cuando se tratan y exponen más en serio. Lo cómico no razona. En este caso desconoce y no se entera de la inmensa fuerza que tienen los hábitos y preocupaciones sociales. Parece que la clase media hace una majadería y una ridiculez al vivir con cierto boato ó apariencia de él, y, sin embargo, responde á una necesidad social, á una imposición de las costumbres que no le es dado derogar en un momento. Pero el hecho es que morir de hambre es una cosa trágica, y deber al sastre ó al casero, á nadie que lo ve por fuera le parece trágico, aunque lo pueda ser en el interior de quien se encuentre en esos apuros. Para los demás es cosa que se presta á chistes y cuchufletas. Esto tiene de terrible sobre sus propios males ese drama de la clase media que ha llevado al teatro Benavente, que es un drama que se presta al ridículo, un drama condenado á ser pasto de los autores del género chico y de los articulistas de costumbres, como dice uno de los personajes de *Por las nubes*.

El asunto de esta obra guarda cierta relación con el de *Las de Cain*, aunque sea muy distinta la manera de tratarlo.

Es otra faceta del problema matrimonial la que considera Benavente, pero el problema del matrimonio es el asunto de ambas obras. Los Quintero, limitándose á ser observadores, sin trascendencia ni filosofía, han presentado en cómico, con aмена ligereza, las dificultades de la caza del marido para las jóvenes maridables. Benavente ha presentado en serio las miserias de la vida conyugal desde el punto de vista crematístico; la dificultad de cazar los garbanzos ó el pan nuestro de cada día, dificultad tan grande ó mayor que la de cazar maridos, y estrechamente relacionada con ella dentro de la trabazón de las causas morales y económicas, que hacen que el precio de los artículos de primera necesidad y aun de los artículos superfluos influya en la estadística de los matrimonios.

Todo el ingenio y toda la aguda vis humorista de Benavente se necesitan para que no abruma y fatigue este asunto, ese drama, de una tristeza turbia y desairada, que no levanta el espíritu ni lo agita con bruscas sacudidas, y que es muy propio para malhumorar á los espectadores, recordándoles sus propias inquietudes domésticas, humillantes y nada estéticas, porque hay dolores que tienen la inhumana agravación de hacer reir al vulgo.

El personaje principal de la obra quiere casarse, y no puede. Si se casa, deja de ser el sostén de su familia, de su madre y su hermana. ¿Qué hacer? En este conflicto se le ocurre casarse y emigrar á América; pero la novia se resiste á abandonar á su madre, y él, desengañado, se va solo á probar fortuna, á conquistar el derecho á la vida y al amor. La idealidad que falta en el primer acto de la comedia, reducido á la exposición de las pequeñas miserias conyugales, apunta en el segundo con el brote de individualismo y el anhelo de emancipación, que supone la resolución del protagonista; pero aunque él se asome al ideal, los demás no le acompañan, y el desenlace vuelve á caer á ras del suelo, del sentido práctico, de los pequeños intereses y la prudencia encogida y cautelosa. Si la novia hubiera acompañado al protagonista en su aven-

tura ultramarina, que en estos tiempos de trasatlánticos y comunicaciones rápidas no es tan grande aventura, máxime cuando en América le espera al emigrante un buen destino, la fuerza divina del amor hubiese dorado con un resplandor de aurora el fin de esta comedia triste, de sentimientos tímidos y recelosos. Da gana de encararse con los personajes, y recordarles aquella profunda sentencia, donde está la clave de la conducta: «Buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura.» El reino de Dios puede ser muchas cosas: el deber, el amor, la aspiración, el fin principal que en cada caso nos proponemos. Amad—habría que decirles,—y el amor endulzará vuestras escaseces y os dará ánimo para luchar con ellas á brazo partido y vencerlas. Pero si pensáis demasiado en el recibo del casero, no conseguiréis ni siquiera ingeniaros para pagarle. No hay que culpar al dramaturgo de la pequeñez y el encogimiento de los personajes. No los ha hecho él, se los ha dado la vida, donde pululan.

*
*
*

El caballero lobo, de D. Manuel Linares Rivas, obra estrenada en el teatro Español, debe considerarse como un capricho literario de un autor reputado, que ha querido demostrar que sabe jugar con los símbolos y el ingenio, hacer obra de poeta y de pensador más que de dramaturgo. Este apólogo dramático, esta fábula de bestias, que son símbolos de pasiones y sentimientos humanos, es una de esas obras que no están llamadas á engendrar género; que serán siempre en un autor y en una literatura una excepción y un pasatiempo; que se defienden, en fin, con la novedad y el ingenio, pero que no son en modo alguno una forma de dramatizar más perfecta que la corriente, ó sea, la representación directa de los sentimientos y pasiones del hombre en su natural asiento, que son los individuos humanos. Estas obras excitan más curiosidad que interés, y el interés que provocan es un interés literario, distinto

é inferior á aquel interés humano sin apellidos de literatura que nos infunde emociones hondas y verdaderas. La razón de esto consiste en que el interés artístico está basado en la simpatía, en la proximidad entre las representaciones estéticas y nuestra propia vida espiritual. El drama ó la novela que más nos interesaría, sería nuestra propia novela ó nuestro propio drama, si hubiese literato que lo escribiese, y de hecho ponen los literatos en sus obras mucha parte de ese drama ó esa novela suyos. En defecto de esto, nos interesan los personajes de apariencia real y viviente, menos que ellos los simbólicos, y menos todavía las bestias, por ser más simbólicas todavía como personajes literarios, dentro del carácter del apólogo en cualquiera de sus formas, y siempre más lejanas de nosotros, aunque se les tome como personajes directos y no como máscaras ó representaciones de sentimientos humanos. El más y el menos del interés literario se gradúa por una relación de proximidad á nosotros, de *proximidad* podría decirse, si no fuera tan mal sonante el neologismo. Nos interesan más los que son más prójimos nuestros, los que están más cercanos á lo que sentimos. El arte, en resumen, es, como sostiene Tolstoi, el medio de transmitir y comunicar ciertos sentimientos.

Todavía, para la curiosidad insaciable del hombre moderno, que todo lo escudriña y se mete en todo, las bestias verdaderas, como las ha querido presentar Rudyard Kipling, pueden ofrecer cierto interés. Asomarse á estas almas oscuras, toscas é inferiores, ofrece la novedad de penetrar en un reino de tinieblas y de ensueño donde percibimos un lejano y borroso latido ancestral. Claro que estos sondeos en el alma de las bestias son puramente fantásticos, son la pretensión de una cosa imposible; pero jugar con lo imposible es una voluptuosidad para los espíritus curiosos. Aparte de esto, y suponiendo otro imposible, es seguro que si los animales pudieran leer á Kipling, no saldrían de su apoteosis, ni se conocerían á sí mismos, y se echarían á reír para sus adentros, ya que la risa de dientes afuera es uno de los atributos humanos, ó tal vez lo

tomarían á mal y se apresurían á refutarle. Pero las bestias falsificadas del apólogo, que no son tales bestias, sino sentimientos humanos disfrazados con pieles de animales, como los personajes de *El caballero lobo*, han decaído mucho en nuestro interés; nos parecen algo primitivo é infantil.

Desde que hay libertad para decirlo todo, el apólogo ha perdido su razón de ser. En el teatro sólo puede llamar la atención por la rareza ó por el atractivo de la indumentaria, y á lo sumo, si nos empeñamos en buscar causas espirituales, porque ofrece el medio de presentar más claro y transparente el simbolismo, desprendiéndole de lo que queda de concreto é individual en cualquier personaje humano, por genérico ó abstracto que sea. En este sentido, los animales dramáticos son símbolos que andan solos ó casi solos por la escena, y se parecen bajo tal concepto á los personajes abstractos de los *Autos sacramentales*. Pero es muy discutible que los símbolos ganen con presentarse desnudos ó enseñando las carnes debajo de la piel de un lobo ó de una zorra, ó de la zalea de una cordera. Precisamente, la ventaja de los símbolos consiste en el misterio y en la indecisión, en prestarse á todas las interpretaciones.

Dentro de las dificultades de este género de obras, que es verdaderamente arriesgado, y mucho más ante públicos no muy cultos, Linares ha hecho una comedia, muy estimable literariamente, que acredita su cultura é ingenio. El primer acto es pesado y lánguido; pero en el segundo, el ingenio y la profundidad de algunos pensamientos caldean la comedia, y el triunfo de la dulzura femenil, representado por la cordera, pone un bello remate á esta obra simbólica, y estampa una moraleja muy aplicable á las relaciones entre el varón y la mujer. El Sr. Linares aconseja mucho mejor y más discretamente á las mujeres que los apologistas del feminismo.

*
* *

El hermoso drama de Manuel Bueno, *El talón de Aquiles*, que ha pasado rápidamente entre aplausos por la escena del Español, merecía un éxito mayor ó más duradero que el que ha obtenido. Espero que ésta es una de esas obras llamadas á resucitar en la escena, donde apenas ha hecho más que nacer. Cuando Manuel Bueno, que tiene todas las condiciones precisas para ser un gran autor dramático, escriba otra obra, que acaso no será mejor, pero sí más estruendosa ó más propia para agitar las fibras de los sentimientos comunes, una de esas obras que llegan en el momento propicio y dan el triunfo y la personalidad definitivos en la escena, *El talón de Aquiles* reaparecerá, y en él verán las gentes muchas cosas y muchos rasgos de enérgica belleza, que acaso no han visto ahora con suficiente claridad. La fama indiscutida de los autores en un determinado género aclara mucho la vista de los públicos y de los críticos. Así han resucitado muchas ó algunas obras de Benavente, anteriores á la gloria, á su consagración definitiva de gran autor dramático, y que acaso no llamaron más la atención que *El talón de Aquiles*, y puede que ni tanto.

Es un drama el de Bueno que funde dos cosas difíciles de conciliar en el teatro y en todos los géneros de la literatura: un enérgico é intenso realismo que sabe arrancar los velos á la verdad en el momento decisivo, y una noble y elevada consecuencia moral. La moral es mucho más fuerte de lo que nos figuramos, y hasta los que sienten cierta desconfianza hacia ella, y consideran sus variaciones en pueblos, climas y tiempos diferentes, y al compararla con la fuerza triunfal y dionisiaca de las pasiones la encuentran algo enteca, como tal vez le ocurre á Manuel Bueno, no pueden menos de rendirla alguna vez un homenaje literario, que suele ser más exquisito y valioso que los de aquellos que á diario la cortejan, ensalzan y adulan, á veces sin pizca de convicción, con flatulencia retórica.

El amor á los hijos es el sentimiento redentor en la comedia de Manuel Bueno. Ese es *El talón de Aquiles*, el punto vul-

erable por donde la ternura y el perdón penetran en las almas desavenidas ó enemistadas. ¡Noble y verídica filosofía! Los hijos son los verdaderos dioses domésticos, los conservadores del hogar; ellos son los lares, y no los antepasados, como creían los antiguos. Los padres tienen más motivos para amar á los hijos que los hijos á los padres. Al traerlos á la vida sin su consentimiento, han contraído con ellos una terrible obligación. Los padres son los deudores, y no los hijos, porque la vida no es un bien. Por eso el amor paternal tiene una honda raíz metafísica. Los padres aman más á los hijos que los hijos á los padres; y presintiéndolo así los fundadores de religiones y los moralistas, no han dicho á los padres: amarás á tus hijos, sino á los hijos: honrarás y amarás á tus padres. Sabían que los padres, en razón á su deuda metafísica, á ese terrible dón de la vida, tenían que amar forzosamente á los hijos.

En la comedia de Bueno, el amor á los hijos salva á un matrimonio, desunido por el adulterio del esposo, y á pique de naufragar definitivamente por la tentación del adulterio en la mujer. Pero con ser ésta la conclusión adonde va á parar el argumento y donde se condensa el sentido de la obra, todavía tiene mayor relieve, por lo que toca á la ejecución artística, el episodio que forma el acto segundo. Hay en ese acto un verdadero drama, de esos callados y punzantes que no alborotan ni tiñen de sangre la crónica callejera, pero que hacen sangrar las almas. Un hombre, distinguido, inteligente, que tiene una posición social, no ha encontrado en su hogar, ó no ha sabido encenderlo, el calor del afecto amoroso. Encuentra una mujer venal; la eleva, la idealiza. El capricho sensual que le inspiró aquella hembra toma visos de amor. Aquel hombre desciende de su esfera; soporta promiscuidades y confianzas de la familia grotesca ú odiosa de su daifa. El amor le inspira una indulgencia compasiva, que le pone en ridículo y le hace decaer en el concepto de las gentes. Y un día descubre que aquella mujer, á quien él juzgó enamorada y agradecida, á quien vistió de ilusión, y cuyo pasado olvidó, juzgándola una

víctima de las tormentas de la vida, se la pega soezmente con un tipo despreciable, con un chulo, hacia quien la atrae la común bajeza de origen y de aficiones. Este drama, tan real y frecuente, encierra el segundo acto de la comedia de Bueno, é imprime en ella la garra del león, la huella de un verdadero dramaturgo.

*
*
*

Si en los carteles de la Comedia no se hubiese advertido que *Los gemelos* eran los *Menechmi* de Plauto, arreglados por Tristán Bernard y adaptados á nuestra escena por Antonio Palomero, hubiera podido creerse sin inconveniente, al verlos representar, que asistíamos á una obra de Miguel Echegaray ó de Ramos Carrión ó al arreglo de algún vaudeville de París. Palomero, que en su donoso prólogo nos aseguró no saber latín, tiene por su cultura y por su fino y depurado gusto, mucho más espíritu de humanista que algunos que conocen la lengua del Lacio, y hasta podrían escribir en latín más ó menos macarrónico. Pero aunque haya traducido los *Menechmi* y los haya comparado con el arreglo de Tristán Bernard, *Los gemelos* no son los *Menechmi*. Estos disfraces á la moderna de las obras clásicas las desnaturalizan por completo. Son algo semejante á hacerse un chaquet de una vieja casulla de tisú, ó vestir de frac y chistera á la estatua de un efebo griego. ¿Qué queda de Plauto en el arreglo de Bernard? La intriga, el argumento, lo que no era de Plauto, ó era lo menos de Plauto, que acaso lo había tomado de los griegos. Lo que distingue á Plauto es la gracia grosera y trevida, pero fresca y juguetona, la feliz observación de los tipos y costumbres. Las vicisitudes de su vida le habían dado una experiencia de la plebe semejante á la de nuestro Cervantes. Traslada su obra á los tiempos modernos, sirve para demostrar la antigüedad del vaudeville, y para que algunos se enteren de que hubo un antiguo dramaturgo latino que se llamó Plauto, y entren en curiosidad de adquirir algunas noticias acerca de este remoto an-

tecesor de Arniches y López Silva. Indudablemente hay obras que sirven para menos. Pero si á los *Menechmi* se les quita su encanto arcaico, su ambiente de antigüedad, su patina del tiempo, como sucede en el arreglo de Bernard, quedan reducidos á una comedia de brocha gorda, basada en que los dos hermanos vistan de la misma manera y lleven barba corrida. Si uno se afeita ó cambia de traje, ¡adiós, comedia!

Estos arreglos no tienen otro valor que el de una humorada literaria. Si la cultura del público y la capacidad de las empresas lo permitiesen, deberían representarse por partida doble. Tras el arreglo ó antes del arreglo, la obra original con su ambiente de época. De este modo mostrarían cómo se puede sacar de una comedia antigua una comedia moderna, y nos ayudarían á interpretar y á comprender el teatro antiguo, viendo lo que tiene dentro.

Lo que hubo de triunfo en la representación de *Los gemelos*, no fué de Plauto, sino de Palomero. Plauto quedó en reputación de un regular vaudevillista, cosa injusta y poco satisfactoria para un clásico; Palomero, con su ingeniosa conferencia, modelo de lo que deben ser estas pláticas de teatro, llena de amenidad, de ligereza, de agudo donaire, de sagaz comprensión de las cosas y de clara y ágil exposición, hizo las delicias del concurso y venció los escollos que ofrecen estas novedades. La fortuna de esta conferencia tentará á los imitadores. Ese es el peligro de todo lo original á quien sonríe el éxito.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

LITERATURA: Octavio Mirbeau.—Los humoristas franceses contemporáneos.—FEMINISMO: Las amigas del hombre.—CRÍTICA: Insistiendo: sudexpreso, verificadores.—DERECHO CANÓNICO: Lo que cuesta ser santo.—IMPRESIONES Y NOTAS: Napoleón tratado á puntapiés.—Amos y criados.—Lo que han variado de un siglo á otro los convites de los reyes.—Sardou y el ocultismo.

LITERATURA

OCTAVIO MIRBEAU.—Dice en *La Revue* Nicolás Segur que la literatura de fines del siglo XIX parecerá á las generaciones futuras un plantel de orquídeas singulares, empolvadas y enfermizas. Todo el movimiento romántico, desde sus orígenes, está dominado por no sé qué deseo de violencia, por el gusto de lo raro, por la exageración de los instintos enérgicos y ásperos. Ya Chateaubriand, y sobre todo, Byron y Hugo, buscaban desesperadamente emociones nuevas que pudieran despertar y galvanizar sus gastados y saciados sentidos; pero, sobre todo, en los últimos cincuenta años, esa busca de grandes sacudidas, esa necesidad enfermiza de originalidad, creció y se desvió con signos alarmantes; la vaga tendencia á los contrastes; el interés por naturalezas monstruosas que caracterizan á Víctor Hugo; el impulso místico que tanto agradaba á Chateaubriand; la ternura por la energía y el crimen, propia del temperamento de Stendhal, se hicieron elementos prepon-

derantes de la estética moderna, y con diversos nombres, la manía de lo anormal invadió la literatura. En Baudelaire, Barbey d'Aurevilly y Villiers de l'Isle Adam, el deseo extravagante de asombrar é interesar á sus contemporáneos provocó la exaltación de las pasiones refinadas, la curiosidad malsana del sacrilegio, la tendencia á reavivar el placer por la idea del pecado. En Gustavo Flaubert domina el elemento pesimista, produciendo una especie de hipocondría literaria; y como el apetito se embotaba cada vez más—Segur ni siquiera menciona á Zola, lo que no deja de ser extraño en este proceso,—la busca de la novedad se hizo más inquieta y febril, se hizo misticismo sacrílego en Verlaine, satanismo suntuoso y embalsamado de incienso en Huysmans, curiosidad aguda por los amores exóticos en Loti, exaltación morosa por la voluptuosidad, la sangre y la muerte en Barrés.

Pero jamás quizá los arreboles descompuestos y delincuentes del poniente romántico parecieron tan bruscos, tan vivos tan enfermizos, como en los libros de Mirbeau. El pesimismo razonado y confuso de Flaubert, llevado hasta el exceso; la preferencia por las anomalías amorosas y sexuales, tan buscadas ya por Balzac, y más tarde por Huysmans, exageradas hasta la perversión; el sarcasmo de Baudelaire y su manía de asombrar y escandalizar, exaltada hasta el delirio; he ahí lo que caracteriza esencialmente á Mirbeau. Hay en el autor de *El Abate Julio* algo de la aspereza de Jeremías, de la ironía acardenalante de Heine, de la sátira brutal y cínica del Aretino. Rara vez se han juntado en un escritor tal suma de cualidades y defectos, que hacen de él tan interesante personalidad literaria. Los libros de Mirbeau son un requisitorio contra la sociedad, un libelo de pesimista amargo, de intratable y feroz enderezador de costumbres, y en ellos, sin embargo, se ocupa complacientemente de todas las fealdades del instinto, de los vicios más repugnantes, evocando la inmensa pesadilla de la demencia sanguinaria y amorosa de la humanidad agonizante. Si se le hubiera de definir con una fórmula, se diría que su fa-

cultad dominante es la irritabilidad, y que su temperamento apasionado sólo vibra por fuertes excitaciones.

Lo que contribuyó á los primeros éxitos de Mirbeau fué la forma lapidaria que sabía dar á sus descripciones, reveladora de un gran temperamento de escritor impulsivo; la aspereza nerviosa de *El Calvario*, la savia cálida y dura de las *Cartas de mi choza*, la amargura incoherente y un tanto shakesperiana de *El Cura Julio* anunciaban atrayente y sabrosa originalidad. Sabía pintar, y traducía con ardor sus impresiones; dominado por su temperamento combatiente, no hace más que atacar ó defender; su sinceridad es pronta y absoluta, celosa y feroz. En sus libros, en sus artículos, en sus polémicas, siempre cae sobre algo ó sobre alguien, cubriendo de sarcasmos á un político, maltratando á un periodista, burlándose de un artista. Pero si se deleita en sembrar epigramas soberbios y en disparar flechas aceradas, si le gusta el ataque por el placer de atacar, sabe también defender, amar con pasión y exaltar líricamente las cosas que le atraen y le entusiasman.

Abierto á todas las ideas generosas, sostenedor ardiente de nobles causas, se apasiona por el arte sincero y está dispuesto á romper lanzas por toda bella manifestación literaria ó política. Al servicio de este temperamento violento y generoso tiene Mirbeau grandes riquezas de pasión y de fuerza. Su facultad esencial es la de transformar la visión del mundo y de la sociedad en inmensa y amarga caricatura, y su talento es el de dotar á esa caricatura de belleza lírica. Lo sabe y no se cuida de otra cosa; no se toma la molestia de respetar la verosimilitud, y jamás ha puesto el sello del natural, según Segur, en ninguna de sus obras; *El diario de una doncella* es un conjunto de cuentos sin ilación puestos en boca de una criada para formar un tomo; *El jardín de los suplicios* y *Los veintiún días de un neurasténico* son colecciones mal compuestas; hasta sus novelas más coherentes, *El abate Julio* y *Sebastián Roch*, presentan artificios de narración y episodios chillones que rompen la unidad y destruyen toda ilusión de verdad. ¿Qué

importa todo eso si nuestra atención está conquistada por la virtuosidad de la caricatura?

Véase, por ejemplo, el retrato del burgués, de ese burgués épico y simbólico que es su pesadilla en *Los negocios sobre los negocios*; léase el pequeño panegírico que le dedica el alcalde en *Una epidemia*: «Señores, era un burgués venerable, gordito, sonrosado, feliz; su vientre daba envidia á los pobres. Todos los días á la misma hora se paseaba sonriente, y su regocijada faz, su triple barbilla, sus manos torneadas eran para todos una viva enseñanza social; rechoncho y redondito, tenía sobre las delicadas piernas un vientrecito bien estirado bajo el chaleco. Sobre la pechera de su camisa, su barbilla se dilataba con su triple rodete de amarillenta grasa, y sus ojos, en medio de los hinchados párpados, lanzaban el brillo triste, lívido y respetable de dos moneditas de perra gorda.»

Por desgracia, esa bella elocuencia, ese lesismo y ese vigor de temperamento están á las órdenes de una sensibilidad enfermiza y mal equilibrada que todo lo exagera y desfigura; sus personajes son una galería de monstruos prodigiosamente grotescos, en los que la fealdad psíquica se halla agravada todavía por la fealdad material, fantoches siniestros movidos por la sed del lucro, por apetitos satánicos, por costumbres vergonzosas, por veleidades criminales. Y es curioso de notar que, á excepción si acaso del *Calvario*, no puede contarse decentemente el argumento de ninguna de las novelas de Mirbeau, y no son sólo los detalles, sino la materia misma de sus libros, lo que es imposible exponer. En sus obras se encuentran todas las formas del erotismo y no existe ni un solo amor; siempre los deseos de sus héroes aparecen pervertidos por el gusto, la necrofilia, los impulsos asesinos, los refinamientos sacrílegos, el fetiquismo y el sadismo.

Pero ¡con qué verdad, con qué vigorosas pinceladas nos describe Mirbeau á esos desgraciados! Hasta los espectáculos de la naturaleza, los campos, los árboles, los pájaros, las nubes se truecan para ellos en alucinaciones y pesadillas. Y lo que

hace más extraños los personajes de Mirbeau, es que la desviación sexual se confunde en ellos con la necesidad de matar y hacer sufrir, mezclándose en dosis iguales la sed de la sangre con la sed de placer.

¿Qué habría dicho Sainte-Beuve, que se atrevió á escribir la palabra sadismo, hablando de *Salambó*, si hubiera podido leer el *Diario de una doncella* y *El Jardín de los suplicios*? ¿Qué diría de la confesión de Celestina cuando cuenta sus amores con un tísico, cuyos esputos recogía con su boca? Y, sin embargo, no hay en toda la labor de Mirbeau ninguna finalidad, ningún propósito; si no ve en sus semejantes más que maniáticos, perversos y criminales, es por temperamento, por gusto, sin fines de moralización ni de mejora; aunque á veces, á través de sus ironías, se descubra cierto desprecio á la educación reinante y á la hipocresía en que se asienta. Poco importa, porque Mirbeau no es escritor que valga por las ideas y por el pensamiento, sino por la sensibilidad y por la sinceridad. Escribe cuando se siente emocionado, y lo lamentable es que por temperamento sólo le emocione lo anormal y lo monstruoso. La significación literaria de su valor está en que resume todas las exageraciones del romanticismo, ofreciéndonos la flor extrema y venenosa de esa siembra de sensaciones raras que, habiendo empezado en Rousseau y Chateaubriand, no se sabe todavía, aun en plena decadencia, cómo acabará.

HUMORISMO

LOS HUMORISTAS FRANCESES CONTEMPORÁNEOS.—Nada nuevo hay bajo el sol, ni aun la risa; la nueva forma de la literatura amena, el humorismo, deriva—en Francia—de la antigua jocosidad gala, y por ella, según Gabriel de Lautrec, de Plauto y Aristófanes. Pero si los motivos son eternos, el modo de reir varía con los tiempos y los lugares. En las épocas de buena alimentación, las burlas son pesadas y las chanzas gruesas; en nuestro siglo, la literatura jocosa debe ser imprevista y rápida;

se trata de sorprender y de asombrar: los ricachones norte-americanos invitan perros á comer ó celebran matrimonios en la cima de la chimenea de una fábrica.

La literatura anglo-sajona tiene, por fortuna, ocurrencias más interesantes, y en su escuela han aprendido nuestros humoristas las oposiciones enérgicas entre la forma y la idea, los contrastes, las incoherencias, el tono impasible que da realce á la burla. El humorista moderno es un hombre de prisas; no tiene tiempo de entretenerse con las historias hilarantes que cuenta. El humorismo actual es la antigua alegría gala emigrada á Inglaterra, transformada allí y trasplantada de nuevo al continente para ser recriada en las estufas de la bohemia y en las colinas de Montmartre, «teta granítica de la humanidad», como la llamaba Rodolfo Salis.

El ingenio francés ha tenido su asiento diez años en el *Chat noir*. Verlaine, fauno claudicante, subía allí en peregrinación para beber, en unión de Ponchon y de Richepin, cambiando frases con los concurrentes de las mesas vecinas, Courteline, Auriol, Alfonso Allais, Gaudillot, y á veces el maestro Sarcey; de aquella taberna, en que Caran d'Ache exponía su *Epopeya*, han salido las oleadas de humorismo que hoy invaden la literatura.

No sería justo dejar de citar entre los desaparecidos á Alfonso Allais, el inventor del «Acuario de cristal deslustrado para peces tímidos», autor de *Hasta torcerse*, *El paraguas del pelotón*, *Dos y dos son cinco*, *No es uno buey*, *Amores, delicias y órganos*, *No nos peguemos*, y otros no menos geniales haces de jocosidades imprevistas. El humorismo de Allais no es aplicable á la novela; es demasiado fuerte para sostenerse durante 300 páginas; lo extravagante y lo imprevisto, por divertido que sea, no da materia para obras de largo aliento; sirve para caricaturas, pero nada más. Alfonso Allais no fué novelista ni dramaturgo; fué sencillamente un poeta de maravillosa imaginación, cuyo humorismo consiste en buscar lo que la vida tiene de gracioso y exponerlo líricamente.

Quien no tiene estilo no tiene personalidad, y el estilo de Alfonso Allais se reconoce en la menor frase; juega con el sentido y no con las palabras. Leed la historia del pobre muchacho de corazón sensible; no puede soportar que se bata la crema ó que se despedacen las peras; se enternece por la suerte de la garrafa helada—¡qué frío debe pasar!—y por la espumadera colgada. Es un procedimiento que consiste en realizar las metáforas. Otro humorista, Grosclaude, lo ha empleado con éxito; parte de una idea corriente, que se presta á ingeniosas combinaciones, interpretando, asociadas de modo imprevisto y continuo, dos series de ideas. Así, por ejemplo, nos cuenta la historia de una locomotora vieja, retirada del servicio, que está melancólica porque tiene vapores, aunque no tiene por qué quejarse, puesto que ha hecho su camino, y acaso hubiera llegado á más altos destinos si hubiera tocado ciertos resortes.

Esta retórica fracasa á veces cuando el asunto es demasiado flojo. En una crónica de Grosclaude basta leer las primeras líneas; si el punto de partida es bueno, todo va perfectamente; si se siente el esfuerzo del principio, todo fracasa. En Allais la partida es siempre feliz y el desarrollo loco, impecable; es el triunfo en el absurdo de la metáfora seguida. Luego el autor nos inicia en su juego, desconcertándonos, jugando con nosotros mismos. Se detiene para confesarnos que ha hecho mal en usar tantos pretéritos y que tiene mucho miedo en no poder continuar por falta de acentos circunflejos; y gracias si no corta el cuento á lo mejor, diciendo que no le gusta y que lo deja para que cada cual lo arregle como pueda, porque... ¡como hace tanto calor!

Esta desenvoltura nos desconcierta y nos encanta; aceptamos sus bromas formalmente, estilo inglés, reconociendo que en sus mismas chanzas hay gran fondo de buen sentido; porque, ¿no es verdad que los cañones de montaña serían más fácilmente transportables si los hicieran de corcho? Las veletas en los tejados, ¿no estarían mucho más tranquilas si se las en-

cerrase en una caja de cristal para ponerlas al abrigo del viento? Es el absurdo en la verdad.

Con menos pretensiones si es posible que Allais, Jorge Auriol continúa la tradición gatonegresca, de la que fué también fundador. Es, sencillamente, un autor alegre que no se apura por nada y que se contenta con contarnos una historia regocijante que ha empezado por hacerle reír á él mismo. Sus héroes son gentes modestas que van al café ó á las posadas más que á los salones; siempre hay capitanes sedientos que necesitan vaciar muchas copas antes de empezar su relato:—«No he tenido verdaderamente sed más que una vez en mi vida, dice uno de ellos. Era cuando la construcción del *Canadian Pacific*; tenía tanta sed, que me bebí de un trago una botella de barniz.—Pero, ¿no tenían ustedes agua, capitán?—¿Agua? Ciertamente que la teníamos, y á discreción; pero, ya saben ustedes, cuando se tiene una sed así, apenas piensa uno en lavarse.»

Como se ve, el cuadro en que se mueven los personajes de Auriol es septentrional; no se emborrachan con el sol ni con el vino del Mediodía, sino con gin ó con whisky. Al aclimatarse en Francia el humorismo, no obstante, sin renegar de su origen, toma no poco del espíritu francés. Es el buen sentido que se divierte, encontrando á veces las más imprevistas conclusiones: un personaje de Auriol compra un gallo para que le despierte con sus cantos al rayar el día; pero como lo encierran en un cuarto oscuro, porque no tienen otro, el gallo no ve la luz y no canta, y hay que comprar un despertador para el gallo.

Los buenos humoristas son sensibles, sencillos y tímidos casi siempre. No hay humorista que no guarde en sus cajones centenares de versos amorosos: el *Cofre de sándalo* de Carlos Cros, los versos de Tristan Bernard y las geniales creaciones de Zamacois, el afortunado rival de Rostand, lo muestran suficientemente. Algunos no son más que poetas como Armando Masson, con su volumen *Por los muelles* de tan gentil desenvoltura: «Cuando seamos ricos, me parece—dice en una de las

estrofas de *Cuando seamos viejos*—que tendremos los dos la cara muy arrugada; los gallos tendrán dientes, pero nosotros no los tendremos; podremos regalarnos con lo que queramos, pero ya no tendremos, ¡triste cosa! ni hambre ni sed; y entonces tendremos lechos de rosa, pero ¡ay!... ¡dormiremos en ellos!»

Hoy se leen pocos versos. Hay tantos majaderos que se han declarado poetas y hasta fundadores de escuela—á la escuela debieran ir,—que el público desconfía. Mauricio Donnay escribió *Friné* en sus comienzos; pero luego renunció al verso, y siendo humorista, ha sabido en el teatro ser sobrio. Tristan Bernard ha conservado hasta en sus obras dramáticas su deliciosa exuberancia; sus piezas son el mejor remedio contra la melancolía. ¿Quién no recuerda aquella historia extraordinaria de hermanos franceses, que evoca el recuerdo de la famosa entrevista con Marco Twin, el tipo del humorismo? El periodista pregunta á Twin que, para burlarse de él, le da respuestas despampanantes:

—«¿No tiene usted ó no tenía usted un hermano?—¡Ay, sí! Ha muerto, el pobre chico. Es decir... no, no se sabe. —¡Cómo! ¡Ha muerto! ¡No ha muerto!... ¿Qué misterio es éste?—Es un misterio solemne y terrible. Éramos gemelos el difunto y yo. Y un día nos mezclaron en el baño; y uno de nosotros se ahogó; y nunca jamás se ha sabido si fué mi hermano ó yo...»

Tristan Bernard es el mejor discípulo de Marco Twin, y hasta le lleva la ventaja del sentido dramático: *Tripleplatte* y *El inglés tal como se habla* serán obras de repertorio que recordarán siempre el verdadero cómico, el de Plauto y de Molière. Jorge Courteline es humorista también, pero más satírico que humorista, aunque *Un cliente serio* y *Boubouroche* son comedias dignas de la musa molieresca. El humorismo y el drama pueden armonizarse, pero sus caminos son muy diferentes, y si á veces se encuentran, como en los casos citados, es por excepción. Y lo mismo pasa con la novela: Pedro Veber ha escrito *Las capas profundas*, Toulet *Mi amiga Nave* y Tristan Bernard

Las Memorias de un joven arreglado, excepciones también, aunque deliciosas.

La mayor parte de los fantasistas actuales no han escrito más que fantasías: Franc-Nohain, Pawlowski, Bringer, Lebeau, Goudezky, sin hablar de sus autores Goudeau y Ponchon, y, sobre todo, del extraordinario Willy, que ha elevado el juego de palabras á la altura de una institución nacional y que ha tenido la gloria, con las historias de *Claudina*, algo perversas, pero de éxito duradero, de crear un género en que ha tenido numerosos imitadores. La tradición propiamente humorística la perpetúan con más exactitud los Fischer, Max y Alex, cuya novela *Camembert-sur-Ourcq* ha cerrado brillantemente la última estación libresca.

Esta obra pertenece á la ya larga serie de los mismos autores, en la que figuran *Para entretenerse en casa*, *Detalles sobre mi suicidio*, *Después de usted*, *mi general* y *El amante de la pequeña Dubois*. Todas son evocaciones de la vida moderna, sin fantasías yankis ni extravagancias desconcertantes. Todos los personajes son figuras vivientes y conocidas. Todos hemos visto á la dama rubia ó á la morena, pues las hay de todos los colores. Todos hemos encontrado en los baños al veterano general y á la vieja señora, cuya muerte simultánea da lugar á la macabra confesión. Se preparan los funerales conforme á la posición social de cada uno; pero se equivocan los féretros, y la señora es enterrada con honores militares, exaltándose su valor y hazañas, lamentando que haya muerto sin llegar á reconquistar las provincias perdidas, mientras el general es enterrado ante las señoras del rosario que alaban sus modestas virtudes y su piedad ejemplar. Todos somos iguales ante la muerte.

En *Camembert-sur-Ourcq*, Maisy-Maison, ministro de Obras públicas, ha ido á inaugurar una escuela en Boudon. Los vecinos de Camembert quieren también inaugurar algo, y por 800 francos, cifra de los ahorros municipales, todo lo que se puede construir es un cementerio nuevo. Así lo hacen; pero

no se puede inaugurar un cementerio vacío, y los vecinos empiezan á mirarse entre sí con nerviosa impaciencia, deseando todos que se muera alguien para estrenar el cementerio. Pero nadie se muere, y la longevidad extraordinaria de los camembertinos atrae la atención pública. El profesor Rodolfo Kopf, de la Academia de Berlín, practica una información y entrevé el negocio de instalar en Camembert un sanatorio con hoteles, casino, juegos, carreras, etc., el tratamiento consistía en comer una ración de queso, más ó menos grande, todos los días. El doctor se prepara ya su placita en aquel queso, cuando á una vieja nonagenaria, la tía Uf, se le ocurre morir. Alegría delirante en el municipio. Se escribe al ministro, al organizador de banquetes, al guirnaldero y al polvorista. El cementerio va á tener su apoteosis. Pero ¡ay! la tía Uf, después de muerta, vuelve á aguar la fiesta, habiendo dispuesto en su testamento que su cadáver fuera sepultado en Cabañabambú, su país natal. No hay tiempo de dar contraórdenes. El ministro Maisy-Maison llega y cae sobre el doctor Kopf; los dos se imaginan por coincidencia que se trata de inaugurar el sanatorio futuro; el Concejo queda encantado con la equivocación, que le saca de apuros, y se pone la primera piedra que se encuentra. Y Camembert tiene su fiesta inaugural para no ser menos que Boudon.

La risa es cosa propia y peculiar del hombre. ¿No es mejor divertirse con nuestras miserias que llorar por lo que no puede remediarse? Para excitar el ardor de sus soldados, como lo recuerda Lautrec, cantaba Terulde la canción de Roldan en la batalla de Hastings; en la batalla de la vida, la más áspera y ruda de todas, hay que estar agradecidos á los que nos traen con sus ocurrencias un poco de alegría y distracción. Mientras riamos no seremos del todo desgraciados.

FEMINISMO

LAS AMIGAS DEL HOMBRE. — Dora Melegari declara, en la *Nuova Antologia*, en un artículo tan sincero como instructivo, que se necesita gran imparcialidad, libre de todo género de prejuicios, para juzgar con acierto de la actual situación de los sexos, en recíproca relación. Por parte de ambos se han cometido errores, y uno y otro tienen derecho á lamentarse. El hombre ha abusado de los propios privilegios, y cuantas veces las revoluciones políticas ó las corrientes de opinión le han permitido reformar las leyes, lo ha hecho en su pro, excluyendo á la mujer de las mejoras y libertades que se otorgaba á sí mismo. ¿Por qué no aplicar á su compañera las doctrinas de justicia y de igualdad ante la ley? ¿Por qué no concederle la libertad económica? ¿Por qué acaparar oficios que corresponden claramente al otro sexo? ¿Por qué dejar á la mujer legalmente desarmada? ¿Por qué imponerle la astucia y la hipocresía como únicos medios de defensa, y luego despreciarla porque los emplea?

En algunos países, las señoras se atienen todavía á la opinión de los hombres por costumbre atávica ó por ley natural, pero en otros, la mujer no ve en el hombre más que un banquero de quien sacar lo más que pueda, ó un sostén social de que su vanidad disfruta. Si se pudieran sorprender los sueños de las novias de hoy, se vería qué mezquina parte ocupan en ellos la imaginación y el corazón. El hombre no es ya el centro en cuyo torno convergen las almas femeniles de la casa; no se cree ya grande sino por su valor moral; no reina ya en su casa sino en la parte económica y social, y en muchas familias se forma hoy liga contra la opinión del hombre.

El hombre, cada vez más absorbido por la existencia exterior, por la busca del dinero y del placer, se siente oprimido por la tristeza, su vida se hace cada vez más pesada, sin que

adivine la causa. Reserva su cólera para el feminismo de aparato; se preocupa por la invasión de las estudiantas en las Universidades, por su ingreso en las profesiones liberales, por la alta cultura requerida por su espíritu, y... ¡horror de los horrores!, por su derecho al voto. Empuña la espada contra estas reivindicaciones aparatosas, y no ve que su casa está amenazada por un feminismo mucho más peligroso que el de las sufragistas ó el de las empleadas en Correos.

No son las raras sabias, artistas, escritoras y educadoras las que minan la posición del hombre en la familia, sino la cohorte de señoras ignorantes y frívolas que reducen al hombre al papel de proveedor de sus necesidades y caprichos. Suelen ser enemigas de las reformas de su sexo; pero proclaman su derecho al lujo, al placer, á los goces de la vanidad. Ninguna quiere permanecer en la sombra; quieren mostrarse, bullir, afirmar su personalidad en todas partes. La idea yanki de que el marido debe ganar mucho dinero para hacer valer á su mujer, ha invadido también el alma de las europeas, y la necesidad de ternura y de afecto está á punto de ser desterrada de su corazón.

En las trabajadoras serias, que han aprendido á apreciar los valores y que saben que fuera del sentimiento no hay dulzura real, se halla todavía un resto de idealidad; pero en las otras, en las *verdaderas señoras*, como se las llama, el frenesí de la elegancia ha ocupado el puesto de la ternura; los hombres no reparan en ello, y poco á poco las mujeres aprenden á vivir solamente para sí mismas y para la ostentación de su vanidosa personalidad. Todo esto es mucho más grave y trascendental que las más atrevidas pretensiones del feminismo militante. «Los hombres, dice Dora Melegari, deberían comprenderlo, y dirigir á sus hermanas, hijas y compañeras hacia una vida mejor, más inteligente, más comprensiva, más real. Si las señoras no toman este camino, se irá á la desorganización de la familia por la frivolidad, por la vanidad y por el gusto desordenado del lujo. No relajemos los vínculos que unen al hom-

bre y á la mujer; estrechémoslos, no sensualmente, sino moral é intelectualmente, pues unidos se necesitan mutuamente, y sólo pueden ser felices por el recíproco afecto y la mutua estimación.

La intimidad entre madres é hijos ha disminuído, á causa de la tendencia siempre creciente en las señoras á dejar su casa para ir de tiendas ó de placeres. La bondad es lo que más conmueve á los hombres desde la infancia, con tal de que la bondad no sea debilidad; cuando una madre es bondadosa, sus hijos conservan toda su vida el recuerdo y la huella de sus bondades. Las madres preparan la humanidad futura, y en vez de pensar en ello, se ocupan principalmente en adornar su cabellera. ¡Hasta ese punto somos inconscientes y vivimos en la superficialidad!

En todo hombre se refleja la imagen de la madre. Salvo en casos de herencia dañosa, los que han visto fracasado su porvenir lo deben en general á la estulticia, á la futilidad, á la ignorancia de la madre. El hombre recibe de la mujer las impresiones relativas á la vida interior, y sea madre, tía, hermana ó maestra, sólo ella influye en el niño y en el adolescente en ese sentido. La intimidad moral entre madre é hijo da resultados tan maravillosos, que debería encantar á todas las mujeres. ¡Cuántas se lamentan del vacío de su existencia! «Haceos capaz de ser amiga de vuestros hijos, y eso llenará vuestras horas,» podría responderseles. Pero ¿quién se ocupa de ello? Antes, á falta de desarrollo intelectual, las madres contaban con su cariño; pero hoy, el derecho al goce distrae á la mujer de todo otro afecto, y perdida la influencia del corazón, su prestigio, no mantenido por otra cosa, tiende á desvanecerse. Es verdad que hay el trabajo misterioso del subconsciente de Leibnitz; pero ¿puede irradiar sobre los demás sin ayuda del *yo* consciente? Si Santa Mónica hubiera pasado sus días haciendo visitas, arreglándose el pelo y probándose trajes, es seguro que San Agustín no se hubiera convertido, y que la Iglesia contaría con un Padre de menos. Claro es, que no

todas las madres pueden ser Santas Mónicas, ni se las puede pedir que produzcan *Doctores seráficos*; pero sí hay derecho á pedirles que produzcan y crien *hombres*, en el sentido noble de esta palabra.

Las jovencillas que buscan una amistad sentimental en compañeras de colegio que apenas conocen, hallarían en sus propios hermanos un amigo más interesante y más sano. Esta intimidad les sería más útil que la de pura ocasión del colegio, la tertulia, el teatro, la playa ó el balneario, que produce amigas superficiales, con las que cambian confidencias pueriles ó malsanas que dejan nociva huella en el corazón y en el cerebro. La hermana no se atreve á confiar sus pensamientos al hermano por temor á sus burlas, y los confía á cualquier compañera, repitiendo las conversaciones que ha oído y los pasajes de la novela que la han chocado. ¿Qué no se ha contado á propósito de los conventos y de los internados? Lo cierto es que las reuniones de muchachas suelen ser, á pesar de la más rigurosa vigilancia, escuela de corrupción; la que sabe enseña á la que ignora, y es como un reguero de pólvora explosiva, que despierta lo que debiera dormir y hace estallar lo que debiera estar tranquilo.

Es verdad que hay amistades deliciosas entre las adolescentes, pero las hay tan perniciosas que no pueden tolerarse. Y no es que se entienda que la ignorancia sea útil ni constituya un buen preservativo; pero entre aprender á conocer con sencillez los misterios de la vida y conocerlos por medio de la confianza incompleta, y generalmente depravada de las compañeras, hay un abismo, que los padres deben procurar salvar con acierto por el bien de sus hijas.

En cuanto á los muchachos, no pudiendo encontrar en sus madres la amiga ideal que les convendría, tienen otra, sin salir de la familia, en su hermanita. Nada mejor ni más delicioso que una amistad de esa especie, formando una pareja perfecta, de pureza absoluta. Los muchachos suelen despreciar á sus hermanas por su ignorancia y frivolidad; pero si hicieran

estudios semejantes, tendrían los mismos intereses y podrían discutir análogos asuntos, sacando recíproca ganancia. Hoy ya las jóvenes, amigas de sus propios hermanos, no tienen la puerilidad, la hipocresía y la excesiva vanidad de las que viven en ambiente femenino. Y es que los hermanos no las lisonjean; las tratan como camaradas y á veces se burlan de ellas, y esto las hace más sencillas, más naturales, menos vanidosas, más instruídas. Por su parte, el hermano aprendería á conocer á las mujeres por su hermana, á respetarlas y á quererlas, sin ver en ellas los ángeles que algunos se imaginan, ni menos los seres inferiores que ven otros. La intimidad fraternal impedirá además la iniciación demasiado precoz, porque los hermanos suelen ser celosos de la inocencia de sus hermanas; la necesidad de evitar con ellos expresiones brutales y conceptos equívocos les enseña á presentar sus pensamientos con dignidad y pureza. Los jóvenes que conocen y disfrutan la intimidad femenil suelen ser los que conservan su juventud más íntegra y pura.

Otra amistad dulce y preservadora espera al hombre en el declive de la vida: la de su hija, pero hay que prepararla. Es una amistad especial, nacida de la imaginación de la hija, seducida por la fuerza, por la calma, por la lógica del hombre. Si la madre es inquieta, nerviosa, pueril, la hija se vuelve generalmente hacia el padre, sintiendo por instinto que de su boca saldrán las palabras razonables de que el alma infantil, sedienta de lógica, siente siempre ardiente necesidad. La mayor parte de los padres, ocupados en sus negocios, no prestan atención á la atracción que ejercen sobre sus hijas. Con alguna caricia les basta, y la niña poco á poco, al no sentirse comprendida ni adivinada, se replega sobre sí misma, y aunque el padre no pierde su prestigio, la distancia se agranda, y así suele morir, antes de nacer, una de las más dulces intimidades que el destino pueda ofrecer. A veces ocurre que una circunstancia fortuita pone en contacto el alma de la joven con el espíritu del padre; pero suele ser demasiado tarde; sus pensa-

mientos no pueden ya fundirse, y sus almas se desconocen.

¡Cuán cierto es todo esto, y qué dulce sería para todo padre tener, como Cicerón en su *Tulia*, un corazón «donde refugiarse y descansar»! Pero ¡cuán difícil es lograr esa felicidad! Y no es sólo porque en las familias cada cual lleve una vida aparte, como dice *Dora*. Padres hay que lo han sacrificado todo al deseo de formar el espíritu de sus hijos, bajando hasta ellos en sus juegos y en su mentalidad, procurando ponerse siempre á su nivel para mejor obtener su confianza y su cariño, y que, sin embargo, fracasan, con doloroso desengaño, en el momento crítico, cuando sus hijas llegan á la pubertad: la primera amiga de ocasión que llega se les lleva el alma de su hija, sin que haya medio de evitarlo; una advenediza cualquiera, la chiquilla con quien se tropezó en una visita, la joven que estaba al lado en una butaca de teatro, la muchacha que se encontró en un viaje merece á aquella hija más confianza que su padre. Y el hielo se produce espontáneamente, y no hay cariño de padre capaz de romperlo. Se necesitan almas angelicales, de temple especialísimo, de sentimientos generosos y altruístas, de elevada mentalidad, capaces de adivinar, ya que no de comprender, el alma del padre y los sentimientos en que se inspira, para que la joven siga viendo en su padre á su mejor amigo, á su más cariñoso confidente. Y esas almas de niñas son excepcionales, mucho más excepcionales que las almas de los padres previsores.

Cuando el hombre no haya encontrado en su familia un corazón de mujer en que derramar sus pensamientos, buscará refugio en otra parte y creará hallarlo en el amor. Si elige bien, allí está, en efecto, la plenitud del goce y de la confianza; la amiga amada representa el ideal de la intimidad humana; pero es rarísimo poder unir la amistad y la pasión. El amor, por otra parte, tiene saltos bruscos, y si nace de nada, muere del todo; lo queremos eterno y es pasajero. La amistad entre personas de distinto sexo—dejando aparte el matrimonio—requiere elevación de espíritu. Los ambiciosos necesitan

una amistad femenil que los aliente y consuele; los sentimentales, contando sus amores á otra mujer, los disfrutan más; algunos, más refinados, se complacen en estudiar la psicología femenil y se interesan por la mujer misma; esos amigos son los más adictos y deliciosos.

En la mujer el deseo de una amistad varonil es casi siempre intelectual; la vanidad se mezcla en ello cuando se trata de hombres célebres, pero su verdadera raíz está en el instinto de consolar, propio de toda mujer. En esta amistad, la mujer siempre se reserva: dará al hombre su vida, su honor, pero nunca su confianza completa, porque se lo impide la serie secular de traiciones de que ha sido víctima. Fuera de esto, la ganancia es recíproca: la mujer dulcifica y refina el alma del hombre, y el hombre, por su parte, robustece la inteligencia de la mujer.

CRÍTICA

INSISTIENDO: SUD-EXPRESO, VERIFICADORES.—Cuando yo estudiaba en el Instituto de Salamanca, me acuerdo que tuve como libro de consulta, recomendado para la asignatura de Física, el Ganot, libro realmente recomendable por el fondo, pero tan mal traducido, que me ponía nervioso; luego, estudiando Medicina, tuve de texto de Anatomía el Fort, y me sucedía lo mismo; pero cuando llegó al colmo mi exasperación fué al estudiar Derecho natural por una traducción de Ahrens. ¡Qué de puñetazos pegaría yo al desfigurado libro del ilustre tratadista! ¡Qué de maldiciones echaría yo al verdugo del traductor, de cuyo nombre no quiero acordarme, que lo había tan impiamente degollado! ¡Cuántas veces lo arrojaría rabioso al suelo, yo, que venero los libros, que me duelo de su menor quebranto, como si de mi propia piel se tratara! Tal era mi desconsuelo, que llegué á escribir á la casa de Bailly-Bailliére, la gran culpable por su mala elección de traductores, de tantas y tantas degollinas de libros de ciencia merití-

simos, ofreciéndome á revisarles gratis la primera edición que tuvieran que hacer del Derecho natural de Ahrens, para purgarla de sus disparates. ¡Buen cuidado le daba á esa casa y á tantas otras de los sufrimientos y de los ayes del castellano! La cuestión era lanzar al mercado tal ó cual libro que se juzgaba de salida por su contenido ó por el nombre de su autor, y lo demás nada importaba. Se tenía una barajita de traductores baratos, y ¡á la calle con el libro, aunque saliera desfigurado y maltrecho, con la camisa sucia, con la levita remendada, con el sombrero apabullado y con el chaleco lleno de lamparones, verdadera caricatura del impecable original! Es verdad que se prestaba un servicio á la cultura española, lanzando al público, ávido entonces de saber y que todo lo devoraba, un libro importante francés ó alemán; pero ¡qué flaco servicio era aquél! ¡Qué menguada gloria la de las casas editoriales que así contribuían á corromper el gusto y á deformar la lengua patria, aquí, en los libros de ciencia, allá, en los folletines de periódicos! De entonces son aquellas horripilantes parrafadas de Sanz del Río y de los krausistas españoles que llegaron á invadir hasta la atildada prosa de Revilla, haciendo la desesperación de quienes, por instinto ó conscientemente, sentían el genio de la lengua maltratado, y más todavía la de quienes, conociendo en el original la clara, transparente y simpática exposición de la doctrina krausista por Tiberghien, la veían desfigurada en las oscuras, enrevesadas y antipáticas disquisiciones de sus secuaces españoles, hombres, en general, de gran talento y poderosas iniciativas, pero ignorantes de los respetos debidos á la forma, pagados tan sólo de un concep-tismo que se imaginaban esotérico, y cosechando por lo mismo menguados frutos, ni más ni menos que sus adversarios los tomistas y los admiradores de Taparelli, otros que tales, con sus logomaquias y galimatías silogísticos. Así, el país que había producido un Jovellanos, iba á dar en un Salmerón; y el que había dado al mundo un Balmes, producía tan sólo un Padre Zeferino.

Puesta la pluma en el papel, la he dejado correr por donde el pensamiento ha querido llevarla, y ya es hora de detenerla. Quería decir que mi amor al castellano ha nacido conmigo, y que desde muy antiguo me han dolido las heridas que se le inferían, y me he quejado de ellas como he podido, cual de cosa propia. ¿Cómo no me han de seguir doliendo, ahora que tengo más clara conciencia del daño que causan, y cómo no he de seguir fustigando á los malsines que las producen con su ignorancia ó con su ineptitud?

He de consignar aquí, para satisfacción de cuantos se dignan leerme, que mi campaña no ha sido afortunadamente estéril: mis indicaciones han sido en gran parte recogidas, y los corresponsales que en París, en Roma y en Berlín tiene, por ejemplo, el popular *A B C*, se han corregido ó los han corregido, que para el caso es lo mismo; lo cierto es que faltas del género, que en ellos censuré, no han vuelto á parecer en sus correspondencias. Algo es algo. Quedan todavía algunas migajillas, pero son de otra especie, y ya daré cuenta de ellas si siguen repitiéndose de modo que no me quepa duda sobre su calificación, pues realmente dudo á veces si son errores ó si son erratas.

Pero si se ha curado ese mal, quedan todavía berrugas y aberraciones que hay que estirpar y corregir. Ahí está todos los días toda la prensa periódica, la rotativa y la no rotativa, la del trust y la del no trust, la sesuda *Época*, la remozada *Corres*, el equilibrista *Imparcial*, el entreverado *Liberal*, el alborotador *País*, el turioliente *Universo*, el rrrradical *Heraldo*, el flamante *A B C*, dando noticias de las idas y venidas del *sud-expreso*, de la condesa que en el *sud-expreso* sale, de la marquesa que en el *sud-expreso* viene, del ministro que el *sud-expreso* lleva, del diplomático que el *sud-expreso* trae, sin dar paz á la mano en materia de *sud-expresos*, y sin dejar de *sudar* y hacer *sudar* al prójimo en pleno invierno con ese empeño estúpido de llamar *Sud* á lo que es *Sur*, y de estropear de paso la lengua y los oídos. ¿Cuándo acabarán de convencerse todos

esos redactores, gacetilleros y correctores de que no diciéndose en España *Sud* sino *Sur*, no debe decirse *sud-expreso*, sino *sur-expreso*? ¿Cuándo tendrán arreglado su oído para sentir la falsedad de la nota fónica de esa desdichada *d*, reñida en esa palabra con toda eufonía, y contra la que se levantan indignadas todas las leyes de derivación y de buen sentido del castellano? ¿Cuándo nos dejarán de hacer *sudar* hablando de *sur-expresos* y no de *sud-expresos*? ¿Cuándo sabrán escribir la lengua propia sin mirar á la ajena? ¿Cuándo acertarán á discernir los elementos integrantes de su vocablo para no desfigurarlos con impuras alianzas?

¿Y esos señores ingenieros del ministerio de Fomento? ¿Con qué derecho siguen atropellando los fueros de la lengua con sus inaguantables *verificadores* de contadores de electricidad, ó de agua, ó de demonios, que para el caso es lo mismo? Si estudian en obras francesas, ¿qué concepto tienen del *vérifier* francés, cuando se imaginan que equivale al castellano *verificar*? En España se *verifica* una cuestación para fines de beneficencia. ¿Se atreverían esos señores á decir en francés eso mismo empleando la palabra *vérifie* por *verifica*? No, seguramente; dirían—ó deberían decir, porque, con lo que estamos viendo y oyendo, no puede responderse de nada en estas cosas—*à lieu* (tiene lugar), que eso y no otra cosa significa nuestro *verifica*. Y si eso es así, ¿á qué santo nos han de hablar en castellano de *verificar* contadores, y con qué título nos han de imponer oficialmente el barbarismo de *verificadores* de contadores de nada? ¿Por qué no dicen *contrastadores* ó *fieles contrastes* ó *comprobadores*, cualquier cosa que signifique lo que se quiere decir, sin maltratar el castellano? Porque no lo saben; porque desde que estudiaron en sus escuelas de ingeniería sus libros de texto, en francés ó, en traducciones perversas, se acostumbraron á ver la palabra *vérifier*, con la equivalencia mocosuenesca de *verificar*, y con ella se quedaron sin pararse en pelillos ni averiguaciones. Pero si ellos no lo saben, lo sabe seguramente el ministro. ¿Qué hace ese ministro que no pone

coto á esos desmanes ingenieriles, enseñando á respetar la lengua nacional á sus subordinados?

¿Se imagina el ministro un diálogo como el siguiente?:

—¿Y á qué se dedica usted ahora?

—Soy verificador.

—¡Hombre! ¡Verificador! ¿Y qué es eso?

—Pues nada: estoy encargado de verificar contadores: voy, por ejemplo, á su casa, y si tiene usted contador, lo verifico.

—¿Lo verifica usted?

—Sí, señor. ¿No ve usted que mi oficio es verificar, y verificando me gano la vida?

—Me está usted hablando en griego, amigo mío. Me precio de saber mi lengua, y no acierto á descifrar el enigma de ese empleo de usted.

¿No le parece al ministro de Fomento que es ya hora de acabar con ese galimatías?

Y hagamos por hoy punto final, aunque no sin lamentar que el mal ejemplo cunda, como puede verse en el extracto de la sesión del Congreso del 9 de Febrero, hecho por *A B C*, en el que se dice: «El Sr. Azcárate opina que el Congreso es soberano para *verificar* las condiciones de sus miembros.» ¡Qué barbaridad! No hemos comprobado la cita en el *Diario de Sesiones*; pero es seguro que Azcárate es incapaz de decir semejante disparate.

DERECHO CANÓNICO

LO QUE CUESTA SER SANTO.—Con motivo del expediente de beatificación de Juana de Arco, publica Luis Angel en *La Grande Revue* un artículo curioso é instructivo sobre la tramitación de las canonizaciones.

La canonización de los santos no es otra cosa, como la ha probado Saintyves en su libro *Los Santos sucesores de los dio-*

ses, que una imitación de las apoteosis ó deificaciones paganas. Hay, sin embargo, entre una y otra diferencias esenciales. La Iglesia, al colocar en los altares á un Santo, no le convierte en Dios; se limita á declarar que Dios le ha recompensado en el cielo por sus heroicas virtudes, y que el cristiano puede hallar en él un protector, un abogado y un modelo. Los paganos, por otra parte, reservaban los honores de la apoteosis á los emperadores y generales, á guisa de avance en su carrera, y la Iglesia beatifica al cristiano virtuoso, cualquiera que sea su condición social.

En los primeros siglos el examen de la vida y virtudes de los santos se hacía sumariamente, teniendo cada parroquia los suyos, y no siendo temerario afirmar que á veces la piedad de los fieles se corría un poco en la apreciación de los hechos. Pero desde fines del siglo x, con Juan XV empezaron los Papas á examinar las causas de beatificación por sí mismos, y á principios del siglo xiii se las reservaron. Benedicto XIV es quien reglamentó minuciosamente esta materia, y las prescripciones por él dictadas son las que se hallan en vigor.

El proceso de canonización tiene que pasar por tres fases diferentes, que forman otros tantos grados de santidad: la declaración de *venerable*, la de *beato* y la de *santo*.

Cuando un cristiano muere en olor de santidad, el obispo de la diócesis forma tribunal y hace abrir un proceso sobre la vida y virtudes del difunto. Un postulador recoge los documentos que prueban la heroicidad de las virtudes del procesado, y con ellos compone un trabajo que se titula: «Artículos de prueba testimonial para el proceso de información sobre la vida y virtudes del servidor de Dios, Fulano de Tal, presentados por Tal, postulador de la causa.» En general, la vida del servidor de Dios consta de 35 á 40 artículos, tras de los cuales, el postulador examina sus virtudes bajo los títulos siguientes: «De las virtudes en general. — De la Fe heroica. — De la Esperanza heroica. — De la Caridad heroica para con Dios, para con el prójimo. — De la Prudencia heroica. — De la Justicia he-

roica.—De la Fortaleza heroica.—De la Templanza heroica.—De los dones sobrenaturales y de los milagros en vida.—De la fama de Santidad en vida.—De la muerte preciosa.—De los funerales y de la sepultura.—De la fama de santidad después de la muerte.—Milagros después de la muerte.»

Hecho esto, se dirige al obispo para que se abra un «proceso informativo sobre la fama de santidad». Entretanto, en Roma, el Procurador elegido para dirigir el proceso ante la Congregación de Ritos, pide al Papa que ordene á todos los obispos de las diócesis en que existan escritos del servidor de Dios, que los busquen y los remitan á la Congregación. Estos procesos pasan casi desapercibidos en Francia, pero no en Italia. Ahora, por ejemplo, se está instruyendo allí el de Pío IX. La familia Falconieri se opone á la beatificación mientras no se hayan pagado las deudas del difunto, que se apoderó, entre 1849 y 1870, de los bienes de esa familia, por valor de unos treinta millones de francos; el pleito está pendiente ante los tribunales de Italia, y hay que esperar la sentencia. Cuando se han recibido y examinado todos los informes y documentos, el tribunal diocesano celebra su última sesión: el notario entrega al presidente el original y una copia del expediente completo, y el obispo designa un mensajero para llevar á Roma la copia auténtica, que sólo se abre por el cardenal prefecto de la Congregación de Ritos cuando el Papa decreta la apertura. Las actas se traducen al italiano, y el postulador elige un abogado encargado de la tramitación y defensa de la causa, cargo lucrativo en la curia romana, cuyo primer trabajo es el de resumir la vida del santo, reunir las cartas en que los obispos piden la beatificación y examinar los escritos, si los hay.

Entoncés entra en juego un nuevo elemento, el del promotor de la fe, especie de fiscal llamado ordinariamente «el abogado del diablo», por estar encargado de impugnar la declaración de santidad, buscando los puntos flacos de la vida del santo, examinando críticamente todos sus actos y hasta desnaturalizando sus intenciones. Así es cómo, si no se hubiera encon-

trado la receta del médico; San Vicente de Paul no hubiera sido canonizado, so pretexto de que tomaba rapé, y así también el P. Laynez, sucesor de San Ignacio de Loyola, no será probablemente santificado nunca, por ser su escritura tan enrevesada y difícil, que ha hecho perder la vista á los jesuitas que trataron de descifrarla.

Este torneo forense entre el abogado de Dios y el abogado del diablo tiene que durar diez años por lo menos. Si se resuelven satisfactoriamente todas las dificultades y triquiñuelas propuestas, la Congregación de Ritos acepta la «introducción de la causa» y propone al Papa un decreto en ese sentido. Si el Papa lo expide, el servidor de Dios, objeto del proceso, recibe el nombre de *Venerable*, sin que por eso pueda rendírsele culto ninguno.

Y entonces comienzan los procesos llamados *apostólicos*. Lo primero que hace Roma es averiguar si se ha rendido en alguna parte culto público al Venerable sin su autorización; sólo después de bien averiguado que sus órdenes no han sido infringidas, se abre el proceso sobre la santidad en general y sobre los milagros del Venerable. El abogado del diablo reaparece, agotando todas las dificultades y argucias que se le ocurren. Cerrada la discusión general, se pasa al examen detenido de cada artículo.

La primera reunión se celebra en las habitaciones del Cardenal ponente, que obsequia, á expensas de la postulación, con un *refresco* á todos los presentes; el postulador paga también los gastos de coche de los asistentes. En otra segunda reunión, los cardenales de Ritos asisten al voto de los consultores sobre la heroicidad de las virtudes del Venerable. La tercera reunión la preside el Papa, que recibe los votos de los Cardenales y de los consultores, publicando algunos días después el decreto en que se proclama esta heroicidad. Luego se procede del mismo modo al examen de los milagros. Para la beatificación sólo se necesitan dos, si están comprobados por testigos oculares, y cuatro si los testigos son de referencia. Para distinguir lo mi-

lagroso de lo natural, se consulta á los médicos, químicos y sabios más competentes, siempre que sean buenos cristianos. Terminado el examen y las votaciones, el Papa dicta un decreto solemne consignando los milagros. Todavía, antes de proceder á la beatificación, se resuelve la siguiente consulta (*duda definitiva*): «Vistos los precedentes procedimientos, las pruebas aportadas y las respuestas dadas á las objeciones, tanto sobre las virtudes como sobre los milagros, ¿se puede proceder seguramente á la beatificación?» Por última vez recoge el Papa los votos, y tras algunos días de reflexión y de oraciones, dicta el decreto anunciando la beatificación y señalando día para la ceremonia. El día señalado se celebra una misa solemne en San Pedro, y al llegar al Evangelio, en lugar de la homilía, el secretario de la Congregación de Ritos lee el decreto pontificio de beatificación; entonces se descubre el retrato del bienaventurado, y por primera vez aparece el servidor de Dios á los fieles con el nimbo. Su culto, sin embargo, sólo se autoriza en su diócesis, pero no en la Iglesia universal, privilegio reservado á los santos.

Para ser canonizado es preciso que el beatificado haga nuevos milagros, y que estos prodigios sean examinados y aprobados por la Congregación de Ritos. El postulador reaparece y pide que se siga el procedimiento. Este sigue su curso regular, como para la beatificación, y resueltas todas las dudas sobre la autenticidad de los milagros, la causa es llevada ante tres Consistorios consecutivos, para que todos los cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos presentes en Roma den su opinión con estas solas palabras: *placet ó non placet*. Si la opinión es favorable, el Papa publica una bula *urbi et orbe* proclamando la santidad del bienaventurado y fijando día para la fiesta de su canonización.

El día de la fiesta, la basílica vaticana se ilumina con miles de arañas, y se adorna con las banderas del nuevo santo y con cuadros que representan las principales escenas de su vida y milagros. El Papa, con toda su corte, preside la ceremonia.

El abogado consistorial se acerca á su trono y pide que se inscriba en el catálogo de los santos al bienaventurado cuya santidad ha sido probada; el Papa se calla, pero el Secretario de Breves responde, según el protocolo, que hay que implorar antes la divina gracia, cantando las letanías. Se cantan éstas, y el abogado vuelve, en nombre del postulador, á repetir la misma súplica. Le contestan lo mismo, y los cantores entonan el *Veni, Creator*. El abogado reproduce su petición con mayor ardor *instanter, instantius, instantissime*, y el Secretario declara entonces que la voluntad del Papa es acceder á lo pedido. Entonces el Santo Padre pronuncia la fórmula siguiente: «En el nombre de la santa é indivisible Trinidad; por la exaltación de la fe católica y el acrecentamiento de la religión cristiana; por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y por la nuestra; después de haber maduramente deliberado é implorado el socorro de Dios; con la opinión de nuestros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia Romana, los patriarcas, los arzobispos y los obispos presentes en Roma, decretamos que los bienaventurados Tal y Tal son santos, y los inscribimos en el catálogo de los santos, estatuyendo que la Iglesia Universal celebrará piadosamente su ceremonia todos los años en el día aniversario de su nacimiento en la celeste patria. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.» La misa prosigue, y, en el Ofertorio, los cardenales y el postulador ofrecen al Papa con grandes cirios, panes y dos barrilitos dorados y plateados y tres cajas artísticamente labradas, polí cromas, que encierran dos tórtolas, dos palomas y dos pajaritos.

Los gastos de estos procesos son considerables, y, á pesar de estar tasados, para evitar abusos, por Benedicto XIV, desde 1741, suben á cantidades enormes. El promotor de la fe, por ejemplo, además de su pensión anual y de una distribución diaria de pan y vino que recibe, cobra 68 francos por su primera objeción, 34 por la segunda y otro tanto por la tercera;

por cada carta á un obispo para que busque los escritos del servidor de Dios, le da el postulador 10,71 francos de indemnización; el subpromotor comprueba los escritos, cobrando 41 céntimos por cada página, y el doble por la corrección de pruebas. Los aguinaldos son libres, pero la costumbre los impone, no sólo por Navidad, sino por la Asunción; los cardenales y prelados toleran esta piadosa costumbre, y reciben del postulador, en cada una de estas fiestas, diez libras de café, diez de azúcar y diez cirios.

Todo eso, sin embargo, no es nada para lo que cuestan las fiestas de la beatificación y de la canonización. Esos días tiene el postulador que repartir 2.500 ejemplares de la vida del santo, y ofrecer ejemplares, más ó menos ricamente encuadernados, al Papa y á los prelados. También tiene que regalar imágenes del santo al Papa y á los cardenales; la del Papa está impresa en tela blanca laminada de oro, y además un gran cuadro firmado por artista de mérito; los retratos para el cardenal prefecto y el Ponente son de un metro de ancho, por 1,40 de alto; los demás, de 80 centímetros. Todo lo que entra en el decorado de la Basílica: imágenes, cirios, ornamentos, cálices, etc., para la misa de canonización, todo lo paga el postulador; así el maestro de ceremonias recibe 268,70 francos por sus ornamentos y 806,10 por sus honorarios, los camareeros del Papa 2.418,60 por su vestuario y otro tanto por su asistencia, y así sucesivamente; el cáliz cuesta 322,34 francos, y hasta los barrenderos del patio de San Dámaso se reparten 795,36 francos por su barrido. Contándolo todo, proceso y fiestas, pueden calcularse los gastos en una suma que varía de trescientos á quinientos mil francos.

Cuando el obispo de Arras, Mons. Lequette, comprobó las cuentas al postulador por la beatificación de Benito Labre, un bienaventurado mendigo, vió que ascendían á 263.000 francos; sólo la fiesta en San Pedro había costado 100.000. De vuelta á su diócesis, decía á sus seminaristas: «Hay que ser santos, hijos míos, pero no santos canonizados, porque eso cuesta de-

masiado caro.» Y añadía, no sin gracia, que el último milagro hecho por el beatificado mendigo era el de haber encontrado tanto dinero para su beatificación.

IMPRESIONES Y NOTAS

NAPOLEÓN TRATADO Á PUNTAPIÉS.—Es increíble, ¿verdad? Napoleón, el gran Napoleón, en la plenitud de su gloria, era tratado á puntapiés por su médico Corvisart, según afirma en su *Diario* el doctor Meniere, bajo la fe de Saint-Marc-Girardin. La cosa es fuerte, pues si es verdad que «no hay grande hombre para su ayuda de cámara», y menos para su médico, tratándose de un hombre del temple de Napoleón, no parece verosímil que, ni á los ojos de sus más íntimos servidores, dejara de ser grande hasta el punto de que se le tratara á puntapiés.

La historia resolverá el caso. Por el momento, aquí nos limitamos á reproducir textualmente las palabras del *Diario* de Meniere, que dice así: «El Emperador, sufriendo las crisis de estómago á que estaba bastante sujeto, se imaginaba estar envenenado. Se introducía entonces los dedos en el fondo de la boca y provocaba así vómitos violentos. Cuando no podía vomitar, se revolcaba sobre la alfombra de su habitación, gritaba, se lamentaba y perdía toda moderación. Corrían en busca de Corvisart, que llegaba y le encontraba presa de accesos de cólera ó de desaliento. Y entonces el médico, que hablaba á su señor sin miramientos, le trataba con rudeza y le empujaba con el pié, diciéndole: ¡Levantaos, levantaos! ¡Eso es una vergüenza! ¡Eso es una cobardía! ¡Arriba! No tenéis más que calambres de estómago y dolores nerviosos, etc. Y el enfermo se levantaba y se calmaba poco á poco.

«Sí, Corvisart mismo me lo ha dicho en estos términos:

que le empujaba con el pie, mostrando su desprecio por debilidades tan culpables.»

Como me lo contaron, os lo cuento.

*
* *

AMOS Y CRIADOS.—Según dice Prevost en el *Figaro*, la tensión existente, hoy más que nunca, entre amos y criados, es producida por la ignorancia en que unos viven respecto de los otros, por la falta de trato familiar, en París sobre todo. Allí la servidumbre vive 18 metros por encima de los señores, en el sexto piso, región prácticamente inaccesible, en la que ninguna señora se aventura, y menos ningún amo de casa. Defendidos por la aspereza del lugar, los criados han establecido en aquellas cimas aboardilladas una república particular, con principios y leyes peculiares. Y allí, como en todas partes, hay buenos y malos corazones, criminales y santos; pero todos desconocidos en su verdadera naturaleza por los señores.

Cuando descienden de sus alturas, no son los mismos que en su casa; al tiempo de endosar la librea, se ponen una máscara que forma parte del *estilo*. Se les pide que sean fríos, impasibles, automáticos, impersonales, y lo son, ó procuran serlo. Y de este modo, mitad por culpa nuestra, mitad por lo que ellos creen ser su interés, se hacen cada día más desconocidos para sus amos que los davos de Plauto ó los Ermolay de Turgueneff. Los parisienses aceptan, sin parar en ello la atención, esa comunidad diurna con seres de los que nada saben (ni aun el apellido frecuentemente, pues un criado sólo tiene derecho al nombre), y que por lo noche se reúnen con sus camaradas en una región misteriosa é impenetrable.

¿Cómo remediar esto? Conociendo á sus criados. Y esto puede decirse lo mismo de los de París que de los de Madrid, pues aunque aquí el alejamiento no es tan grande, lleva camino de serlo al paso que vamos. ¿Cómo recibimos á una doncella, á una cocinera, á un criado cualquiera? He servido cinco

años como primera doncella en casa de la condesa de Montecúculi, avenida de Villiers; ahí tiene usted la cartilla.—¡Muy bien, hija mía! Pase usted; queda usted admitida.—Salgo del servicio militar; pero antes he sido ayuda de cámara de un americano, el señor Hauser, que estaba muy contento conmigo, como puede ver el señor, etc., la cartilla.—¡Bien, bien! Pase usted, pase usted.—Pero ¿quién es la condesa de Montecúculi? ¿Qué señor Hauser es ése? ¿Existen siquiera? Nadie se cuida de averiguarlo, y así sale ello.

Así, sin más requisitos, introducimos en nuestra casa á un extraño, y le entregamos nuestras llaves, y le confiamos nuestros hijos y le hacemos depositario de nuestra confianza. ¿Es esto serio, ni tiene defensa alguna? Hay que reclutar los criados de otro modo, enterándose de quiénes son, de su familia, de su vida anterior, de todo lo que puede interesarnos para admitirlos con confianza en nuestra casa. Y luego hay que hacerse querer y respetar de ellos; hacerse querer interesándose por sus cosas y por su familia; hacerse respetar por la justicia de las observaciones, por el conocimiento que toda ama de casa debe tener del servicio.

Para esto último hay que enseñar á nuestras hijas—cosa bastante descuidada—el oficio de amas de casa. Ahí tenéis una niña que ha terminado sus estudios, llegando á obtener una cultura intelectual bastante completa. ¿Es eso todo? ¿Sabe coser? ¿Sabe algo de cocina? ¿Sabrá ayudar á la doncella de su madre á repasar la ropa? ¿Sabrá hacerse el arreglo de un sombrero? Y no se trata sólo de casas aristocráticas ni de clases acomodadas. Generalmente, se cree que las mujeres del pueblo son buenas amas de casa, y es un error; salvo contadas excepciones, su ignorancia sobre la dirección de un interior es una de las principales causas de la desorganización de la familia y de la miseria de las casas obreras.

Porque, ¿qué sucede? Que apenas casadas unas ú otras, tienen que aprenderlo todo, porque nada práctico saben. Los criados se aprovechan de su ignorancia y se hacen los verda-

deros amos; los hijos carecen de cuidados y de buena dirección; la casa marcha tropezando y cayendo, y las unas por pobres y las otras por ricas, llegan á disgustarse de un oficio que no entienden, y para librarse de las dificultades con que tropiezan en el hogar doméstico, huyen de él cuanto pueden y se hacen desgraciadas, y hacen desgraciados á sus esposos y á sus hijos.

Algunas, á fuerza de energía y de constancia, consiguen formarse poco á poco; pero, ¡cuántas viven y mueren sin haber llegado á ese resultado! ¡Cuántas que hubieran podido ser útiles y dichosas, porque tienen inteligencia y condiciones para serlo, han sido toda su vida seres ligeros y frívolos, inútiles para su casa y, por lo mismo, desgraciadas! Ahí está el segundo remedio para la cuestión de la servidumbre: siendo buenas amas de casa se tendrán buenos criados. Ya lo dice el refrán: «Tal amo, tal criado.»

*
* *

LO QUE HAN VARIADO DE UN SIGLO Á OTRO LOS CONVITES DE LOS REYES.—Cuando se compara cualquiera de las grandes comidas de corte de hoy con las que se daban hace un siglo, se comprende la inmensa diferencia que hay entre aquellos estómagos y los nuestros y entre las bolsas de aquellos príncipes y las de los actuales. Con las listas civiles de hoy no había rey que pudiera hacer frente á tales gastos.

La Revue Hebdomadaire de París, recuerda, por ejemplo, dos visitas hechas á Luis XVI y á María Antonieta por el príncipe heredero de Rusia, el gran duque Pablo y por el rey de Suecia, Gustavo III, en 1782 y 1784, en tiempos de apuros y de economías, cuando gobernaba en Francia un rey morigerado como el desgraciado Luis XVI, y cuando se había puesto coto á las costumbres de dilapidación de la regencia y de Luis XV.

La baronesa de Oberkirch, una de las invitadas, se levantó

á las seis de la mañana para poder ir á Versailles. No se necesitaba menos para ir bien peinada y para marchar de modo que no se arrugara demasiado en el coche la falda y los adornos. La baronesa ensayaba aquella noche una novedad muy de moda entonces, pero muy molesta, según confiesa ella misma, consistente en unas botellitas con agua, aplastadas y curvadas, según la forma de la cabeza, que se llevaban entre el pelo, y en las que iban rabos de flores naturales que se llevaban en el peinado para mantenerlas frescas; la cosa no siempre salía bien; pero cuando se lograba, el efecto era encantador: la primavera en la cabeza, en medio de la nieve de los polvos, era un contraste delicioso. La condesa del Norte llevaba además un pajarito de pedrería deslumbrador, que se balanceaba sobre un resorte, moviendo las alitas junto á una rosa; la reina quedó tan enamorada de la caprichosa joya, que quiso le hicieran otra igual.

Después de cantar *Lemire y Azor*, de Gretry, y de bailarse *La joven francesa en el serrallo*, se sirvió la comida en tres mesas de á cien cubiertos cada una, y luego los invitados fueron á ver el templo del amor en los jardines y su iluminación por medio de 4.925 haces de leña.

La recepción del rey de Suecia, que viajaba con el nombre de conde de Haga, fué todavía más asombrosa. Todas las damas estaban de blanco y todos los caballeros de casaca escarlata con vesta de fondo blanco bordada de hilo de oro. Se representó *El dormido despierto*, de Piccini y Marmontel, y se sirvió la comida en tres mesas especiales, la del rey, la de la reina y la del conde de Haga, y en una general, la «gran mesa de honor». He aquí las minutas:

Para el rey: Les hatelets de lapereaux.—Les côtelettes de mouton panées.—Les papillottes de foie gras.—Le gratin de lapereau.—Un plat de rôti.—La poule de Caux panée et fourrée.—Quatre petits entremets.—*Para la reina:* Deux potages, huit livres de viande et deux poulardes.—Seize œufs.—Quatre entrées.—Les poulets à la reine garnis à l'allemande.—Les

bouillons à l'allemande. — Les cotelettes d'agneau garnies d'une blanquette. — Le sauté de filets de lapereaux. — Les poulets dont un farci. — Six œufs. — Quatre petits entremets. — Para la «gran mesa de honor», donde se sentaban los demás invitados, había ocho sopas, ocho terrinas, ocho relevés, 48 entradas, 16 platos de asado, etc. La mesa del rey de Suecia correspondía, como es natural, á las demás.

Después de la comida los invitados visitaron también los jardines y el templo del amor, que aquella noche estaba iluminado por medio de 6.400 haces.

* * *

SARDOU Y EL OCULTISMO.—Sabido es, aunque muchos lo ignoran, que el famoso dramaturgo francés Victoriano Sardou era un espiritista convencido y entusiasta. Fué iniciado en el espiritismo por el mismo Allan Kardec, y ha sido, según él mismo cuenta, testigo irrecusable de hechos realmente extraordinarios.

Tenía, dice, una mesita que á mi voz me seguía y daba vueltas como un perrillo. Muchas veces oí las teclas de mi piano subir y bajar sin que nadie las tocara, produciendo dulcísimas y extrañas armonías. Con bastante frecuencia una fuerza irresistible me obligaba á coger un lápiz y me hacía escribir vertiginosamente páginas sobre páginas. La entidad que decía llamarse Palissy me dió frecuentemente pruebas sorprendentes. Una vez, por ejemplo, me hizo escribir: «Coge una hoja más grande.—No la tengo más grande, respondí.—Ve á buscarla á la plaza de San Andrés.» No me parecía que en aquella plaza hubiera ningún almacenista de cartones ni papeles. Pero como Palissy insistiera, salí á buscarla. No encontré ninguno, y me disponía á regresar irritado á casa, cuando leí junto á la puerta de una casa, en una pequeña placa: «Venta de cartones al por mayor.» Entré y hallé cartones y papeles

de todas dimensiones. «Ya ves, me hizo escribir Palissy á mi regreso, que yo tenía razón.»

Además de esto, que explica que Sardou sirviera de *medio* excelente para las comunicaciones con el mundo de lo desconocido, el gran comediógrafo fué también un *medio* dibujante maravilloso, pues sin haber estudiado jamás dibujo ni tener para el arte del diseño especiales aptitudes, ha hecho, bajo la dirección de las fuerzas ocultas, dibujos sorprendentes, que siguen todavía siendo inexplicables si no se acude á buscar la explicación en la existencia de un impulso misterioso y consciente que guía la inexperta mano con la competencia y la seguridad de un verdadero artista.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos</i> , por el contralmirante Patricio Montojo.....	5
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....	20
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	58
<i>Don Quijote</i> , por Havelock Ellis.....	69
<i>Tesoros españoles en Yankilandia: El Museo Hispánico en Nueva York</i> , por Julio Brouta.....	84
<i>El año musical</i> , por Cecilio de Roda.....	92
<i>Problemas económicos</i> , por Anselmo Fuentes.....	116
<i>El sexo femenino en las monedas: Grecia antigua</i> , por Ignacio Calvo.....	134
<i>El problema catalán y la lengua catalana</i> , por Lorenzo Benito...	148
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	157
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	167

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
175		131	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— La Hechizada.	3
176		120	
— La Reforma integral de la legislación civil.	4	— Las Diabólicas.	3
177		124	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	— Una historia sin nombre.	3
315		110	
Amiel. — Diario íntimo.	9	— Venganza de una mujer.	3
327-328		130	
Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols.	16	Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
178		163	
Anónimo. — ¿Académicas?	1	Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
179		174	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
183		353	
Araujo. — Goya.	3	Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política.	10
180		311	
Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	Boissier. — Cicerón y sus amigos.	8
182		380	
— El Derecho de gracia.	3	— La Oposición bajo los Césares.	7
181		169	
— El Visitador del preso.	3	Bourget. — Hipólito Taine	0,50
323		395	
Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas.	7	Bréal. — Ensayo de Semántica.	5
114		447	
Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.	7
172		399	
Asensio. — Fernán Caballero.	1	Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.	7
39		300	
— Martín Alonso Pinzón.	3	Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
184		367	
Asser. — Derecho Internacional privado.	6	Bunge. — La Educación.	12
368		185-186	
Bargehot. — La Constitución inglesa.	7	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)	14
391		187	
— Leyes científicas.	4	Buylla. — Economía.	12
416		36-37	
Baldwin. — Elementos de Psicología	8	Campe. — Historia de América (dos tomos).	6
111		156	
Balzac. — César Birotteau	3	Campoamor. — Cánovas.	1
54		79	
— Eugenia Grandet.	3	— Dolores, cantares y humoradas.	3
112		69	
— La Quiebra de César Birotteau.	3	— Ternezas y flores.	3
62		317-354-371	
— Papá Goriot.	3	Carlyle. — La Re-	
76			
— Ursula Mirouet.	3		
2			
Barbey d'Aureville. — El Cabecilla.	3		
12			
— El Dandismo y Jorge Brummel.	3		

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
		192	— Problemas jurídicos contemporáneos..... 3
		31	Dostoyusky. — La casa de los muertos..... 3
		33	— La novela del presidio. 3
		301	Dowden. — Historia de la literatura francesa.. 9
		402	Dumas. — Actea..... 2
		326	Emerson. — La ley de la vida 5
		332	— Hombres simbólicos. . 4
		413	— Ensayo sobre la naturaleza..... 3,50
		442	— Inglaterra y el carácter inglés..... 4
		459	— Los veinte ensayos... 7
		340	Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes. 7
		342	Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos..... 4
		193	Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado 6
		162	Fernán Flor. — Tamayo.. 1
		158	— Zorrilla..... 1
		155	Fernández Guerra. — Hartzenbusch 1
		92	Ferrán. — Obras completas 3
		73	Ferry. — Nuevos estudios de Antropología..... 3
		329	Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna 5
		352	Finot. — Filosofía de la longevidad..... 5
		357	Fitzmaurice - Kelly. — Historia de la Literatura española..... 10
		24	Flaubert. — Un corazón sencillo..... 3
		390	Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania.. 7
		196-197	Fouillee. — Historia de la filosofía (<i>dos tomos</i>) 12
		195	— La ciencia social contemporánea..... 8
		194	— Novísimo concepto del derecho..... 7
		451-452	— Historia de la filosofía de Platón (<i>dos tomos</i>)..... 12
		333	Fournier. — El ingenio en la historia..... 3
		198-199	Framarino dei Ma-
			volución francesa (<i>tres tomos</i>)..... 24
393	— Pasado y presente.... 7		
188	Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal..... 5		
189	— La cuestión de la pena de muerte..... 3		
102	Caro. — Costumbres literarias..... 3		
140	— El Derecho y la fuerza. 3		
58	— El pesimismo en el siglo XIX..... 3		
65	Caro. — El suicidio y la civilización..... 3		
127	— Littré y el Positivismo..... 3		
363	— La filosofía de Goethe 6		
293	Castro. — El libro de los galicismos..... 3		
361	Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado 10		
190-191	Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>)..... 15		
64	Coppée. — Un idilio..... 3		
40	Cherbuliez. — Amores frágiles.. 3		
26	— La tema de Juan Tuzo 3		
93	— Meta Holdenis..... 3		
18	— Mis Rovel..... 3		
91	— Paula Mere..... 3		
394	Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo. 6		
437	Comte. — Principios de Filosofía positiva..... 2		
404	Couperus. — Su Majestad. 3		
297-298	Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>).. 15		
59	Daudet. — Cartas de mi molino..... 3		
125	— Cuentos y fantasías.. 3		
93	— El sitio de París..... 3		
13-14	— Jack (<i>dos tomos</i>)... 6		
22	— La Evangelista..... 3		
46	— Novelas del lunes.... 3		
100	— Tartarín en los Alpes 3		
425	Dollinger. — El Pontificado..... 6		
166	Dorado. — Concepción Arenal..... 1		
289	— El Reformatorio de Elmira..... 3		

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
			glés (cuatro tomos)..... 25
		209	Gross.—Manual del juez. 12
302-303	Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos). 15	210	Gumpowicz.—Derecho político filosófico..... 10
307	Garnet.—Historia de la Literatura italiana.... 9	211	— Lucha de razas..... 8
201	Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito..... 4	330	— Compendio de Sociología 9
200	— La criminología..... 10	212	Guyau.—La educación y la Herencia..... 8
202	— La superstición socialista..... 5	331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución..... 12
98	Gautier.—Bajo las bombas prusianas..... 3	290	Hamilton.—Lógica parlamentaria..... 2
167	— Enrique Heine..... 1	213	Hausonville.—La juventud de Lord Byron. 5
132	— Madama de Girardin y Balzac..... 3	324	Heiberg.—Novelas Danesas..... 3
121	— Nerval y Baudelaire.. 3	41	Heine.—Memorias..... 3
70	Gay.—Los Salones célebres..... 3	314	— Alemania..... 6
345	George.—Protección y librecambio..... 9	396	Höfding.—Psicología experimental..... 9
421	— Problemas Sociales.. 5	426	Hume.—Historia de la España contemporánea.. 8
261	Giddings.—Principios de Sociología..... 10	412	— Historia del Pueblo Español..... 9
414	— Sociología inductiva. 6	214	Hunter.—Sumario del Derecho romano..... 4
286	Giuriati.—Los errores judiciales..... 7	316	Huxley.—La educación y las ciencias naturales.. 6
203	Gladstone.—Los grandes nombres..... 5	3	Ibsen.—Casa de muñeca. 5
164	— Lord Macaulay..... 1	119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo... 3
287	Goethe.—Memorias..... 5	53	— Los Aparecidos y Edda Gabler..... 3
406	Gonblanc.—Historia general de la Literatura. 6	215	Ihering.—Cuestiones jurídicas.... 5
21	Goncourt.—Germinia Lacerteux..... 3	216	Janet.—La familia..... 5
205	— Historia de la Pompadour..... 6	423	Jitta.—Método de Derecho internacional..... 9
204	— Historia de María Antonieta..... 7	217	Kells Ingram.—Historia de la Economía política. 7
44	— La Elisa..... 3	218	Kidd.—La evolución social..... 7
61	— La Faustín..... 3	219	Koch y otros.—Estudios de higiene general. 3
129	— La señora Gervaisais.. 3	295 bis.	Korolenko.—El desertor de Sajalín..... 2,50
318	— Las favoritas de Luis XV 6	88	Kropotkin.—La Conquista del Pan..... 3
6	— Querida..... 4	322	— Campos, fábricas y talleres..... 6
11	— Renata Mauperín.... 3	299	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano..... 7
358	— La Du-Barry..... 3	221	Laveleye.—Economía política..... 7
206	González.—Derecho usual 5		
282-283	Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos)..... 14		
207	Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros... 7		
208	Grave.—La sociedad futura..... 8		
469, 470, 461 - 462.	Green.—Historia del Pueblo in-		

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Peseta
369 — El Socialismo contemporáneo.....	8	455 — La Mitología comparada.....	7
220 Lange.—Luis Vives....	2,50	341 Max-Stirnr.—El Unico y su propiedad.....	9
454 Larcher y Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5	160 Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1
319 Lemcke.—Estética.....	8	152 — Núñez de Arce.....	1
288 Lemonnier.—La Carnicería (Sedán).....	3	284 Meneval.—María Estuardo.....	6
321 Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8	383 Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
434 Lewis-Patte.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8	387-388 — Psicología (<i>dos tomos</i>).....	12
83 Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3	392 — Ontología.....	10
72 — El Hipnotismo.....	3	427 — Criteriología general.	9
222 — La Escuela criminológico-positivista.....	7	418 Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses..	2
125 — Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3	118 Merimee.—Colomba....	3
385-386 — Medicina legal (<i>dos tomos</i>).....	15	133 — Mis perlas.....	3
45 — Antropología y Psiquiatría.....	3	450 Merker.—Derecho penal.	10
382 Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9	229 Meyer.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
223 Lubbock. — El empleo de la vida.	3	230-231 Miraglia.—Filosofía del Derecho (<i>dos tomos</i>)	15
99 — La Vida dichosa.....	3	296 Mommsen.—Derecho público romano.....	12
438 Macaulay. — Estudios jurídicos.....	6	440-373 — Derecho penal romano (<i>dos tomos</i>).....	18
294 — La Educación.....	7	398 Monton. — El deber de castigar.....	4
305-306 — Vida, memorias y cartas (<i>dos tomos</i>).....	14	170 Molins. — Bretón de los Herreros.....	1
460 Mac-Donald.—El criminal tipo.....	3	295 Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
224 Manduca. — El Procedimiento penal.....	5	312 Nansen.—Hacia el Polo.	6
225-226-227 Martens.—Derecho internacional (público y privado) (<i>tres tomos</i>)	22	232 Neera.—Teresa.....	3
424 — Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La Paz y la guerra..	8	233 Neumann.—Derecho Internacional público moderno.	6
410 Martin.—La Moral en China.....	4	308 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7
173 Maupassant.—Emilio Zola.....	1	335 — Más allá del bien y del mal.....	5
228 Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión.	7	336 — La Genealogía de la moral.....	3
375 La ciencia del lenguaje..	8	350 — Humano, demasiado humano... ..	6
366 — Hist. de las religiones.	8	370 — Aurora.....	7
		405 — Ultimos opúsculos...	5
		431 — La Gaya ciencia.....	6
		466 — El viajero y su sombra.....	6
		355 Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas	
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4	241 — Fundamento de la moral	5
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6	465 — Ensayos sobre Religión, Estética.....	4
157	Pardo Bazán. —Alarcón.	1	464 — La nigromancia.....	3
171	— Campoamor... ..	1	458 — Estudios de Historia filosófica.....	4
151	— El P. Luis Coloma...	2	448 — Eudemonología.....	5
168	Passarge. —Ibsen.....	1	401 Sienkiewicz. — Orso en vano.....	2
161	Picón. —Ayala.....	1	430 Sieroszewski. — Yang-Hun-Tsy.....	2
234	Posada. — La Administración política y la Administración social....	5	243 Sighele. —El delito de dos	4
417	Potapenko. —La novela de un hombre sensato..	2	244 — La muchedumbre delincuente.....	4
379, 432 y 433	— La Historia Universal (<i>tres tomos</i>)..	16	245 — Teoría positiva de la complicidad.....	5
384	Quinet. — El Espíritu nuevo.....	5	320 Sohm. —Derecho privado romano.....	14
235	Renán. — Estudios de historia religiosa.....	6	378 Sombart. —El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX....	3
236	— La Vida de los Santos.	6	256 Spencer. —De las leyes en general.....	8
56-57	— Memorias íntimas (<i>dos tomos</i>).....	6	253 — El organismo social..	7
422	Ribbing. — La higiene sexual.....	3	254 — El progreso.....	7
237-238	Ricci. — Tratado de las pruebas (<i>dos tomos</i>).	20	257 — Ética de las prisiones.	10
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463 y 467	— Derecho civil (<i>doce tomos</i>).....	83	255 — Exceso de legislación.	7
285	Rod. —El silencio.....	3	248 — La beneficencia.....	6
409	Roguin. —Las Reglas jurídicas.....	8	246 — La justicia.....	7
415	Roosevelt. —New-Yorw.	4	247 — La moral.....	7
453	Rozan. —Locuciones, proberbios.....	3	260 — Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
346	Ruskin. —Las siete lámparas de la arquitectura	7	249 — Las instituciones eclesiásticas.....	6
446-439	— Obras escogidas, (<i>dos tomos</i>).....	13	251-252 — Las instituciones políticas (<i>dos tomos</i>)...	12
122	Sainte-Beuve. — Retratos de mujeres.....	3	258-259 — Los datos de la Sociología (<i>dos tomos</i>)...	12
441	— Estudios sobre Virgilio.....	5	250 — Las instituciones sociales.....	7
49	— Tres mujeres.....	3	353 — Las instituciones profesionales.....	4
381	Sansonetti. —Derecho constitucional.....	9	351 — Las instituciones industriales.....	8
84	Sardou. —La Perla Negra	3	362 Starcke. —La Familia en las diferentes sociedades	5
240	Savigny. —De la vocación de nuestro siglo para la legislación...	3	292 Stead. —El Gobierno de Nueva York.....	3
242-344-372	Schopenhauer. El mundo como voluntad y como representación (<i>tres tomos</i>).....	30	136 Stendhal. —El Amor...	3
78	— Estudios escogidos...	3	138 — Curiosidades amoratorias	3
			262 Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho...	12
			341 Stirner. —El Unico y su propiedad.....	9
			376-377 Stourm. — Los Presupuestos (<i>dos tomos</i>)..	15

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
27	Stuart-Mill. — Mis memorias.....	3	
449	— Estudio sobre la religión.....	4	
291	Sudermann.—El Deseo.	3,50	
263	Sumner-Maine.—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7	
265	— Historia del Derecho..	8	
264	— La guerra según el Derecho internacional.	4	
266	— Las instituciones primitivas.....	7	
267	Supino. — Derecho mercantil.....	12	
403	Suttner.—High-Life...	3	
96	Taine.—El Arte en Grecia.....	3	
101	— El ideal en el Arte...	3	
66	— Filosofía del Arte....	3	
106	— Florencia.....	3	
268-269-313-337-347.	— Historia de la literatura inglesa (<i>cinco tomos</i>)....	34	
270	— La Inglaterra.....	7	
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3	
108	— Milán.....	3	
103	— Nápoles.....	3	
310	— Notas sobre París....	6	
104-105	— Roma (<i>dos tomos</i>).	6	
107	— Venecia.....	3	
334	— Los orígenes de la Francia contemporánea: <i>tomo 1.º</i> , El antiguo régimen.....	10	
468	— Los orígenes de la Francia contemporánea: <i>tomo 2.º</i> , La Revolución; <i>tomo 1.º</i> , La anarquía...	7	
359	— Los filósofos del siglo XIX.....	6	
272	Tarde.—El duelo y el delito político.....	3	
109	— Estudios penales y sociales..	3	
273	— La criminalidad comparada.....	3	
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6	
339-360	Todd.—El gobierno parlamentario en Inglaterra (<i>dos tomos</i>).....	15	
400	Tehekhof.—Un Duelo..	1	
239	Thorold Rogers.—Sentido económico de la Historia.....	10	
134	Tcheng-Ki-Tong. — La China contemporánea..	3	
5	Tolstoy. — Dos generaciones.....	3	
7	— El ahorcado.....	3	
71	— El camino de la vida..	3	
63	— El canto del cisne....	3	
77	— El dinero y el trabajo.	3	
10	— El Príncipe Nekhli..	3	
34	— El sitio de Sebastopol.	3	
81	— El trabajo.....	3	
15	— En el Cáucaso.....	3	
15	— Fisiología de la guerra	3	
52	— Iván el imbécil.....	3	
117	— La escuela.....	3	
20	— La muerte.....	3	
1	— La sonata á Kreutzer.	3	
95	— Lo que debe hacerse..	3	
48	— Los Cosacos.....	3	
90	— Los hambrientos.....	3	
3	— Marido y mujer.....	3	
85	— Mi confesión.....	3	
113	— Mi infancia.....	3	
126	— Mi juventud.....	3	
75	— Placeres viciosos.....	3	
94	— ¿Qué hacer?.....	3	
294	Trevelyan.—La Educación de Lord Macaulay.	7	
89	Turgueneff.—Aguas primaverales.....	3	
97	— Demetrio Rudín....	3	
25	— El judío.....	3	
123	— El reloj.....	3	
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3	
8	— Humo.....	3	
139	— La Guillotina.....	3	
16	— Nido de hidalgos....	3	
137	— Padres é hijos.....	3	
80	— Primer amor.....	3	
304	— Tierras vírgenes....	5	
60	— Un desesperado.....	3	
281	Uriel.—Historia de Chile	8	
153	Valera. — Ventura de la Vega.....	1	
116	Varios autores.—Cuentos escogidos.....	3	
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12	
274-275	— La nueva ciencia jurídica (<i>dos tomos</i>)...	15	
277	— Novelas y caprichos..	3	
55	— Ramillete de cuentos.	3	
82	— Tesoro de cuentos....	3	
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.	7	